DUKE
UNIVERSITY

LIBRARY

Academia de la Historia de Cuba

DISCURSOS

leídos en la recepción pública

del

SR. GERARDO CASTELLANOS G.

la noche del 23 de Abril de 1936.

Contesta en nombre de la Corporación el

SR. RENÉ LUFRÍU Y ALONSO,

Académico de Número

LA HABANA
IMPRENTA "EL SIGLO XX"
A. MUÑIZ Y HNO.
REP. DEL BRASIL, 37
MCMXXXVI

PUBLICACIONES
DE LA
ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA

MEMORIAS

1.—*La Vida de la Academia de la Historia* (1910-1924), por el Secretario, Dr. Juan Miguel Dihigo, Académico de número; y *Pedro Figueredo*, discurso por el coronel Fernando Figueredo Socarrás, Académico de número.

2.———— (1924-1925), por el Secretario, Dr. Juan Miguel Dihigo, Académico de número; y *José de la Luz y Caballero en la conspiración de 1844*, discurso por el Dr. Francisco González del Valle, Académico de número.

3.———— (1925-1926), por el Secretario, Dr. Juan Miguel Dihigo, Académico de número; y *Adolfo Bonilla y San Martín, Carlos A. Villanueva y Emilio Bacardí y Moreau*, discursos por los Académicos de número Dr. Salvador Salazar y Roig, Lic. Francisco de P. Coronado y Dr. Tomás de Jústiz y del Valle.

4.———— (1926-1927), por el Secretario Dr. Francisco de Paula Coronado, Académico de número; y *El territorio cubano como vínculo de unión a través de los tiempos*, discurso por el Sr. Juan Antonio Cosculluela, Académico de número.

5.———— (1927-1928), por el Secretario, Dr. Francisco de Paula Coronado, Académico de número; e *Informes* por los Sres. capitán Joaquín Llaverías, Archivero; Carlos M. Trelles, Bibliotecario; Dr. José A. Rodríguez García, Director de Publicaciones, y Dr. Emeterio S. Santovenia, Tesorero.

6.———— (1928-1929), por el Secretario, Juan Antonio Cosculluela, Académico de número; *Informes* por los Sres. capitán Joaquín Llaverías Archivero; Carlos M. Trelles, Bibliotecario; Dr. José A. Rodríguez García, Director de Publicaciones, Dr. Emeterio S. Santovenia, Tesorero.

7.———— (1929-1930), por el Secretario, René Lufríu y Alonso, Académico de número; *Informes* por los Sres. capitán Joaquín Llaverías Archivero; Carlos M. Trelles, Bibliotecario; Dr. Rodolfo Rodríguez de Armas, Director de Publicaciones, y Dr. Emeterio S. Santovenia, Tesorero.

8.———— (1930-1931), por el Secretario, René Lufríu y Alonso, Académico de número; *Informes* por los Sres. capitán Joaquín Llaverías Archivero; Carlos M. Trelles, Bibliotecario; Dr. José A. Rodríguez García, Director de Publicaciones y Dr. Emeterio S. Santovenia, Tesorero.

9.———— (1931-1932), por el Secretario, René Lufríu y Alonso, Académico de número; *Informes* por los Sres. capitán Joaquín Llaverías, Archivero; Carlos M. Trelles, Bibliotecario; Dr. José A. Rodríguez García, Director de Publicaciones, y Dr. Emeterio S. Santovenia, Tesorero.

DISCURSOS DE RECEPCION

10.—*La epopeya de una mañana (10 de Octubre de 1868)*, por el Sr. René Lufríu y Alonso. Contesta el Dr. Tomás de Jústiz y del Valle, Académico de número. (1928).

11.—*Facciolo y "La Voz del Pueblo Cubano"*, por el capitán Joaquín Llaverías y Martínez. Contesta el Dr. Francisco de Paula Coronado, Académico de número. (1928).

12.—*Colonización e inmigraciones en Cuba*, por el Dr. Antonio L. Valverde y Maruri. Contesta el Dr. Fernando Ortiz y Fernández, Académico de número. (1923).

13.—*¿Es de Plácido la Plegaria "A Dios"?*, por el Dr. Francisco González del Valle y Ramírez. Contesta el Sr. Domingo Figarola-Caneda, Académico de número. (1929).

14.—*La gestión diplomática de Morales Lemus*, por el Dr. Salvador Salazar y Roig. Contesta el Dr. Sergio Cuevas Zequeira, Académico de número. (1923).

15.—*Vuelta Abajo en la independencia de Cuba*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide. Contesta el Sr. Domingo Figarola-Caneda, Académico de número. (1928).

16.—*Sobre la vida y las obras del general Enrique Collazo*, por el Dr. José Antonio Rodríguez García. Contesta el Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, Académico de número. (1923).

17.—*Nuestro pasado ciboney*, por el Sr. Juan Antonio Cosculluela y Barreras. Contesta el Dr. Fernando Ortiz, Académico de número. (1925).

18.—*Los protomártires de la independencia de Cuba*, por el Dr. Néstor Carbonell y Rivero. Contesta el Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide, Académico de número. (1926).

19.—*Historiadores de Cuba*, por el Lic. Raf Montoro. Contesta el Dr. Antonio L. Valverde Maruri, Académico de número. (1926).

20.—*Un precursor de la independencia de Cuba. D. José Alvarez de Toledo*, por el Sr. Carlos M. Trelles y Govín. Contesta el capitán Joaquín Llaverías Académico de número. (1926).

21.—*En torno de la heurística*, por el Sr. Mar Márquez Sterling. Contesta el Sr. René Lufríu Alonso, Académico de número. (1929).

22.—*La evolución constitucional de Cuba*, por coronel Dr. Carlos Manuel de Céspedes y de Quesad Contesta el Sr. René Lufríu y Alonso, Académico número. (1933).

23.—*Reflexiones sobre la derogación de la Enmienda Platt*, por el Dr. Roque E. Garrigó. Contesta el Dr. Tomás de Jústiz y del Valle, Académi de número. (1935).

24.—*La conspiración de 1824 y el pronunciamien del alférez de dragones Gaspar Antonio Rodrígu* por el Dr. José Manuel Pérez Cabrera. Contesta Dr. Tomás de Jústiz y del Valle, Académico de número.

25.—*Tópicos coloniales en torno a Guanabacoa*, el Sr. Gerardo Castellanos G. Contesta el Sr. Re Lufríu y Alonso, Académico de número. (1936).

OTROS DISCURSOS

26.—*Matanzas en la independencia de Cuba*, por el Sr. Carlos M. Trelles y Govín, Académico de número. (1928).

27.—*Pi y Margall y la Revolución Cubana*, por el Dr. Juan M. Dihigo y Mestre, Académico de número. (1928).

28.—*Manuel de la Cruz*, por el Dr. Antonio L. Valverde y Maruri, Académico de número. (1929).

29.—*José Manuel Mestre*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide, Académico de número. (1929).

30.—*José Antonio Echeverría*, por el Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, Académico de número. (1929).

31.—*Gonzalo Alcorta y la libertad de Cuba*, por el Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide, Académico de número. (1929).

32.—*La Comisión Militar Ejecutiva y Permanente de la Isla de Cuba*, por el capitán Joaquín Llaverías, Académico de número. (1929).

33.—*José Antonio Saco*, por el Dr. Salvador Salazar y Roig, Académico de número. (1930).

34.—*Antonio José de Sucre*, por el Sr. Robe Andrade, Académico correspondiente. (1930).

35.—*De la revolución y de las cubanas en la ép revolucionaria*, por el Dr. José A. Rodríguez Garc Académico de número. (1930).

36.—*Bartolomé Masó*, por el Dr. Emeterio S. Sa tovenia y Echaide, Académico de número. (1930

37.—*John A. Rawlins*, por el Dr. Emeterio Santoven'a, Académico de número. (1931).

38.—*Francisco Lufríu, héroe y mártir*, por el se René Lufríu y Alonso, Académico de número. (193

39.—*Un orientalista cubano. Francisco Mateo Acosta y Zerea*, por el Dr. Juan M. Dihigo, Acadé co de número. (1932).

40.—*El mayor general Pedro E. Betancourt y D valos. En la lucha por la Independencia de Cuba* el Dr. Juan M. Dihigo, Académico de número. (193

41.—*Alrededor de San Lorenzo*, por el Dr. Car Manuel de Céspedes y de Quesada, Académico número. (1934).

42.—*El Presidente Polk y Cuba*, por el Dr Em terio S. Santovenia, Académico de número. (193

TÓPICOS COLONIALES
EN TORNO A GUANABACOA

Academia de la Historia de Cuba

DISCURSOS

leídos en la recepción pública

del

SR. GERARDO CASTELLANOS G.

la noche del 23 de Abril de 1936.

Contesta en nombre de la Corporación el

SR. RENÉ LUFRÍU Y ALONSO,

Académico de Número

LA HABANA
IMPRENTA "EL SIGLO XX"
A. MUÑIZ Y HNO.
REP. DEL BRASIL, 37
MCMXXXVI

La responsabilidad de las opiniones, juicios, criterios y, en general, de toda manifestación en los trabajos públicos es exclusiva del autor, sin que por el hecho de conocerlo y aprobarlo la Academia asuma responsabilidad alguna.— Artículo 200 del Reglamento.

Honorable Sr. Presidente:
Honorables Sres. Académicos:

Se halla ante vosotros, porque vosotros con noble y muy ponderable tolerancia lo elegisteis para ocupar un sillón en esta ilustre Casa, cultivadora de Historia, el menos capacitado de los que integran este cenáculo. Quizá a esta declaración, a tal confesión, pueda atribuírsele el trillado y casi clásico procedimiento de simulación de modestia. Pero, los que me conocen, no pocos de los cuales ahora me honran con su presencia, saben que debido a la moldeadora situación, casi procústica, del momento académico que estoy pasando, he sido flojo en el auto cauterio que a este respecto acostumbro aplicarme cuando estoy en mi habitual y libre campechanería. Sin embargo de que puedo francamente declarar, como ningún recipiendario ha podido hacerlo en la tribuna de esta Casa, que el momento más difícil, los minutos más inquietos que he pasado en mi ya bastante largo vivir, lo es éste, en que me ha sido imperioso amarrar un catauro de asuntos en forma de discurso, no para ser editado por mí — como con abundancia a capricho

438934

lo tengo hecho —, sino para ser ofrecido a corporación docta en Historia, que debía examinarlo y pasarlo por el fuego de su dictamen; y ya obtenido el imprimátur, implícito para la consagración, manifestarme ante el público selecto que suele acudir a estos atildados actos académicos.

Conocida, pues, la capacidad requerida, es por lo que la honra de esta investidura es para mí excepcional, determinante en la elíptica de mis labores como cronista de la historia cubana. Nunca jamás quise aspirar a un cargo en esta Casa, porque comprendía que a ella no podía llevar luz cenital un simple cultivador de hilachas. Pero, si me permitís una apreciación, si es dable atribuir a tan ilustres varones como vosotros, influencias de cariño, entonces yo señalaría a algunos de los que van a ser mis colegas, como parciales, porque estoy seguro que moderando la proverbial severidad se han dejado conducir, en el momento de la elección a mi favor, por sus sentimientos de patriotas, de amantes de nuestra tierra, ya que el que esto va diciendo es un mantenedor entusiástico de todo lo que simbolice cubanismo, en historia, geografía, luchas, conspiraciones por la independencia. En calidad, en médula, en arte y método, en filosofía de nuestra historia, presumo que ando laxo; pero mi penacho es de cruzado de las tradiciones revolucionarias cubanas. Al decir revolución, en esta hora en que la frase es tan manoseada, torcida y aplicados a capricho sus idearios, es de aclarar que me refiero a las conspiraciones y nobles movimientos rebeldes que los amantes de la libertad sostuvimos durante décadas contra el dominio español.

Me conformo con ser un cronista de la historia, como acertadamente dijo de mí el historiador venezolano Vicente Dávila, nuestro correspondiente en Ca-

racas. Surge mi producción en esa rama ligera, de cuna exclusivamente revolucionaria: raíz mambisa, de la fosca manigua. Oí la propaganda de emigrados de borbollantes y candentes sueños de libertad; inflamaron mis juveniles ansias héroes como Serafín Sánchez; bebí y me saturé con Martí, Arnao y Gonzalo de Quesada y los hidalgos de las conspiraciones. Me eduqué en un glorioso cayuelo de país fronterizo. Mis lecturas de preferencia juveniles fueron las poesías del *Cucalambé,* de Fornaris, Quintero y Teurbe Tolón, *Los héroes humildes,* los periódicos *Patria, El Yara, Las hojas literarias, Historia de Cuba,* por Santacilia, *El Album del Porvenir.* Este acerbo medular ha sido, pues, mi guía e inspiración. Y si hasta ayer nada me había amilanado para cultivar íntima y aisladamente esa disciplina; si he podido mantener en alto mi penacho de cayohuesero, allá en mi rinconcito montañoso de la villa de Guanabacoa, ahora, al cerciorarme de que esa dedicación y entusiasmo han recibido el soberano e inesperado coronamiento de un sillón en esta Academia, siéntome más estimulado y vigorizado que el gigante mítico cuando tocaba con su planta la madre Tierra.

Porque ya estoy dando los postreros pasos para acomodarme, es ocasión de apuntar que, aparte de mi anterior nexo con vosotros, hace pocos meses que esta iniciación, en carácter de Miembro de Número, viene en marcha con ligerísimos vaivenes y desniveles. Para la ocasión anterior, como para esta misma, que me permito considerar segunda fase de mi ingreso, tocábame sustituir a un ilustre varón, en virtudes y en sabiduría: el literato, mentor, gramático excelso, miembro de esta Academia, Dr. José A. Rodríguez García, muerto el día 16 de marzo de 1934.

438934

Al soplo de la elección hecha, se exaltó mi contento, poniendo, con la más acalorada premura, en tarea un trabajo destinado a esta Academia, en cumplimiento del ineludible mandato reglamentario. Y dije entonces, y ahora lo calco, que toda vez que mi ejercicio como correspondiente (en noviembre de 1923) había versado sobre un patriota, procedente de las filas libertadoras, emigrado insigne, vinculado a mí; y de que yo procedía de la emigración, para hacer justicia a aquellos tan ingratamente olvidados patricios, quería ofrecer un exponente, en torno a Cayo Hueso y sus integrantes emigrados revolucionarios. Ningún sitio, ninguna colonia cubana de Estados Unidos, ni de otra parte alguna del mundo, ni siquiera la gloriosa Tampa-Ibor City-West Tampa (que formaron un solo núcleo revolucionario) simbolizan de modo tan absoluto a la emigración como ese diminuto peñón, donde nació, al calor ciclópeo de Martí, el inconmensurable Partido Revolucionario Cubano, que en menos de seis años de actividad, sin paralelo en la historia de las conspiraciones, dió al traste con el dominio español en América. Con esa iluminación produje *Motivos de Cayo Hueso.*

Por tocarme la herencia de Rodríguez García, hube de recordar en las páginas preliminares de ese reciente libro, que constituye una *Contribución a la historia de las emigraciones revolucionarias en Estados Unidos,* a tan perilustre maestro, en breves párrafos relativos a su vida y obras. Y porque mis opiniones sobre tan eminente gramático han sido publicadas, constituyendo el homenaje que ya rendí al amigo, al hombre de saber y al colega de la Academia de la Historia, y de volver al tema, con el mismo fin de protocolar elogio, forzosamente tendría que repetirme, en esta solemne ocasión

estimo suficiente consignar el desconcierto que me produce la herencia de hombre tan erudito y sesudo y, más todavía, por ser gramático, reverso precisamente de los gustos de este cronista que, en sus producciones, suele ir, por mejor no poder, a contrapelo con el preciosismo de los atildados en escribir.

Dejo apuntado en el párrafo anterior que escribí *Motivos de Cayo Hueso*. Y agrego que por circunstancias de poco bulto, de apreciaciones de electo, preferí ofrecer en publicación aquel jalón histórico, y buscar para la segunda fase del ingreso en esta Asamblea, un asunto que en manera alguna se apartase de mi peculiar modo de ver, interpretar y escribir. Lógicamente la materia prima debía hallarse en mi camino y referirse a revoluciones u hombres de los tiempos de gloria (1868-98), o a sitios legendarios, tradicionales, de esos que hace años vengo visitando y estudiando, desde Maisí a San Antonio.

CRUZADA CONTRA LO ANTIGUO

Numerosos poblados, villas y ciudades de los tiempos coloniales, más que nada debido al aislamiento y a las autoridades mendaces, durante cuatro siglos se mantuvieron en anquilosada estagnación. Vegetaban, manteniendo viejos hábitos y sistemas comerciales e industriales. Hasta las costumbres perduraban atenidas a caducos cánones. Comían, holgaban, dormían y mantenían hasta las veladas del hogar como en siglos idos. La familia sostenía vínculos nobles y respetuosos. El notario con el cura párroco y el juez y el alcalde eran hombres venerables. Se pedía la bendición a los padres. Los niños no hacían revoluciones ni huelgas a sus profesores. La juventud respetaba la ancianidad.

La arquitectura era de solidez, anchura y sencillez. La eclosión moderna acudió en sorprendente paso de carga, tan pronto cesó la dominación española, llevando a los más obscuros lugares luz y renovación. Las carreteras fueron venas que inyectaron sabia. Brotó el intercambio agrícola, industrial, comercial. Los hoscos regionalistas de allá se dieron la mano con los de acá. El campesino, nuestro sufrido guajiro, asomóse a los poblados y disfrutó de luz eléctrica y gramófonos y viajó curiosamente de extremo a extremo de su patria, rompiendo su telaraña de prejuicios.

Al surgir en tal momento la tan heroicamente conquistada y definitiva unidad política, simultáneamente advino afán de destruir todo lo que recordara o representara algo de aquel pasado que defectuosamente nos había modelado. Enseñoreóse súbito y ejecutivo furor de modernismo. Pocos continuaron gustando de sus típicos hogares, con reliquias tales como fanales, viejos relojes, artísticas palmatorias, lámparas de cristales que a la luz ofrecían encantadores prismas multicolores; las tinajas de barro que gota a gota recibían el agua de filtros de piedra, y los jarros de hojalata dentados; el ancho zaguán con quitrín o volante enfundado; el patio con pozo de alto brocal; las gruesas puertas de caoba reforzadas con clavos de bronce de anchas cabezas; los enormes aposentos con camas de dosel, escaparates y lavamanos colosales; salas encortinadas, con espejos dorados y juegos estilo Luis XIV. Ya nadie quería vivir las casonas. Hasta los palacios cayeron para dar paso a edificios de combinadas y estrambóticas arquitecturas. Las vetustas villas sufrieron la hereje presión del modernismo acomodaticio y comercial. En pocos años sólo quedaron escasas construcciones que refinados dueños amantes del pasado y

la belleza supieron conservar. Hasta de la nobleza, que siempre se ha caracterizado por conservadora y tradicional, se apoderó la afición de remozar y encerrarse en palacetes estilo norteamericano, con jardines afeitados a la inglesa. Y lo más desconcertante es que la piqueta, a la vez que demolía palacios y residencias y parques públicos — que, por cierto, años después se empieza a reconstruirlos, como el de la Plaza de Armas de La Habana—, trasmitía su fobia a los dueños de reliquias. Los rastros se llenaron de muebles y joyas artísticas. Y mientras los desaprensivos iban así deslastrándose, los extranjeros codiciosamente las adquirían trasladándolas al Norte. Hacia los Estados Unidos hubo un doloroso éxodo de preseas. Los hermosos juegos de comedor y de sala y de cuarto, de tallas exquisitas en ricas maderas, caoba, cedro, majagua, se vendieron a precios irrisorios. Se hizo manía la repulsa de lo rancio, y gala por lo actual. Al cambio de régimen político sucedió el delirio por renovación de valores, en modas, nuevas costumbres, nuevos mobiliarios, nueva arquitectura, nuevas aspiraciones. Era convicción, muy errónea por cierto, que la herencia, los gustos y sentimientos que estaban anclados en lo íntimo del alma y de la sangre, podían ser desraizados por tan inmediatos, leves y externos medios. Y lo cierto es que pronto íbamos a seguir cursando a externo estilo moderno, pero con manifiesta conservación de vicios y leyes arcaicas, coloniales. Conocí un personaje de patriarcal estampa, octogenario, que tenía montada rica mansión a estilo del pasado, donde no faltaba ni el clavicordio; y en días de la primera intervención norteamericana, influenciado por la aversión a lo viejo, liquidó sus pertenencias y las repuso con otras modernísimas, aunque, en atractivo contraste, él siguió pensando a

la antigua, con chaquet, chistera, zapatos de corte bajo con hebillas de plata, bastón y barba a usanza de sus abuelos, y a su lado la encantadora matrona esposa, con largas trenzas, vestía bata blanca bordada y añoraba su florido pasado.

MI PROPÓSITO

Y en período tan crítico de la cruzada radical; cuando lo viejo cada vez va siendo más desdeñado y triturado; cuando hasta la experiencia y labor dignificadora de los hombres de edad provecta, que la sabiduría y la experiencia encanecieron, son menospreciados y desalojados por juventud dinámica y bisoña; cuando varias contiendas civiles nos han traído reacciones, sinsabores, desconciertos y amarguras para la patria y desequilibrio para la moral de la familia; cuando tal parece que van a naufragar las nobles y heroicamente debatidas conquistas de nuestros próceres — es que yo, en atrevido y singular contraste, pretendo, con pobres palabras, galvanizar algo arcaico, enmohecido que, tanto en Cuba como en el extranjero, goza fama de ser la más añeja y típica villa que olearon los conquistadores hispanos... Intento, para lograr mi deseo, desligarme unos momentos siquiera del dominante y nauseabundo medio, con escafandra espiritual, para hacer un buceo en el pasado de la vetusta Guanabacoa, desempolvando, de soslayo, cosas y pueblos hermanos en ancianidad, a veces mayores de edad. Y si apelo a rodeo preliminar, por sitios apartados, es con la intención de que la somera descripción de viejas ciudades sea adecuado marco para Guanabacoa. Es del caso agregar que al decir pasado, me refiero a tiempos coloniales, siguientes a la llegada de los conquistadores

españoles a Cuba, sin ocuparme de las llamadas "civilizaciones" aborígenes, no sólo por mi incompetencia en materia tan secreta todavía, sino porque tengo noticias de que estamos en vías de investigación, tanteos arqueológicos en torno a usos, costumbres, artes, creencias y arquitectura; y hasta en lo que concierne a la lengua que hablaron, el desacuerdo es de tal bulto, que es vaga la identidad de muchas palabras que se citan de su vocabulario.

De la Villa prefiero hablar porque a ella por numerosos motivos me debo. Y si alguno pensara que tales motivos podían eludirse en este acto, diréle que el recipiendario no es otra cosa que su pensamiento y sus motivos y, como he expresado en renglones anteriores, un contumaz lírico de la historia. El medio es potencia determinante que moldea al hombre. Por eso, si en Guanabacoa he vivido casi un cuarto de siglo, aspirando su aroma de salud, descansando en alas de su silencio y paz; si allí radican los encantos y preferencias de mi existencia, forzoso, o por lo menos justo parece, que habiendo yo salido esta noche de aquellas alturas, que casualmente desde este gran mirador se columbran, al ocupar esta tribuna lo haga con páginas escritas sobre Guanabacoa.

BARACOA

Aunque yo hice mi primera entrada en la Villa tomando el camino regular, no es mi propósito conducir a mis oyentes o lectores por ese rutinario sendero, sino que he de realizarlo remontándome a Oriente, y venir desde Baracoa, para atravesar la Isla a todo lo largo, por montañas, riscos, bosques, caminos, oteando y anotando; pero animado de espíritu más humano

que el de aquel vándalo que codiciosamente mandara Diego Velázquez para que, paralelamente con él, fuese buscando oro, haciendo esclavos y afirmando jalones de conquista. Iremos, pues, trillando a veces la senda del desalmado Pánfilo de Narváez, maldiciendo sus crímenes y perfidias, a la par que evocando al piadoso fraile Bartolomé de las Casas, alivio único de los confiados indios.

De Oriente viene la luz, como de allá vinieron las prístinas civilizaciones. Por nuestro Oriente asoma primero Febo, distribuyendo su brillo sobre la Isla. Fué también cuna de los primeros asientos, de las primeras rebeldías, los primeros municipios; escenario de las primeras infamias de los colonizadores, y por allí surgieron los fulgores de las luchas por la independencia, y se mantuvieron con mayor heroísmo.

Diego Velázquez planta el pendón de Castilla en Baracoa. Es el año 1511. Escasos centenares de guerreros invasores le siguen, no a traernos ramos de olivo, con brazadas de amor y justicia y cultura, sino avidez de fortuna, furor de dominio, con la espada, el lebrel y el arcabuz. No son peregrinos que vienen a labrar la tierra y crear familia y pueblos libres. En torno a una plaza aparece el adusto cuartel de armas, aspillerado contra el legítimo dueño autóctono, la iglesia como beleño con sus resignados frailes catequizadores, y la cárcel. Inmediata distribución de tierras, y de los indios en forma de encomiendas despiadadas. Hay que extraer metales finos. Y si protestan, son víctimas de castigos. Baracoa es el núcleo iniciador. Se acomodan las figuras conspícuas del momento. Se debaten los asuntos fundamentales del desarrollo. Maquina sus planes Velázquez. Nace el primer municipio, con privilegio de gobierno superior y capital de la Isla. El

Papa León X erige el Obispado. Palpitan en los recién llegados resabios y pasiones de las civilizaciones del Viejo Mundo. Todo es tierno en este país joven. En lugar tan amorfo y precioso se puede crear un paraíso. Mas, como la codicia era el móvil, pronto asomó la primer ponzoña de sublevación. Francisco de Morales, con muchos descontentos, entre ellos el después celebérrimo Hernán Cortés, tacha a Velázquez de usurpador. De aquel campamento militar, que no otra cosa era la primogénita villa, partieron las principales expediciones insulares de la época. El municipio, no obstante los privilegios que le fueron otorgados y que le permitía el dictatorial Adelantado, tenía débil vida económica, por las dificultades de arbitrar en comarcas completamente frescas, donde eran inaplicables los sistemas de los pueblos decanos de allende el mar. Allí vivió y dijo misas el padre Las Casas. Con motivo de las andanzas de los colonizadores y la búsqueda de minas y sitios de explotaciones, otras zonas recibieron favorable acogida. La invasión se iba corriendo hacia occidente. Si bien Baracoa creció con la violenta arribada de los secuaces de Velázquez, y se afirmó una colonia de extranjeros hispanos; el aviso de descubrimiento de minas por otros lugares y la esperanza de hallar misteriosos tesoror más allá... hacia el poniente, pronto le restó savia y vecinos. De modo que la decadencia fué proporcional con el milagroso y robusto nacimiento.

Hoy Baracoa encierra muy escasos restos de los tiempos viejos. Pero lo extraordinario es la sugestión de la naturaleza circundante, con montañas y bosques, el Yunque maravilloso, ríos de aguas como néctar, mucha luz y mar bravío. El emplazamiento de la ciudad es poético, a la vera del puerto de estrecha boca,

que vigila la ruinosa fortaleza *Matachín,* y al frente la punta de Camellos. Rodeada por el río Macamanigua. Al fondo, la montaña Yara. La población mira el mar y la bahía de Miel. La sensación que ofrece al que la visita es de religioso descanso que nada perturba. Tiene sabor y olor añejos. La más gloriosa iglesia de Cuba, Nuestra Señora de la Asunción. Las casas bajas, de amplios aleros. Sus habitantes, los más aferrados e intolerantes regionalistas de Cuba, hablan quedamente, con dejo peculiar, y viven a gusto en su aislado y rico edén que, para ser más rico y conocido, sólo necesita vías de comunicación que lo saquen de tan injusto olvido.

SANTIAGO DE CUBA

La salida de Baracoa por tierra, es de prueba, por carecerse de caminos adecuados hacia las lejanas y principales poblaciones de la provincia, y ofrece más dificultades todavía si queremos ir a Santiago de Cuba, que es donde Velázquez trasladó su residencia, y estableció la cabecera del gobierno y de las autoridades supremas. Es preciso vencer comarcas erizadas de montañas y cruzadas por una red de ríos y arroyos. A cada paso, una elevación, farallones que dan vértigo, picos inaccesibles, valles amplios, fosca manigua y bosques intrincados, poblados de maderas ricas; Sierra del Yunque, Cuchillas de Toa, Sierra de la Vela, Sierra de Mariana, Cuchillas de Santa Catalina; y así, de monte en monte, por ríos y más ríos, hasta llegar, por la Gran Piedra y la Loma de San Juan y El Caney, a Santiago.

Surge en 1514. Nace inmediatamente el ayuntamiento. Acuden los vecinos de los contornos. Se con-

vierte en ciudad ambiciosa. En su seno se vacía la riqueza de los colonizadores más poderosos. Centro militar, gubernativo y eclesiástico. Crece a pasos agigantados. Toma carácter robusto en economía, artes, letras, cultura. Allí se ha concentrado la vitalidad de la Isla y de allí irradian los audaces y definitivos proyectos de colonización por el resto del país. Es la capital de Cuba. Hacia occidente todo está salvaje, por ver.

Establecida, por fin, junto a gigantesco puerto. Casi en un hoyo. Rodeada cabalmente de montañas. Preciso es subir a sus colindantes picachos para verla bebiendo de las aguas del puerto. A la defensiva de asaltos de piratas y corsarios. A estilo de la época fueron sus construcciones. Arquitectura acomodaticia, de amplios corredores, altas pilastras, gruesos paredones, jambas afiligranadas, puertas claveteadas, ventanales con coquetones motivos. Iglesias de orfebrerías arquitectónicas. Casonas de acaudalados, de nobles, hijosdalgo. El emplazamiento citadino hállase entre colinas. Callejuelas estrechas que apenas dan paso a un carro. Pendientes peligrosas que demandan escalones para los peatones. La ciudad progresaba; pero palpitaba un ideario análogo a la fiereza de sus montañas.

Cuando La Habana le arrebató el cetro de la supremacía política y comercial, debido a su aproximación a las colonias de Centro América y México, Santiago siguió siendo corazón de Oriente, mas, como segundona.

De los tiempos viejos, de la era de oro y gala, le quedan orgullo y arrogancia. También, como Baracoa, al pasearnos por sus calles románticas, sentimos la fragancia de lo clásico. Quedan todavía reliquias de ayer que rancias familias guardan con ternura. Se conservan casonas de empaque colonial, sin herética

deslustración modernista. Todavía se pueden recorrer calles, callejones y rincones, donde salientes ventanas y aleros, puertas talladas, rejas complicadas, la Catedral, iglesias y plazas, hacen evocar a nuestros remotos antepasados. Y muchas calles conservan sus simbólicos nombres.

BAYAMO

Ahora, saliendo por la pintoresca Cuabitas, y afanosamente venciendo, por entre bosques, la empinada cuesta que nos lleva al culminante Puerto Boniato, portentoso mirador desde donde se domina al fosco Santiago, clavado en la margen del puerto, tomamos el camino Suroeste.

Con la Sierra Maestra a la izquierda, llegamos, por tierra de indios, a donde Velázquez fundó el pueblo de Bayamo, por el año 1513. Por allí está Macaca, Pueblo Viejo, Ovejas, y Yara, donde pereció en chisporroteante fuego, prisionero de los conquistadores, el valeroso indio Hatuey. Desde los primeros días tuvo ayuntamiento propio. Sus dominios abarcaban más de doscientos cincuenta leguas cuadradas de Este a Oeste, desde Palo Picado hasta el río Jobabo. Por los contornos vivían a sus anchas y guisa los indios. Bayamo, al tomar asiento definitivo, se levanta por arte mágico e hínchase su riqueza. Rico su suelo para cultivos: caña de azúcar, café tonificador, cacao cual néctar de dioses, añil que abunda silvestre, maíz, frutas y tubérculos que germinan robustos como tocados por mano de encantamiento, ganado vacuno incontable, colmenares que silvestres producen torrentes de miel; paisajes arrobadores; montañas alrededor; bosques con variadas maderas; ríos y minas. Fué residencia del

Gobernador de Cuba y del Obispo Altamirano. Su historia remota luce llena de leyendas varoniles y asombrosas. Por el río Bayamo, que va a entroncar con el Cauto, realiza su tráfico. Entonces Manzanillo (que más tarde será su indispensable puerto) no le hace falta. El crédito de la Villa se expande. Radican allí caballeros linajudos y atrevidos mercaderes. La población crece en construcciones, solidez y arte. La comarca vive en mucha actividad agrícola, ganadera y minera. Los caseríos limítrofes caen en su esfera y son espitas de riqueza. Los hacendados son ambiciosos terratenientes. Es corriente y vital el contrabando. La parroquia es productiva como ingenio. Religiosidad a la par que altanería, que da a los descendientes de los fundadores aires quijotescos. En Bayamo se fundió la nueva masa criolla, con ingredientes cultos, soberbios a la vez que señoriales, suaves y tozudos. Vivían en palacios cultivando artes y bellas letras. Mantenedores de lujo y despilfarro. En su localismo latía el patriotismo que iba, en tiempos venideros, a dar cuadros de epopeya. Casas solariegas que han dejado historial digno de la tradición. La vida de Bayamo era un alarde de suntuosidad. Y fué, para la época, centro de admiración y orgullo.

Al formarse en la boca del Cauto, por el año 1616, la gran barra de arena que obstruyó el paso a las naves, Bayamo sufrió inmediato estancamiento, siéndole difícil y cara la ruta única de Manzanillo. Mas, era tanta su vitalidad, abundante y necesaria su producción en los mercados exteriores, que pudo mantenerse con relativa potencialidad. Es el momento en que muchas familias buscaron horizonte por otros lugares de la provincia, o hacia el occidente. Entonces la Villa toma nuevo carácter. Bayamo tiene el empaque de las viejas

ciudades de Cuba. En torno a un centro, la Plaza de Armas. A su amparo edifican los acomodados. Ocupa ancho perímetro. El río azul y majestuoso cursa a su vera. Iglesias notables. Construcciones bajas. Anchas calles. Actualmente, quizá por la impresión de sus leyendas, que los visitantes llevamos en la memoria, de sus gestas patrióticas, de tantos próceres que esmaltan nuestra historia nacional, por los Céspedes, Aguilera, Figueredo, Saco y centenares más, el incendio de los días de la Guerra Grande y sus ruinas, experimentamos sensación de gran poema heroico. Riquezas, familias ilustres, heroicos paladines, polvo ahora son... Parques impíamente transformados, casonas cruelmente remozadas sin gracia, patios, brocales de pozos, anchas puertas que daban paso a calesas, la soberana Iglesia Mayor con su atrio evocador de días de la Revolución, todo esto, visto cuando van todavía por las empolvadas calles hileras de arrias de diminutos mulos con serones, guiados por legítimo guajiro que vigila a la guía del cencerro, todo esto, digo, aún nos permite, vagamente, sepultarnos en el Bayamo centenario y siempre glorioso...

PUERTO PRÍNCIPE

Ahora arrumbamos hacia el Norte. En nuestra ruta a occidente por esta abrupta región oriental de tiempos de los conquistadores, habitada por raza cobriza, seguiremos por trillos entre maniguas y bosques. Quedan a un lado, cayendo al golfo de Guacanayabo, las letales ciénagas del Buey y de Birama, con sus millonadas de pájaros. Vadeamos el anchuroso Cauto, la corriente más espumosa, navegable y larga de Cuba: nuestro Amazona. Seguimos avanzando. Soslayamos

las llanuras donde hoy se alza la tantas veces atacada y recobrada Victoria de las Tunas, cuya historia memorable para las armas libertadoras, erróneamente las hispanas pretenden atribuírselas. A la izquierda, el Noroeste, el Cacicazgo de Cueiba, que encierra en su seno a Holguín con minas de oro explotadas por los conquistadores, y hasta en recientes lustros.

Estamos en la hermosa región camagüeyana, el viejo Puerto Príncipe. En el centro de lo que es la provincia de su nombre está enclavada la capital. Por sus contornos cursan los ríos Tínima y Hatibonico. Hay noticias que su primer asiento estuvo en Nuevitas, en 1514, y que más luego fué trasladado a su actual emplazamiento. Entre sus fundadores aparecen Vasco Porcayo de Figueroa, Juan del Toro, Juan Orellana, Hernando de Consuegra. Su perímetro es amplísimo. Hay profusión de iglesias, la mayoría con tesoros en sus altares. La Mayor, que funciona de Catedral, la Soledad, San José, la Caridad, Santa Ana, Santo Cristo del Buen Viaje y los conventos San Francisco, El Carmen, San Juan de Dios y numerosas capillas. Por allí pasó, haciendo milagros y obras de amor, fray José de la Cruz, Padre Valencia. Fueron tantas las riquezas, eran tantísimos los vecinos acaudalados, que su fama llegó a oídos de piratas y corsarios, despertando codicias que ocasionaron vandálicos asaltos, robos y crímenes. Abundan las minas en sus contornos. Pero la dedicación especial ha sido a la ganadería. Sus caballos son de fama. En Puerto Príncipe son numerosas las casas solariegas, regularmente de una planta. Sus tinajones hoy sirven de adorno en las residencias de lujo de Cuba y del extranjero. Inimitable tasajo y casabe. El camagüeyano es de características muy diferenciadas de los restantes nativos de esta Isla. Tipo

marcial, vocabulario regional peculiarísimo y en el habla dejo análogo al santiaguero. Aferrado y orgulloso de su región y costumbres patriarcales. Sólo en tiempos modernos, después de la guerra de independencia, es cuando se ha mezclado más al movimiento general isleño. La ciudad se parece mucho a las demás antiguas de Cuba. Calles largas y tortuosas. Todavía se conservan, sin alteración, residencias privadas y edificios públicos. Véase la hermosa casa de la calle de San Juan número 22, donde nació, el 23 de marzo de 1814, la excelsa poetisa María Gertrudis Gómez de Avellaneda y Arteaga, que hoy le ha dado su nombre, y en cuyo frente una lápida de mármol señala tan gloriosa aurora. Su amplio interior, nítidamente conservado en los menores detalles, sin faltar en los patios los panzudos tinajones que refrescan el agua, provoca a rememorar las viejas comodidades y riquezas de la ilustre familia y la precoz infancia de *Tula.* Calles donde parecen marcadas las huellas de los antepasados. Ventanales salientes con balaustradas de torneada madera. Portones claveteados de hierro. Por doquiera, encima de las jambas, cruces y escudos tallados en piedra. Herrumbrosos nombres de estrechas callejuelas. A cada paso una plaza colonial: la *Parroquial,* la de *Armas,* la del *Santo Cristo,* la de *La Merced,* la de *San Francisco,* la de *La Caridad.* Aceras estrechas que delatan que eran más los hombres de caballería y coches que los de a pie. Andar, aún en estos tiempos, por Puerto Príncipe; ser acogido en alguna de aquellas frescas mansiones; asistir a las iglesias; detenerse en las plazas; mirar la corriente del río Hatibonico; ver el antiguo y hermoso Cuartel de Caballería (convertido en el *Hotel Camagüey*), es vivir en los viejos tiempos a todo pecho e imaginación sin riendas. Por su

ambiente y vecinos, al hospedarme en una antigua residencia convertida en comercio, creí hallarme en una extensión de Guanabacoa. La luz del modernismo, la febricidad de lo actual — teléfono, radio, luz eléctrica, automóviles, tranvías, todo este bagaje de progreso —, agriamente contrastan en aquel medio sereno, apacible, lustrar. Santa María de Puerto Príncipe impele aterciopeladamente a oír misa o rosario, a beber agua de tinajones, a comer tasajo sobre casabe y a pasear en quitrín. Y con estos goces, y pensando en Vasco Porcayo, en el prócer Gaspar Betancourt (*El Lugareño*) e Ignacio Agramonte, tomo camino al poniente.

REMEDIOS

Frecuentes son los tropiezos para ir a caballo desde Puerto Príncipe al pueblo que nos proponemos, pues hay necesidad de atravesar bosques; con la única ventaja que el terreno, en la primera etapa, es bastante llano, ya que no hemos de tropezar con la Sierra de Cubita, o la de San Felipe, o de Camaján, que se hallan más al Norte. Mas, para rápida marcha, a fin de que mi público y yo lleguemos más de prisa a la meta, es preferible ir por mar. Esto nos obliga a remontarnos a Nuevitas, y que una goleta muy marinera, que transporta mercancías, orillando la Península del Sabinal, y los cayos Guajaba, Romano, Coco y una miriada de cayuelos, nos deje en el conocido puerto de Tesico (hoy Caibarién). Por aquí anduvieron, allá por el año 1513, por orden de Velázquez, Pánfilo de Narváez y el P. las Casas, y se asegura que existía un pueblo indígena. De aquel reconocimiento parece que nació la idea de

la fundación de la villa de San Juan de los Remedios, que más luego fué trasladada al lugar que hoy ocupa. De que no hay seguridad acerca de la fecha exacta de la creación, nos habla con lujo de detalles y erudición el acucioso efemeridista remediano José A. Martínez Fortún y Foyo. Poco más o menos del año 1515 datan sus inicios en forma de aldea, a orillas del mar, aunque es más probable el 1545. Parece que el fundador lo fuera Vasco Porcayo de Figueroa, señor de las comarcas que se extendían desde Puerto Príncipe, y a quien se ve figurar en la mayoría de estas creaciones, llegando a poseer una inmensa fortuna y ser fecundo tronco de asombrosa descendencia. La fecha de la sesión municipal más antigua es de agosto 26 de 1615.

Tierras de prodigiosa fertilidad, producen exquisito tabaco. Región azucarera, con nutritivos pastos que mantienen abundancia de ganado vacuno. Hay afanoso laboreo en sitios y estancias. Remedios era de mucha lozanía agrícola y comercial, pues aparte de sus recursos y cultivos, por el puerto de Tesico ganaba crédito y rendimientos. La villa es de estructura muy colonial. Tiene calles que todavía dicen de su pasado. Iglesias vetustas con enormes campanarios, plazas que hablan lenguaje caduco, rincones seniles. Por doquiera asoma una mancha, un leve toque, un perfil de seductora añoranza. Las construcciones, los remozamientos de edificios no han hecho ruinosa mella. Aún flota polvo antiguo. Todavía, cuando las campanas de la parroquia voltean para misa o para difunto, brota el sentimiento religioso y amoroso de lo lejano. Todavía suelen verse procesiones religiosas por las calles, exhibiendo imágenes bajadas de sus altares. Es, pues, de las poblaciones que exhalan espíritu tradicional.

SANCTI SPÍRITUS

No es largo el viaje a la próxima fundación. Pocas jornadas a caballo, bajando hacia el Sur, nos dejarán en Sancti Spíritus. Rozaremos, si así nos place, las Sierras de Bamburanao y Matahambre. Cruzaremos afluentes del río Zaza, con el agua al pecho de las bestias y a trechos sobre ellas nadando. Terrenos escabrosos. Bosques seculares. Naturaleza salvaje. Lugares vírgenes. Por fin entramos en Sancti Spíritus, donde brilló y se marchitó el popularísimo y culto Marcos García, y de donde es luminaria gloriosa el libertador eximio general Serafín Sánchez.

Sancti Spíritus cubre una extensa región bañada por numerosas corrientes fluviales y que por ese motivo resulta asombrosamente fértil, una Mesopotamia antillana, húmeda para la salud. Casi encerrada entre montañas y ríos. Por doquiera que se vuelve la vista, asoma una altura, un picacho; y el Zaza y el Tuinucú y el Yayabo dándole frescura y agua potable. El Yayabo es linfa dominante que surte a la ciudad, y, por la belleza y misterioso color de sus ondas y follajes ribereños, ha encendido en sus vates lírica inspiración. Comienza a tener historia desde 1514, cuando la funda Diego Velázquez, siendo sus más peligrosos enemigos una plaga de hormigas. En su nuevo asiento hicieron frecuentes estragos los piratas, por los años 1667 al 1719. En el último asalto se llevaron y quemaron todos los documentos del ayuntamiento. También el incendio de 1741 causó lamentable devastación. Disfruta de título de ciudad desde 1867 y desde 1828 de escudo de armas con el lema: "Mi lealtad acrisolada". Hubo un tiempo en que estuvieron abiertas al culto católico

cinco iglesias. La construcción de la Mayor data de 1515, reedificada numerosas veces, con una maravillosa torre de 165 pies de altura y un reloj del año 1808. La riqueza está cimentada en siembras de frutos menores, en tabaco, en ingenios de azúcar y preferentemente en abundante ganado vacuno que rivaliza con el de Puerto Príncipe. Su jurisdicción llegó a ser de las más extensas, pues comprendía del Norte al Sur, hasta casi lindar con la capital camagüeyana y Villaclara. Un encanto son sus casas, la mayoría de una sola planta: amplia puerta de entrada, ventanas laterales con balaustradas de madera, techos de dos aguas y rojas tejas criollas, pisos de hormigón o ladrillo, patio espacioso con flores. En los barrios próximos aun se ven casitas centenarias. Las calles conservan sus nombres de antaño: Amargura, San Anselmo, Sobral, Lepanto, Cadí, Pavía, Cervantes, y las hay tan estrechas que sólo dan paso a una bestia enseronada, no pocas tortuosas, y otras empedradas de granito a la antigua. Es interesantísimo enfrentarse a la recia residencia que en la calle de la Amargura, junto al río Yayabo, habitaban los acaudalados del Valle: en su interior el mobiliario es el que la adornaba en días de esplendor. Otra casona de gran atractivo es la de *Frasco* del Valle, en la misma calle citada, con el número 49. Fué cuartel de la Guardia Civil y Casa de Gobierno Militar. En ella vivió el tristemente célebre Francisco Acosta y Albear. Tiene una leyenda en torno al millonario Borrell, unos millones ocultos y la construcción de esta mansión con esa fortuna.

De las ciudades que ahora hemos visitado y examinado muy a la ligera, casi al vuelo, la de mejor y definida factura colonial y conservación de residencias y edificios públicos, es Sancti Spíritus. El artista, el

poeta, el soñador, el arquitecto, el fotógrafo, hasta el efímero turista yanqui, aquí hallarán material adecuado para sus aficiones. El encanto mayor está en sus callejuelas, en las puertas y ventanas voladas. Tampoco las modernas reparaciones arquitectónicas han hecho mucho estrago. Suerte más que grande es que los nuevos ricos políticos, algunos de ellos herederos de mansiones que son reliquias, han preferido marcharse a la capital y allí construir chalets corrientes y vulgares. Existe un verdadero derroche en aleros salientes sobre la acera, con ménsulas de madera tallada. Es una filigrana el carcomido puente de piedra sobre el Yayabo. En aquellas casonas de espaciosos aposentos se vive con el plácido señorío de los buenos días, cuando el médico llegaba ceremonioso en volante, trajeado de respetable negro, leva a la inglesa, zapatos de corte bajo con hebillas de plata, tocado de bomba, bastón de carey con empuñadura de oro cincelado, larga leontina de oro con enorme dije sosteniendo el reloj de campana y cuerda. Para brindar a manos llenas mejor sensación del ayer, abundan las caballerías de los campesinos parroquianos, atadas a postes de los portales, y al trote se ven arrias de mulitos y burros con serones al lomo. Y es fácil atisbar, por delatoras ventanas, ancianas que son estampas vivas, que probablemente conocieron al viudo alguacil mayor del Santo Oficio, Francisco Valentín, así como octogenarios que parecen arrancados de cuadros de fecha de la fundación. No ha de costarme mucho objetivar. Avanzo por la calle Luz y me planto frente al número 16. De pronto asoma una prototipo. Mediana estatura, ni seco ni muy envuelto en carnes. Ha vivido muchos años, pero en su rostro y en su mirar agresivo y nervioso anida virilidad de mozo. Va vestido de nítido dril blanco, en cuyo terno

no falta el chaleco y la amplia cadena. Zapatos amarillos. Camina de prisa. Barba abundante, hirsuta y cana, al igual que el bigote. Tocado con sombrero de jipi. Ejemplar de puro criollismo. Apostura arrogante. Un descendiente del recio español Tadeo Martínez-Moles y Valdemores, administrador tesorero de Rentas Reales e historiador de la ciudad. Es Manuel Martínez-Moles, hondo y maravilloso conocedor de la historia local, cuya labor publicada, pero más todavía la inédita, forma un archivo sin paralelo en nuestra patria.

Lo admirable de Sancti Spíritus es que dentro de ese molde de antaño vive una población extraordinariamente alerta y progresista, a tono con el movimiento cultural y artístico del mundo, aunque preocupada en la política desintegradora cubana, que mantiene sañudamente su localismo, y a la vez sabe salir de su concha y abrirse brecha y conquistar posiciones.

TRINIDAD

Trinidad es la próxima fundación que hemos de visitar. La distancia es corta, pero el trayecto abrupto, erizado de montañas y selvas. Tierra feraz, donde todo germina con lozanía, y por donde abundan minas de metales preciosos. Es el paraíso de Cuba. Hasta las corrientes fluviales derraman su generosidad dando tónicos alientos a los campos de cultivo. Trinidad está en la costa Sur, casi sobre el mar. Desde Sancti Spíritus bien podríamos emprender la marcha a caballo, por campo traviesa, abriéndonos en el boscaje sendero a machete, esquivar las sierras de Jarao, de Banao y ríos y arroyos puestos en el camino; vadear el Manatí, y entrar por tierra, atisbando antes, desde las crestas

de la Vigía, el estuario del Agabama, las Ensenadas de Caballones y Jobabo, los puertos del Masío y de Casilda, la infinidad de cayuelos vegetados con mangle, y a lo lejos abarcar el espacioso mar Caribe.

Mas, por evitar mayores tropiezos y fatigas, es preferible bajar orillando el caudaloso río Zaza y, desde el puerto, hoy llamado Tunas de Zaza, salir navegando a la vera de la costa, para disfrutar la belleza de las cayerías que orlan aquel quieto mar. De este modo seguiremos la ruta que tomaron los conquistadores que, dirigidos por el Adelantado Velázquez, a mediados del año 1514, en naves llegaron al abrigado y laberíntico puerto del Masío, demostrando con esa hazaña náutica, en sitio tan complicado, y cuando todavía no existían cartas ni derroteros oficiales, que eran muy hábiles sus hombres de mar. Ya en tierra, aunque la costa es sumamente baja, desde cualquier sitio se ve a lo lejos la población sobre las faldas de la Vigía y la Popa. Es extraño que los conquistadores escogieran tan abrupto y escondido paraje. Probablemente, noticias de riquezas auríferas, o previo conocimiento de la feracidad de las tierras, o ventajas sospechadas por los puertos, o el agua potable, o la posición estratégica del Sur, indujeron al establecimiento, reforzado con la indiada que iba a ser la masa esclava. El recinto, en forma de anfiteatro-militar, era indiscutible y magnífica posición naval y militar, en aquel momento histórico. Y tan del agrado de la falange de temerarios y linajudos caballeros se ofrecía el escenario, tan fácilmente dominable con sólo manifestarlo la voluntad, que, en seguida, pusieron alma, inspiración, pecho y esfuerzos a levantar, a usanza de la Península, de donde ellos procedían, un pueblo donde emprender explotaciones. Por el Guaurabo, siglos después — mar-

zo de 1801 — bajó de un balandro, y montado en mulo entró en Trinidad, el universalmente conocido barón Alejandro de Humboldt. Observó las lomas de San Juan, una cadena de montes calizos de 1,800 a 2,000 pies de altura. Y tras breve permanencia y estudios científicos, obsequiado gentilmente por personajes de la localidad, la abandonó con tal contento y amable recuerdo que no pudo dejar de mencionarla en su *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba.*

En aquella región de Guamuhaya vivían felices y a sus anchas muchos indios siboneyes.

La urbe fué emplazada en una vertiente de la Vigía, en rápido plano inclinado hacia el mar, ribeteada por el río Guaurabo que nutre la robusta ceiba donde Cortés aferró sus naves. En torno a la Plaza Mayor se desarrolló la población. Menos mal que a la par que los capitanes colonizadores gozaban a sus anchas del repartimiento de tierras e indios para el laboreo agrícola y minero, el P. Bartolomé de las Casas iba derramando su piedad cristiana sobre los nativos. La mayoría de estos usurpadores procedían de esclarecidos troncos y estaban saturados de los ímputos y ambiciones de su raza. Pero estos andurriales, por muy bellos y edénicos que fueran, no debían servirles sino de escabel para provocar mayores ansias de riqueza acelerada, a toda costa, que era lo exclusivamente buscado. Excepcional fué el que en sus alforjas trajo un libro de enseñanza o un canto de ternura. Tan sólo los abnegados frailes ponían seráfica miel en sus designios de atraer a los salvajes a su religión y Dios, para uncirlos al esclavo cortejo de la monarquía.

La población fué creciendo a medida que los cultivos y laboreos y crianzas de ganado fueron en aumento. El puerto de Guaurabo cobró inusitada actividad.

A la vez se estableció contacto estrecho con la fundación espirituana. Cuando Hernán Cortés, burlando y traicionando a Velázquez, hizo escala en su navegación hacia la conquista de México, a la par que reparaba y avituallaba sus naves, con pregones de riquezas esperadas, excitó tan desmesuradamente la ambición de los vecinos, que la sangría de alistados produjo colapso en la fundación. Como que los blancos vivían a expensas del músculo indio, al suprimirse las encomiendas, por extinción de los aborígenes, Trinidad volvió a anemiarse comercialmente. Mas la vitalidad era de tan recia contextura, tanto se había difundido la facilidad de enriquecerse, que advenedizos vinieron a reforzarla. También los piratas y corsarios irrumpieron numerosas veces en saqueos pavorosos. Lentamente el perímetro urbano se había extendido hasta el tejar de Quiñones, el cementerio de *La Esperanza,* la *Plaza de Isabela* y el *Campo de Marte.* Hay plazas como la *Mayor;* la de *Paula,* que estaba bellamente arbolada, con jardines y pavimentada; la de *Jigüe*; la del *Convento de Santa Ana.* Iglesias como la Parroquia, la de San Francisco de Paula, la de Nuestra Señora de la Candelaria (llamada la Popa), el Convento de San Francisco. La cárcel pública es excelente. El teatro, espacioso y artístico. Los Béquer y los Cantero, los Iznaga y los Brunel, los Torrados y Quiroga, hacían derroches en lujos. Abundan los palacios de grandes señores que viven como nababs. La comarca está poblada de ingenios y haciendas que producen torrentes de oro, con miles de esclavos negros. La original, sólida y elevada torre Manaca-Iznaga, vigila los campos de labor de su amo. El ganado es incontable. Trinidad llega a ser la capital de las Villas del Centro. Explende en belleza, oro y urbanidad. Muchos caminos terrestres conducen

a su bullir. Por mar vive en intercambio frecuente con todos los puertos del Sur. Considerado esto con sujeción a la lentitud y medios de aquellos días; pues para la actividad moderna, su aislamiento es tan doloroso como el de Baracoa.

El pasado, tan íntimamente vinculado a la aledaña existencia de los indios; los frecuentes asaltos de piratas y corsarios y otras heroicas empresas de defensa y repulsa; la vibración de los fundadores hispanos; las fortunas amasadas a soplo de fábula; el aislamiento huraño, saludable y atractivo; la invasión inglesa; las luchas por la independencia y Narciso López, bordaron una serie de leyendas rebosantes de interés y deleite.

Dentro de la relatividad del brillo colonial, Trinidad fué ciudad de primer orden. Pero el surgir de nuevos competidores puertos y ciudades y caminos, en rutas más visitadas, produjo su fatal declinación. Resignada, allí quedó clavada, momificada, con todas sus construcciones, parques, montañas y ríos, exuberante naturaleza y feracidad de la tierra, saturado el ambiente de medular historia hispánica y libertadora. Y los nativos conservan, en lugar de la fiereza que suele imprimir el medio aislado y las glorias gozadas, y la herencia de los preclaros fundadores, un orgullo acogedor, melífluo. Trinidad ha permanecido intacta en lo externo e interno, respirando vejez, vejez de nobles blancos cabellos y dulce mirar y amable tacto. Allí se desea la siesta, la hamaca, el rapé, la mirra, el incienso, las campanas. Las estrechas calles conservan sus nombres primeros, empedradas hace muchos lustros de modo tan firme que se mantienen intactas con los gruesos adoquines que en las esquinas marcan el sendero que corresponde al peatón. No se ve una sola disonante casa moderna. Puertas que revelan por su

anchura que dos quitrines a un tiempo podían franquearlas. Aleros volados que parecen quitasoles. Balaustradas torneadas, de madera y de fierro forjado. Algunos cañones de hierro enterrados en las esquinas, destinados a mansos guardacantones. Por una puerta entreabierta se ve un patio enlosado, con pozo de brocal alto, zaguán, un coche, una anciana en chambra blanca que zurce y una rolliza criada negra con la cabeza envuelta en pañuelo de bayajá. En las cerraduras hay llaves de un pie de largo y no menos de cinco libras de peso. Aldabones artísticos. Bisagras que parecen de castillos encantados. Esqueletos de herrumbrosos faroles públicos de cien años. La arcaica y elegante residencia de doña *Monsa* Cantero de Lara. La iglesia de la Santísima Trinidad, en la calle del Desengaño, con un altar mayor de tallas en madera que parece obra de ángeles. El palacio de los Bremeses en la calle de Media Luna. La mansión solariega del famoso Conde de Brunel, dando frente a la plaza de donde partió Cortés en busca del ignoto México. En muros de las calles hay nichos con imágenes y cruces.

Los fundadores de Trinidad han ido legando a sus descendientes devoción integral al terruño, su cantón, y juicioso afán de conservación de sanas costumbres, tradiciones, consejas, e integridad de sus hogares y mobiliarios. Así resulta que acogerse a una de sus casonas solariegas, mirarse en un enorme espejo de marco dorado y tallas de angelotes, descansar en mecedores de puros estilos, alumbrarse con una palmatoria del año 1700, lavarse la cara en una palangana de plata, ir a misa a la iglesia de la Candelaria, ponerse a la sombra de la ceiba de Cortés, andar en noche de luna por aquellas callejuelas silenciosas, y desde la cima de la Vigía atalayar el Mar Caribe a los pies, es vivir horas de

incomparable deleite trinitario, colonial, en lo que éste tenía de romántico.

La seductora Trinidad guarda bastante semejanza con Tasco, el maravilloso y centenario Tasco mexicano. Es nuestro Tasco. Porque si bien Tasco es más rancio y rico y sugerente; Trinidad le opone sus ríos, su vegetación, sus palmas, sus puertos, sus costas, su mar. Un día, que jamás podré olvidar, y que por eso guardo en el corazón y en el retina, hice un delicioso recorrido por tortuosa carretera, a veces a más de tres mil metros de altura, que me puso en la antigua productora de plata. Por cierto que antes de entrar en la villa empecé a eslabonar un paralelo con Trinidad, al advertir en Cuernavaca la llamada Casa de Cortés, el conquistador que descubrió las minas de Tasco y que coincidentemente había pernoctado en Trinidad. Tasco me produjo sensación deliciosa, no por la parroquia de Santa Prisca, abarrotada de tesoros en altares de oro y plata y piedras preciosas y tallas de encanto y cuadros de maestros del arte, sino por lo extraordinario de su emplazamiento entre montañas. Cada una de sus callejuelas, rincones, arcadas y viviendas, es una estampa preciosa. Nada, salvo los curiosos y vulgares turistas yanquis, es moderno. Y aspirando aquel perfume añejo, en un período en que lo efímero moderno en Cuba se propone desalojar a lo que es madurez y señorío; andando por el empedrado de cuatro siglos, di con sencilla casa de una planta que, aceleradamente, despertóme un recuerdo de la cubana Trinidad. En ésta, allá por el año 1801 (14 de marzo), el barón de Humboldt había sido acogido por el trinitario Antonio Muñoz, administrador de la Real Hacienda; y en recuerdo de su paso aun se conserva la casa en que se alojó, en la calle del Cristo, entre la del Rosario y el callejón

de la Cañada, conocida por *Casa de Humboldt*. Y en Tasco, la casa que ahora contemplo también se llama de *Humboldt,* en memoria de su visita el 5 de abril de 1803.

TIPO DE LAS FUNDACIONES

Aunque no siempre con igual juicio y propósito, el sistema de fundación primitivo, costanero o mediterráneo, tuvo un mismo carácter o líneas, en cabal identificación con las miras de los que emigraron a estos países. Buscaban de preferencia lugares con acceso al mar, a cubierta de ataques, próximos a minas y donde abundaran indios fácilmente sometibles. Reparto inmediato de solares y trazado del centro urbano. Una plaza de armas como eje, un fuerte para los hombres de armas, una iglesia, una cárcel, y alrededor residencias de influyentes. En palenques próximos, los aborígenes y esclavos negros. Despreocupación de simetría, arte y sistemas higiénicos. La indolencia, en lo fundamental, obedecía a la falta de familias que los enraizaran, y no pequeña parte a la incultura, ya que la mayoría apenas sabía leer ni escribir. Con el tiempo en las callejuelas se amontonaban a capricho casuchas, bajareques, sin faltar residencias que desentonaban ostensiblemente. Sistema que guardaba contraste con las fundaciones norteamericanas, donde predomina la amplitud, el disfrute de aire, la anchura de parques y calles. En Cuba, donde no existía el peligro de ataque de hordas indias, como en el Norte, el apiñamiento es inexplicable. Y más todavía: las construcciones, con excepción de los pueblos de mucha importancia, fueron deleznables, propias de residentes en tránsito. Las únicas de solidez, y a veces de mediano arte, fueron

las iglesias, los cuarteles, las fortalezas y las cárceles. Los pueblos se conformaron a un canon colonial, que los yanquis llaman *standard,* tan vulgar y parejo que, con ver uno, es suficiente para conocer fielmente los restantes. Llama mucho la atención que la influencia indígena no haya legado o sugerido un solo detalle de carácter artístico.

POR LA HABANA. ANGULO Y SORES.

Hemos recorrido más de la mitad de la Isla, y todavía nos faltan largas jornadas para la meta. Sin embargo, como que en el tramo que tenemos por delante no se detuvieron los colonizadores, y, por lo tanto, no hay huellas ni emociones de su remoto pasado, ni tampoco del indígena, avanzaremos de prisa en el hipógrifo de nuestra fantasía. Por eso será mejor encaminarnos por el Sur, por los cacicazgos de Xagua y Hanábana, ribeteando la costanera de la hoy llamada Ciénaga de Zapata, en la que abundan feraces y curiosos "cayos" cubiertos de vegetación, campeando la robusta criolla ceiba, propicios para la vida y los cultivos. Allí vivían tribus de indios que han dejado restos de su paso en curiosos cementerios, en torno a los cuales han hecho trascendentales investigaciones Cosculluela, Fernando Ortiz y otros viajeros arqueólogos.

Y porque así lo queremos, y es hora ya, llegamos a La Habana. Unos dicen que ese era el nombre que los indios daban a esta comarca; otros, que quiere decir "sitio grande"; algunos, que es nombre de origen fenicio, etcétera. La ciudad que lo lleva estuvo situada en un lugar de la costa Sur que bien pudo haber sido Batabanó o la boca del río Mayabeque, aunque por mi parte he observado, en el plano de Cuba que aparece

en la *Historia Universal de las Indias,* de Cornelius Wytfliet, del año 1597, que San Cristóbal aparece emplazado cerca de la Ensenada de Broa, casi sobre la Ciénaga de Zapata, entre los ríos Hatiguanico y La Industria. E igual posición le fija el plano de Forlano-Bertelli, de 1564. Datando su asiento definitivo, hacia el Norte, parece que de julio 25 de 1514. En torno a la mayoría de las fechas en que las antiguas villas de Cuba fueron creadas, o cuando se dijeron en ellas las primeras misas (dato muy esencial en aquellos tiempos), o se hicieron los iniciales trazados y repartos, hay sensibles discrepancias. Mas, lo indiscutible es que el período de aguda, febril y medular actividad de los conquistadores mandados por el Adelantado Velázquez, fué el que media entre 1511 (desembarco junto a Baracoa) y 1515, es decir, cuatro escasos años. En tan breve lapso realizaron la portentosa tarea de levantar pueblos, hacer repartimientos de indios, establecer ayuntamientos y autoridades, hacer guerra a los nativos, marchar infatigablemente de extremo a extremo del país ignoto, abrir y explotar minas, mandar expediciones de descubrimiento y exploración a países próximos, anotar con amplitud, asegurando de modo definitivo su dominio; en una palabra: procurando crear algo análogo a lo que ellos conocían y amaban en el Viejo Mundo. Sin dispendios de la Corona española y en cambio percibiendo fijamente el Rey sus quintos y gobernando majestuosamente y sin peligro desde la Península. De modo tan sencillo y económico, sin guerras ni complicaciones políticas, atrapó España esta rica ínsula.

Por razones de importancia estratégica y mejoramiento, La Habana del Sur fué trasladada al Norte, junto al río Casiguaguas o Almendares, y a poco al

puerto de Carenas, que es el sitio que ocupa actualmente.

En fácil y ventilado lugar, frente al gran seno mexicano, mirando las costas de Florida y México y los países de Centro y Sur América, y también por esfuerzos de sus fundadores, el lugar se desarrolló con pasmosa prontitud. Venció, debido a esa posición, a las restantes poblaciones de la Isla. La agricultura y demás explotaciones cobraron vigor. Y en 1550 obtiene el privilegio de que el gobernador Gonzalo Pérez de Angulo viniese a residir en ella. Con esto su prestigio culminó. Surgieron algunos roces, graves a veces, con Santiago de Cuba, que le disputaba la supremacía; mas La Habana, por su carácter oficial, siguió mejorándose en fortificaciones y residencias. Los dominios de su ayuntamiento abarcaban extenso territorio. Los opulentos terratenientes cada día robustecían sus propiedades. Por el año 1538 encargóse al Adelantado Hernando de Soto la construcción del *Castillo de la Fuerza* que, tras haber sufrido mejoras y reconstrucciones y servido para diversos fines, inclusive residencia de la suprema autoridad gubernativa, se mantiene en pie, más como reliquia de pintoresco interés que como fortaleza. La Habana estaba dispuesta con arreglo al plan de los conquistadores: plaza de armas, que es la misma que hoy nos da una vivísima sensación de las despóticas ideas de los dominadores, al exhibir una estatua pedestre en mármol del bellaco Fernando VII; el ya mencionado *Castillo de la Fuerza,* que ampara el puerto y mira a dicha plaza; la casa de gobierno y la iglesia. A su vera, influyentes caballeros erigieron sus residencias. Su poderío lo reforzaron las flotas que transportaban a España las riquezas ordeñadas a las posesiones ultramarinas, así como las expediciones de

descubrimiento, conquista y rapiñas que en su recinto se organizaban. El establecimiento pronto fué universalmente conocido y envidiado, despertando la codicia de piratas y corsarios de países enemigos, que vivían de lo que otros ganaban o robaban a los indios. Y a esto se debió que con frecuencia La Habana fuera asaltada y saqueada ferozmente. Los españoles dispusieron del dócil indio, que servía en las encomiendas, y de esclavos negros que resultaban más caros por la necesidad de importarlos; y para obtener tierras, hatos y corrales, bastábales la condición de hispanos, la aquiescencia de la autoridad y pararse en sitio escogido y adueñarse de todo lo que la vista abarcaba, en un círculo que se extendía a veces hasta el horizonte. Con haciendas e indios, bien fácil era ser caballero y rico. Este es el origen vicioso de la propiedad de la tierra cubana en el pasado, y de los latifundios. Los dominios así nacidos en la jurisdicción habanera, abarcaron tanto o más territorio que lo que hoy compone la provincia de La Habana

A la indomable actividad y ambiciones ilimitadas de los recién llegados no pudo ocultárseles la opulencia de la naturaleza circundante, y el misterio que podían guardar las fronterizas verdes lomas que ribeteaban el arco Sur, del otro lado del puerto. Por allí estaban lo que luego se llamarían Ensenada de Tiscornia, Ensenada de Marimelena, emplazamiento de Regla, y la Ensenada de Juan de la Cruz o de Guasabacoa, que iba a ser el embarcadero donde palpitaría la vida. No iban a pasar muchos lustros sin que tanto el sector occidental de la nueva fundación, a partir de 1663, saliendo desde la Punta hasta el Arsenal, tomara el nombre de extramuros, desarrollándose con mayor lozanía

hacia Jesús del Monte y Cerro; y del mismo modo se correría por Luyanó hacia lo que era Guanabacoa.

En el año 1555 el doctor Gonzalo Pérez de Angulo ejercía las funciones de gobernador. Ya estaba terminado el fortín comenzado por Aceituno.

Residían tranquilos cincuenta y dos españoles — cuenta Ulivarri — con sus familias y con un crecido número de indios y negros esclavos que daban animación y vida a la pequeña población. Cuando se conocieron detalles del asalto de Sores a Santiago de Cuba en julio de 1554, se tomaron medidas realmente necesarias para mejorar el sistema de defensa de La Habana.

Con este motivo vino salitre, azufre, plomo, ovillos de hilo para ballestas y pólvora preparada, y en las orillas del puerto se colocaron dos cañones, dos culebrinas, cuatro falconetes, tres pasamuros, bombardas y arcabuces. En la Punta se colocaron seis soldados, en las alturas del Morro una posta con tres. Juan de Lobera asumió el mando de la fortaleza. Y como "defensores de Pueblo Viejo (La Chorrera)", quedaron Juan de Rojas y varios vecinos de nota.

Cuando en la madrugada del 10 de julio sonaron los cañones de Lobera y el batir de los tambores, como señal de peligro, por enemigo que por mar asomaba, la población alarmada se dispuso a la defensa o a huir. Jacques de Sores, el temible pirata francés, confiadamente aproximó su nave y ancló en la Caleta de Guillén, también conocida por de San Lázaro. Desembarcaron

unos doscientos tripulantes bien armados de coseletes, celadas y arcabuces, avanzando en escuadrón cerrado por entre los matorrales hacia el corazón del poblado.

Tan nutrido y bien armado enemigo, cuyas alevosas intenciones eran conocidas, puso en sobresalto a la pe-

queña guarnición, a la vez que a su jefe supremo, Angulo. Los hombres de armas estacionados por fuera, se guarnecieron en la fortaleza. Angulo se acobardó tan bochornosamente que, reuniendo un séquito de funcionarios, su mujer Violante, familiares, compañeros de armas y servidores, sin olvidar sus objetos de valor, presuroso se trasladó al vecino caserío de Guanabacoa, que ofrecía facilidades para la defensa o escape a las selvas próximas, dejando a La Habana entregada a la desesperación y furor del saqueo pirático.

GUANABACOA EN 1555

Seguramente que el gobernador Angulo y su comitiva se escurrieron por el fondo del puerto y entraron a su refugio por Guasabacoa. La mejor y más elevada atalaya para dominar el escenario donde se estaba ventilando el infernal ataque, era la Loma de la Cruz. Aparece a sus pies el puerto. Es la más afamada eminencia, de mejor historia, por su altura, por la cruz que largos años la santificó, por la ermita que mantuvo el indio Bichat, porque en sus faldas brotan, entre otros manantiales, la *Fuente del Obispo, Uribe y La Cotorra,* se celebraban en su meseta típicos altares de cruz, fué paseo de vecinos enamorados, en noche de luna, y en tiempos recientes se han montado los tanques que gotean agua a la población. Aunque parte de la villa de Guanabacoa se halla situada a más de ochenta metros sobre el nivel del mar, la Loma de la Cruz es un tanto más elevada y desde ella se abarca precioso y extenso panorama hasta el mar y por el quebrado campo moteado de estancias.

La población blanca en aquel momento era menos numerosa que la cobriza. Pobres construcciones de

madera y guano. Por su calidad de gobernador, Angulo halló benévola acogida. Y como su emergente residencia obedecía a súbito temor de perder la vida o ser objeto de rescate, a la vez que a intenciones de organizar un cuerpo voluntario de auxilio, el día 12 de ese mismo mes de julio el caserío tuvo la extraordinaria e histórica honra de que el cabildo habanero celebrara, bajo la presidencia del citado gobernador, memorable sesión, para discutir un plan de inmediato socorro militar y dar minuciosa cuenta al lejano Rey del suceso, pidiéndole para el futuro elementos de defensa. Los de La Habana confiaban en el refuerzo de su superior que, por conducto del valeroso mensajero Martín Ruiz, conocía el aprieto; Lobera resistía y Sores estrechaba más y saqueaba sin compasión, exigiendo grueso rescate. En el entonces pobre caserío el reclutamiento a duras penas dió un núcleo de doscientos hombres, entre campesinos, negros e indios, pésimamente armados. Con ellos Angulo irreflexivamente creyó poder sorprender a los avisados piratas, aunque lo que logró con su actitud fué romper la tregua que existía, y dar lugar, como represalia, a un terrible degüello. Angulo, derrotado, huyó hacia Jesús del Monte y luego a Bainoa, y los secuaces supervivientes se acogieron a sus lares guanabacoenses.

El paso de Angulo por este caserío; el disfrute que de su benéfico clima y aguas gozaron los influyentes personajes que lo acompañaron, fué el mejor anuncio para que propagaran por todas partes la belleza e importancia del lugar, fijándose los más sagaces en los filones de utilidad hasta entonces inexplotados por ser desconocidos.

El nombre de Guanabacoa ha sido objeto de curiosas discusiones de carácter filológico. En muchos idio-

mas hay nombres o terminaciones análogas, que en su mayoría dan idea de agua, o manantial, o brotar. No hay indicios que sea de auténtico origen indio cubano. De todos modos, según de la Guardia,

> es igual a ciudad o pueblo situado entre lomas y donde brota un manantial.

Feraces tierras en toda su jurisdicción, donde todo crece robusto y sano, como tocado por mágica vara. Abundan lomas y cerros en sus contornos, con buenas canteras. Vallecitos risueños. Quebradas por donde corren linfas que dan vital humedad a los cultivos. Numerosos ríos y arroyos se vacían en el puerto y por Cojímar y las zonas cercanas. Las aguas minerales y termales saltan al primer toque del pico o azadón. Minas de petróleo. Clima de oasis, abanicando la brisa de día y de noche. El frío es de un picor tonificador. Abundantes palmeras esmaltan y cantan endechas de cubanismo, delatando la fertilidad de su cuna. Los frutales son variadísimos y de pulpa suculenta.

El sabio Humboldt sintió atrayente interés por Guanabacoa y la visitó en detenido y minucioso estudio, midiendo sus alturas y analizando el interior de la tierra y otros particulares de la naturaleza, en cuyas colinas abunda una serpentina de un bello brillo que es poco conocida en el mundo. Agrega que los cerritos tienen fama de contener metales y que en las lomas Suroeste de los baños de Barreto vió astillas de cuarzo con pyrita. Por cierto que al hablar de estos hallazgos, que pueden inflamar el entusiasmo por la riqueza, dice:

> No me han parecido dignas de mayores investigaciones, en un país cuya verdadera riqueza consiste en la agricultura, donde, por

consiguiente, el trabajo de las minas sólo convidaría a la holgazanería, en menoscabo de aquéllas.

Tal parece que el sabio alemán adivinaba, con admirable anticipo, la organización de compañías que invitando a la fácil opulencia, precisamente con minas por estos contornos guanabacoenses, causarían la desgracia de no pocos confiados que invertirían en papeles mojados. Humboldt afirma que las aguas contienen óxido de hierro y un poco de hidrógeno sulfurado, que indica la descomposición de pyritas. Y tras citar fósiles descubiertos, declara que

si La Habana fuese lugar visitado por naturalistas, el cerrito de Guanabacoa ganaría fama en el mundo.

Por desgracia esa fama no ha pasado de la mención de Humboldt.

AGUAS

Una de las más puras riquezas de la zona es el agua mineral y la termal. Las fuentes y los manantiales a flor de piedra o a escasa profundidad, son asombrosas. Bien le sienta, por tal motivo, llamársele "lugar de aguas". El atractivo mayor ha sido la salud que devuelven a los enfermos. Hay fuentes, como la del Obispo, que viene derramando bondad desde hace más de trescientos años. Fácilmente acuden a la memoria una docena de manantiales y baños acreditados. Para beber agua de vida y recobrar lo que buscaba el quimérico Ponce de León, en la Florida, es que acudieron a este lugar familias que luego se afincaron definitivamente. Se iba a Guanabacoa a remozarse y limpiarse de dolores y enfermedades. Tan cierto es lo que digo que

la mortandad es insignificante y en ninguna parte de esta Isla, ni en Trinidad, hay tal plétora de ancianos mayores de ochenta años. A la par que los manantiales y fuentes dedicadas a especulación, rara era la casa que no disponía de un pozo para el mantenimiento hogareño.

Y ¡oh paradoja asombrosa, ironía de los tiempos!, ese lugar de aguas, de linfas de ambrosía, que antes eran captadas para bien público, disfrute de transeúntes y vecinos, que dieron prestigio al lugar, ahora, por acción del progreso, o más bien por la interpretación peculiar que del progreso hacen nuestras autoridades sanitarias, vive como un condenado Tántalo que siente bajo sus plantas pasar una corriente, o el viajero que necesitando una gota de agua para no morir o un arroyo donde tonificarse, es torturado con el espejismo de agua que brota de una fuente. No es que el subsuelo se haya secado, o que fenómenos sísmicos hayan desviado el curso de las corrientes. Todavía la magnanimidad de la madre Tierra sigue atesorando y brindando transparente savia que salta ufana al más débil esfuerzo. Pero los métodos modernos de arterias y venas de hierro que distribuyen agua, han sufrido nociva arterioesclerosis que entorpece la fluidez hasta de la mala agua de Vento. Los manantiales en su inmensa mayoría han sido clausurados, bajo diversos pretextos, al igual que los célebres baños sulfurosos de *Ugarte,* de la *Negrita,* de *Tavarey,* de los *Frailes,* de *Barreto,* de *Santa Rita.* De este modo la salud pública, con apoyo de autoridades, ha sido menoscabada, al suprimirse el agua donde es saludable y abundante. Por eso constantemente va teniendo razón el discreto Jacinto, cuando por ideación de Queiroz sale de la ciudad para refugiarse en las sierras.

POBLACIÓN INDÍGENA. SU EXTINCIÓN. BICHAT.

Indudablemente que la población indígena de Cuba, la siboney, era bastante pequeña, a deducir por las levísimas huellas que ha dejado en las regiones que habitó y por las noticias aportadas por conquistadores y colonizadores; estando seguramente errados aquellos historiadores, entre ellos el buen Padre Las Casas, que le calculó no menos de 200,000 almas, y más desorientado todavía Guiteras, que la exagera a más de 1.000,000. Porque si bien es cierto que los tales íncolas eran débiles de cuerpo; poco aficionados a trabajos rudos, que nunca ejecutaron, por falta de estímulos y porque todo se les ofrecía con facilidad edénica; que su alimentación era floja; y pronunciada su sensibilidad; y además eran reservados, taimados y rencorosos; aunque fueron severamente perseguidos y esquilmados por hombres y lebreles; aunque por la fuerza los transformaron de libres en esclavos; sin olvidar la intransigencia religiosa, no obstante lo abrumador de estos trituradores agentes, la razón se resiste a mantener que hayan sido suficientes para consumir, de modo tan absoluto y pronto, a tribus que sumaban un millón de seres. Aunque para llegar a tal resultado se admita la desesperada apelación a los suicidios, que dicen tomaron los pacatos indígenas.

Conocido el carácter de la conquista y colonización y el espíritu predominante de los invasores, no es de extrañar que los métodos que emplearan para su necesario éxito fueran más infames que los mismos que ellos dicen aplicaban los antropófagos y caribes en otras regiones, aunque, a modo de atenuante, filósofos de la Historia y candorosos defensores de aquellos bri-

bones, atribuyan sus hechos a culpa de los tiempos. Mas, debido al corto tiempo que se fija a la extinción del indio en Cuba, es equilibrado suponer que tan escaso número de osados y desalmados sólo tuvo brazos, armas, perros y fuego para acabar exiguas tribus, que probablemente no sumaban más de 50,000 miembros, distribuídos por toda la Isla.

Por estos lares occidentales la densidad autóctona era muy inferior a la oriental, a la par que menos civilizada, pues ejerció poca o ninguna influencia la adelantada cultura taína, tan desarrollada por Maisí, y a la cual se deben los únicos trebejos, utensilios, vajillas y demás objetos conocidos de aquella época.

Tan pronto los españoles venidos por Baracoa irrumpieron por el poniente, sobre la marcha fueron haciendo su acostumbrada distribución de tierras ajenas y aun de los mismos cobrizos que las disfrutaban. Lo primero, lo inicial, fué buscar oro y plata a flor de tierra o a orillas de los ríos, y para estas faenas, fueron uncidos los autóctonos. Esta fácil conquista, tan simple y rápida subordinación, con rarísimos flechazos infantiles de protesta, fué la desdichada inspiración que aquellos señores legaron para siglos venideros a todos sus compatriotas inmigrantes que seguirían invadiendo a Cuba hasta 1898.

La zona guanabacoense (ya he anticipado que no hay noticia apodíctica de que ese sea nombre indio, aunque Núñez de Villavicencio lo considera de pura procedencia indígena), con sus colinas, vallecitos risueños y feraces, clima delicioso, magníficas corrientes fluviales y manantiales, próximo a un puerto y a la mar por Cojímar, con abundancia de pesca, con ricos veneros de barro para útiles, en la tan amorosamente ejercida industria alfarera, venía siendo desde luen-

gos años o siglos anteriores preferida por los autóctonos. Y tanto es así que, mucho antes que la Audiencia de Santo Domingo, después de la primera fundación por la costa Sur, nombrara a Manuel de Rojas gobernador, ya le habían sido recomendados los indios de estos parajes, que tenían establecido su caserío por el arroyo Tarraco, donde más tarde se levantaron los milagrosos *Baños de Santa Rita* que, a pesar de tan interesante pasado y de la popularidad que gozaron desde los primeros años del siglo XIX y la atención que les dispensó el teniente gobernador Flores Apodaca, han desaparecido, quedando tan sólo un hilo de agua corriendo por las parduscas lajas de su lecho. Pues bien: por dicho lugar, y también por la Loma de los Indios, situada por el pintoresco sector Noroeste de la Villa, y por la Loma de la Cruz, al Suroeste (donde está la *Fuente del Obispo*) refieren los cronistas de antaño, e historiadores contemporáneos, que vivían no menos de trescientos indios. Sus tierras habían sido mercedadas a colonos venidos de fuera, y, al verse reducidos a naborías, asustados se desparramaron por los montes vecinos. Las leyes y decretos simulaban amparar las quejas establecidas contra los atropellos, pero se acataban y no cumplían, sin contener el furor de los expoliadores, exactamente igual que hasta el cese de la dominación ejecutaron los Capitanes Generales y sus compinches. Prueba escandalosa es una muy citada y manoseada queja sobre abusos y usurpación de propiedades indias en Guanabacoa, resuelta por el Rey en el año 1632, en el sentido de que se abriesen caminos que les cerraban las salidas y se les cediesen sitios y corrales que les correspondían, así como puntos para cortes de madera y tierra adecuada para laborar sus típicas ollas y cántaros, esas ollas que pa-

rece constituían su mayor encanto y que significativamente abundan en los cementerios indios mezcladas con sus huesos; acuerdo Real que fué ocultado durante casi medio siglo y notificado cuando habían desaparecido los directos apelantes perjudicados y apenas quedaba uno de sus desventurados descendientes. De este modo se extinguían los derechos divinos indígenas, absorbiéndolos algunos léperos o volviendo al dominio Real.

Cuéntase que uno de los más destacados hacendados de La Habana — Hernán Manrique de Rojas —, durante largos años ejerció, por nombramiento del ayuntamiento, el patronato de indios y distribución de solares en Guanabacoa. A este efecto fué escogida la pintoresca Loma de los Indios, para que en ella se estableciera un palenque, asilo, campamento, donde fueran reconcentrados los que andaban errantes por la región habanera, nombrándose, a la vez, una comisión (acta de La Habana de junio 12 de 1554) para que los instruyera en religión y cultivo de la tierra y cría de animales. Aunque el sitio es saludable y bello, no tenían aquellos infelices amplitud para sus siembras, y su miseria siguió siendo desesperada.

Lo bochornoso de estos patronatos y todos los cargos análogos para "civilizar" indios, es que regularmente, o más bien siempre, lo ejercieron españoles directamente interesados en explotaciones generales, y que para ese fin sostenían encomendados que no eran otra cosa que esclavos. De modo que el cargo, que debía recaer en hombre desinteresado, ejemplar, humano, piadoso y conocedor del carácter y capacidad de sus patronados, era tan falso en sus fines efectivos como las leyes de Indias dictadas desde la Península y que jamás fueron cumplidas si lesionaban intereses coloniales. Los tales patronos fueron funcionarios cabalmente

despreocupados del bien, que por medio de subordinados cabos de vara trataban a los indígenas como ganado que solía ser calimbado con fuego. La única dulce enseñanza era la de los frailes que los ayudaban a vivir y morir resignados a la nueva coyunda.

Aparte de las haciendas Yaguaramas y Río Bayamo, que le habían sido reconocidas en 1574, donde debía adoctrinarlos un religioso franciscano, refiere un historiador local que, en julio de 1596, también les fué concedido el sector en torno a la Ensenada de Guasabacoa, que largos años se mantuvo como principal ruta para intercambio con La Habana.

Tan escasos indígenas, reducidos a determinados rincones, debido a su carácter reservado, rencor justificado contra los blancos, y opuestas culturas y ética, no estaban en condiciones de filtración étnica con los dominadores, siendo la afinidad amistosa y los enlaces más corrientes con los negros. Lentamente los nuevos medios de civilización, leyes y costumbres de los blancos, ejercieron influencia definitiva. El hacha de pedernal fué sustituída por otra más cortante de hierro o acero; la primitiva flecha estaba vencida por el detonante arcabuz o el fusil; el nuevo yesquero era más rápido que el frotamiento de maderas para saltar la chispa; los burenes habían sido perfeccionados con material mejor y abundante; por dujos ahora habían cómodas sillas y mecedores; se empezó a usar el guayo de latón; en lugar de vivo guaicán se usaba el más eficaz anzuelo. En retribución nos dejaban sus frescos bohíos, los bajareques, el maíz, el tipo de canoas, las encantadoras hamacas, el incomparable tabaco, que ha dado fama a Cuba y producido la delicia del género humano... En Guanabacoa los indios ejercieron con buen éxito la fabricación del casabe y utensilios de

barro; esta última industria era la más próspera, debido al buen barro que hay en los alrededores, que más luego dió origen a infinidad de tejares.

De los indios siboneyes (Fernando Ortiz los llama indefinidos y los localiza junto al río Martín Pérez) de la Villa, nada subsiste. Morían como reses. Los instrumentos que fabricaban los vendían para mal alimentarse. Sus construcciones eran efímeras, de guano. Nadie se preocupaba de sus rudos utensilios, vajillas, ornamentos. Y, como viene ocurriendo al hombre desde los comienzos del mundo, los criollos ahora vivimos preocupados y afanosamente buscando e investigando en torno a la civilización india que desdeñaron sus contemporáneos. Por lo cual sería más juicioso y útil a la Historia, lograr la conservación de documentos y materiales, que irradien luz, para no llorar e inquietarnos por un pasado indescifrable. A pesar de su permanencia en Guanabacoa, es raro que aparezca un objeto de aquella época. A esto obedece que los estudios y exploraciones arqueológicas jamás hayan enfocado su curiosidad hacia nuestras poéticas colinas; pudiéndose aplicar a este caso lo que del resto de Cuba ha dicho Fernando Ortiz:

que la sociología de los indios cubanos, su religión, su familia, su economía, su política, está por escribir y hasta por pensar.

Y Harrington amplía: Sorprende que en cuatro siglos de colonización no hayan sido encontrados restos arqueológicos en toda la Isla y que no se conozca con detalle la vida de los aborígenas.

Y si nada material legaron, ni dibujos relativos a sus pertenencias personales y hogareñas, ni nada escrito o dictado en versión castellana (ya que es de suponer que algunos pudieron haberse educado a estilo

de los colonos), tampoco se ha mantenido en forma tradicional un cuerpo o fragmento musical, ni una leyenda lugareña, ni tampoco un detalle de arte o adorno, aunque sí algunos nombres indígenas españolizados. Los indios de por aquí cruzaron como la nubes que tras formar caprichosas figuras en el espacio se desvanecen, o como el agua que ha corrido por el arroyo Tarraco, donde nacieron, vivieron y sufrieron...

Tan sólo ha perdurado en forma más definida en la memoria de los guanabacoenses, trasmitida por varias generaciones y mantenida por la Historia, la existencia de un indio, o descendiente puro de indio cubano; y este recuerdo se debe exclusivamente al fervor religioso, ya que la característica de ese siboney fué su devoción a una imagen que mantuvo en una mísera ermita, que más luego se hizo célebre y digna de la acogida de la iglesia. El solitario Jusepe Bichat

residía en humilde choza al costado de la Loma de la Cruz, cultivando un pedazo de tierra que le proporcionaba su sustento.

Movido por fé cristiana adquirió

una preciosa imagen de Jesús Nazareno,

que veneraba en un altar cubierto de flores. El culto a esa figura ganó resonancia y dió popularidad al fanático virtuoso indígena. Porque todo en la vida alcanza envidia o gota de acíbar o punzada enconosa, Bichat tuvo barruntos de que iba a ser despojado de su reverenciada propiedad. Entonces logra ponerla al amparo de la cercana ermita de la Inmaculada Concepción, donde se hizo célebre el *Jesús de Bichat,*

debido a los milagros que obraba, señaladamente propiciando la lluvia en días de sequía. Este pobre y resignado despojo de la desvanecida raza cubensis, murió dicen que por el año 1685, y aseguran que su cadáver fué sepultado al pie del altar de su preferida imagen en la Ermita del Potosí.

Por cierto que en esta Ermita, en otros tiempos muy visitada y venerada por fieles que venían al culto hasta desde la lejana capital, que se halla rodeada por el campo santo, aparece un notable monumento epigráfico, de vieja e interesante historia. Se trata de la excentridad de un capitán de marina, que en la maestranza de La Habana dirigió la construcción de magníficos navíos. Era vecino de la Villa y preparó su final albergue en lugar muy transitado de la Ermita del Potosí, por la parte de la entrada que da al atrio Norte, que mira al campo. Delante de la reja, en el piso, de modo que para el cruce exige hollarla, hay una lápida de liso mármol, que en su orla dice:

(Mis) eremini mei miseremini mei saltemvos amici mei Job cap. 19.

Y en su interior:

Capilla Robeda y Entierro del Capitán de Fragata de la Real Armada D. Juan de Acosta Constructor de Vaexeles, y Capitán de Maestranza de este puerto. Para sí, y sus herederos y sucesores. Murió el día 16 de junio del año de 1717.

Y más abajo:

Pasagero que oy me pisa,
Párate a considerar
Que has de venir a parar
En ser como yo, zenizas.

La Habana era el centro urbano, capitalista, comercial, metrópolis, que adquiría los principales productos de la comarca, y a la vez ejercía la dirección suprema, gubernativa y política. Su desarrollo, como ya indiqué, desde los comienzos de la fundación, se desvió hacia el Oeste y Sudoeste; pero, paralelamente, Guanabacoa con los caseríos indios había tomado grandes vuelos por sus industrias y cultivos campesinos. Las comunicaciones eran activas. La terminal más movida lo fué la Ensenada de Guasabacoa, como embarcadero, que recibía de la ribera habanera las embarcaciones, y de la Villa caminos que allí convergían. Un poco hacia el Este va a nacer el pueblo de Regla. En los primeros días estas playas recibían escasas visitas de los fronterizos vecinos. No era frecuente disponer de caballos de alquiler, sino los previamente estacionados para los clientes de Guanabacoa. Más tarde la Ensenada de Marimelena cobrará importancia, conectada con camino que a ella conducía. Guasabacoa dominaba el tráfico, y hasta época reciente mantuvo su preponderancia con almacenes y muelles de extraordinaria capacidad. Los viajes combinados, tanto por tierra como por mar, eran considerados de cuidado, por las muchas horas que se invertían. Se suponía riesgo, y el tipo de transporte era bastante elevado. Tal alcance llegó a cobrar este servicio, que afectaba el intercambio comercial con la cabecera, que por el año 1751 mereció ser regulado oficialmente, no sólo en lo que se refería al costo y medios de tráfico — canoas, botes de remo y de vela, caballos de posta, carretas etcétera — sino al carácter del empleado, asentista, que lo cuidara, y que debía con mucho ojo vigilar los posibles contrabandos. No

menudos eran los requisitos para obtener permiso de traslado de personas o productos, debido a lo terminante de las disposiciones reales sobre el modo cómo debían usarse las bestias al ir o regresar de Guanabacoa.

Bien pronto, a pesar de que resultaban largos y enmarañados, por lomas, manigua, ríos y arroyos, se empezaron a abrir senderos por la parte terrestre que bordea el Sur de Guasabacoa, vadeando el arroyo Martín Pérez y más adelante el río Luyanó (por donde hoy se alza el puente de Alcoy), para entrar en La Habana por las faldas de la loma González (emplazamiento actual del castillo de Atarés). Las tres leguas y pico de recorrido, si bien estaban matizadas de hermosos panoramas, no ofrecían comodidades ni economía ni seguridad. Tuvieron que transcurrir muchos años — más de un siglo — para que ese trayecto fuese viable para vehículos. Aunque con la expansión de la capital y el maravilloso auge de Luyanó, la ruta antes selvática y las alturas de Potosí, llegarían a ser de más movimiento.

No tardaremos en ver cómo el crecimiento, fama, crédito de las industrias y cultivos de la Villa culminaron mientras duró su aparente aislamiento e independencia; y su declinación fatal se inicia con los nuevos, vertiginosos y baratos medios de transporte. Porque de aquel palenque de indios; de aquellas colinas que se dibujan claramente desde el litoral de La Habana vieja; de aquel rincón, modernamente parten múltiples medios de comunicación que le ponen en contacto con toda la Isla: con Regla y el ámbito marino por calzadas y caminos; por el Potosí y el Cementerio con carreteras; hacia Cojímar y Casa Blanca; hacia Santa María del Rosario y la Carretera Central. Aun-

que, a pesar de tantas facilidades (no quiero referirme a incómodos detalles del moderno tráfico que quizá sean pasajeros por situaciones de interés), en todas partes es fama que la Villa es el lugar menos asequible de Cuba, suponiéndose que un viaje a ella demanda preparación, cuidado y muchas horas.

SU EMPLAZAMIENTO

Guanabacoa, como pocos pueblos de Cuba, cuenta en su historia el trascendental y original privilegio de que surgió y se desarrolló en torno a un núcleo matriz esencialmente indígena, pues cuando los primeros españoles se asomaron al lugar y se dispusieron a usanza usurpadora del momento, afincarse en tan hermoso paraje, ya los indios tenían emplazada aldea.

Distribuídas tierras suficientes para el laboreo, por el ayuntamiento de La Habana, en forma de mercedes, servicios prestados o privilegios, con la obligación de fabricación y explotaciones inmediatas, tendientes a despertar interés de riqueza y auge social y urbano; otorgados, a la vez, solares para fundación de hospitales, cuarteles, plazas e iglesias; gustados los curiosos trabajos de los nativos, utensilios de barro, como ollas, jarras y vasijas varias y no menos el suculento casabe — el cuerpo urbano tomó rápido desarrollo, quedando establecido en el perímetro de esas alturas, que le ha dado el nombre de "Villa de las lomas". Y tanto por los contornos, como dentro del casco del poblado, existían los baños y corrientes que modernamente van siendo desecados. El patronato del ayuntamiento habanero, a la par que obtenía utilidades efectivas, había dado lugar a que acudieran ambiciosos vecinos, en proporción mayor asturianos, catalanes e isleños de Ca-

narias. Pezuela señala que la superficie otorgada era de cuatro leguas. Es interesante, porque constituye contraste con el sistema de emplazamiento clásicamente español en Cuba, que en Guanabacoa el núcleo no fué una plaza y alrededor la iglesia, el cuartel, la casa consistorial, etcétera., puesto que la verdadera *Plaza de Armas,* la situada por Barreto y San Andrés, a cuya vera más tarde se erigieron suntuosas residencias de personajes de alcurnia y fortuna, ocupa un extremo de la población; y la *Plaza de la Parroquia,* que al ser reconstruída por Apodaca tomó el nombre de *Salón de la Generala Concha,* el antiguo mercado y la Casa Consistorial, están en el moderno ombligo local. No me olvido que por aquí estuvieron la cárcel y el cuartel de milicias llamado de *María Cristina.* El Cuartel de Caballería tampoco ampara ese sector. Y el lugar donde dicen que se dijo la primera misa, hállase por la extrema calle de la Cerería.

La buena posición geográfica y riqueza natural, deben haber sido las que indujeron a que, por recomendación expresa de Mazariego, el ayuntamiento de La Habana acordara, en 1556, que se creara (así lo afirma Ricardo Rousset) un ayuntamiento en Guanabacoa, bajo la presidencia del gobernador. Aunque es lo cierto que su facultad para repartir tierras data solamente de 1733 y el título de Villa de agosto 14 de 1743, que es cuando fué deslindada y segregada de la jurisdicción habanera.

Por estos años ya su renombre estaba afianzado. Las aguas habían atraído crecido número de temporadistas, muchos de los cuales, para comodidad y conveniencia, se radicaron en ostentosas residencias y quintas. Desarrollo comercial, agrícola e industrial, sólido y rico. Ingenios de caña. Los tejares elaboraban ma-

teriales que por siglos conservaron crédito, debido a la calidad del barro. Las casaberías inundaban el mercado vecino con sus productos. Eran muy solicitados los sombreros de yarey y los quimbos (machetes) que diz la tradición cortaban pelos en el aire. Producía tabaco de calidad y tenía tabaquerías con elaboración abundante. Las losas de San Miguel tenían salida para numerosas aplicaciones. Más de ciento cincuenta estancias y sitios de labor daban ocupación a millares de campesinos. Se cultivaba con buenos beneficios maíz, frijoles, patatas, millo y maloja. El ganado caballar y vacuno no era despreciable. Por la Villa y las rutas aledañas cursaban más de un centenar de coches, quitrines y volantes. A medida que la riqueza rural se centuplicaba, la urbana adquiría más noble y señorial traza y latir, al calor de las familias que seguían afluyendo a temporadas. Y como las poblaciones son producto directo del alma y pensar de sus individuos, la Villa durante largas generaciones fué el palpitar de sus predominantes vecinos de fina extirpe.

Fácil será reanimar parte del brillo y boato del pasado, dando un recorrido por sus calles para anotar nombres y residencias. La amplísima mansión, de supremo orgullo, donde hacía vida regalada y de pompa el Marqués de la Real Jura, don Felipe Romero y Núñez de Villavicencio, hoy transformada en fábrica de tejidos. La del Marqués de Prado Ameno. El palacete de los Condes de Romero. La vivienda del Conde de O'Reilly, en Calendaria 39. El Conde de Jaruco, en la calle Vista Hermosa. El Conde de Peñalver. El famoso Conde de Barreto, en su palacio-quinta de la calle de Barreto 60. El Conde de Cañongo, que solía alquilar, para temporada, los bajos de la Casa Consistorial. El Marqués de Guemes. El muy querido Conde

de Jibacoa, que residía en la calle Pepe Antonio. Y otros tantos más que harían larga y monótona relación. Esas familias mantenían trenes costosísimos y un ejército de sirvientes. Sus tertulias y fiestas y bailes, eran la tónica. Así fué como las ferias, la fiesta anual de la patrona del pueblo, los alegres bandos *Azul* y el *Punzó,* tomaron cariz distinguido y de derroche. Y ese calor dió nacimiento a un centro de arte y literatura de gran relieve.

Villa tan colonial, de pura raíz hispánica, no podía carecer de ardiente sentimiento religioso. Las iglesias, los conventos, las ermitas, capillas privadas y centros de culto cristiano, no han sido numerosas, pero sí de calidad, por la plétora de creyentes y fieles visitadores de templos. La Parroquia, que data del año 1721; el antiguo convento de Santo Domingo, de 1729; el convento de San Antonio de Padua (Escolapios), de 1753; y la Ermita de Potosí (Inmaculada Concepción), de 1644, que se halla junto al Cementerio. Rancio hálito religioso invade (mejor dicho, invadía) todo el circuito guanabacoense. Pocos pueblos de Cuba han sido tan observadores de la fe católica. Los templos siempre están rebosando de devotos. Las campanas y esquilas no cesan de voltear anunciando ceremonias y misas.

Orgullo insuperable de los antiguos guanabacoenses es el de que su pueblo mereciera el título de Villa, parejo con el honor de pendón real, cubierto de atributos, y escudo propio. Grave atención se daba a la custodia y exhibición de dicho pendón que, por cierto, terminada la dominación española, no obstante ser de arte exquisito, bordado por delicadas manos cubanas, cos-

teado por el cabildo, y de dedicación directa y exclusiva a la Villa, las autoridades españolas piráticamente se lo apropiaron trasladándolo a la Península.

Su extensión territorial lindaba con Güines. Los bienes de propios del ayuntamiento eran cuantiosos. Varias fundaciones y legados de carácter piadoso poseían riquezas suficientes para larga y saludable existencia. Guanabacoa merecidamente disfrutaba de crédito por su administración municipal, cuyo éxito consistía en que alcaldes, procuradores, alguaciles mayores, síndicos y demás autoridades, procedían del preclaro padrón que tenía alto interés en la prosperidad de su patria pequeña. Desde días lejanos desempeñaron los cargos destacados los hombres más prominentes, en varias ocasiones nobles; uno de estos personajes lo fué el vicario don Pedro de Torres y Ayala, hermano del Marqués de Casa Torres.

Aunque cuenta con barrios ricos y de interesante historia, como el de San Jerónimo de Peñalver (hoy *Pepe* Antonio) y San Miguel del Padrón, por donde existieron ingenios de caña y se extraían las acreditadas losas de San Miguel; y Campo Florido, dedicado a siembras, ganado y lecherías; ha merecido mayor atracción y renombre el de Cojímar, por hallarse junto al mar, ser balneario, desembocar por allí un pintoresco río, y contar con un baluarte de cantería para defender la costa contra las invasiones piráticas. Este castillito era de poca capacidad ofensiva y defensiva, aunque eficaz para los fines a que del mismo modo estaban destinados los análogos en construcción: de la Chorrera y de Bacuranao.

INVASIÓN INGLESA. LEYENDA DE PEPE ANTONIO

La Villa gozaba de vida desahogada y esplendorosa cuando, con motivo de la guerra entre Inglaterra y España, una imponente escuadra invasora, mandada por Sir George Pocock, escogió, como punto estratégico para flanquear el Morro y La Habana, este lugarejo que, con ese motivo, ha quedado vinculado a la historia de Cuba, de España y de Inglaterra, figurando en los partes y planes levantados en aquella época.

El 6 de junio de 1762 la armada británica se halla desplegada entre Bacuranao y Cojímar. Cuando el Capitán General Prado supo la verdad de lo que estaba ocurriendo, dispuso reconcentración de tropa sobre Guanabacoa. La Villa iba a ser centro de operaciones españolas y de asalto inglés. El Alcalde Mayor, José Antonio Gómez, de acuerdo con órdenes concretas, y por medio de pregones, batir de cajas marciales por las calles y repicar de las campanas de las iglesias y conventos, reclutó un cuerpo de milicianos. Los granaderos, paisanos y milicianos, partieron de Corralfalso hacia Cojímar y el batallón de pardos y morenos hacia Bacuranao. Los de Cojímar se parapetaron junto al castillito. *Pepe* Antonio y Carlos Caro se cercioraron del número y potencia de las naves; y confiados en la quietud que aparentaban, regresaron a La Habana. Y era que el Conde de Albemarle, Jefe de las fuerzas de tierra, ya iba en marcha por el camino de La Noria, para sorprender a Guanabacoa y a Luyanó. Otra columna del ejército invasor se aproximó a Cojímar, y, para cubrir mejor la maniobra, el navío *Dragón* cañoneó y destrozó el castillo y sus casamatas, facilitando el avance por campo libre. *Pepe* Antonio y Caro tuvieron que ceder, replegándose a la Loma de los Indios.

En la tarde del otro día, 1, Albemarle entró en la Villa. Los guerrilleros le habían hostilizado poco. Y en el pueblo, con manifiesto buen juicio, dado el calibre de los invasores, nadie hizo resistencia, pues, de hacerla, los resultados hubiesen sido desastrosos, puesto que no era plaza militar. Ocuparon los edificios de importancia y asumieron el mando supremo. No pocas familias huyeron antes de la llegada; pero a las que permanecieron sin hacer hostilidades, no se les molestó, no obstante ser la época en que todo país allanado por la fuerza era barrido. El comercio, después de un breve saqueo, fué respetado, continuando sus actividades. Numerosas patrullas cuidaban el orden. Los conventos, debido a su mayor capacidad, sirvieron de alojamiento a la tropa; y como que los asaltantes victoriosos eran en su mayoría protestantes (herejes) a quienes la iglesia católica detestaba y quemaba sin darles cuartel ni oportunidad de ganarse el cielo, parece que en reciprocidad destruyeron todo lo que molestaba a sus creencias, apropiándose de lo que mejor les convenía. El archivo parroquial figuró entre las víctimas y parte del municipal.

Entonces ocurrió un casi milagro, que se ha hecho legendario, en el *Convento de Santo Domingo*. Un inglés allí acuartelado, al observar que la imagen del Apóstol de las Indias lucía inútil y vanidosamente un valioso anillo en la mano derecha, regalo del Obispo de Cuba, fray Juan Lazo de la Vega, no sintiendo respeto alguno por las imágenes de madera, debido a que no se adoran en su secta, entendió que le convenía. Ni corto ni perezoso puso en ejecución un plan impío: la bayoneteó y sacudió, sin lograr derribarla. Parece que la imagen, por divino y misterioso coraje, se había invulnerabilizado. Mas el terco y furioso soldado por

medio de una soga atada al cuello del Apóstol, tiró con tal vigor, que éste se vino al suelo, castigando al sacrílego con muerte fulminante. Apunta la leyenda que medio siglo después el piadoso don Gil de Castañeda hubo de encontrar el anillo en una cornisa del altar. Merece agregarse que si bien el hereje inglés atacó y no logró su objetivo, en cambio parece que un cristiano, o simulador de tal, inspirado en el acto de 1762, se llevó de veras el anillo, pues lo cierto es que actualmente no está allí.

La Villa siguió figurando varios días como campamento y punto estratégico para flanquear por Luyanó y Jesús del Monte, y tomar La Habana por el Oeste, siempre desde las alturas dominando a la ciudad sitiada; a la vez que por la parte del Morro y la eminencia que luego ocupó La Cabaña, y San Lázaro, los ingleses estrechaban el cerco.

Desde que los ingleses pusieron pie en tierra, *Pepe* Antonio, con la cooperación de sus subalternos Diego Ruiz, y José Bernet y un puñado de vecinos voluntarios, se dedicó a hostilizarlos en sus retaguardias, preferentemente a los escarriados, pelotones de observación, forrageo y exploración. Tal sistema montonero no era exponente de capacidad miliciana del jefe criollo. Tampoco de modo tal podía esperar vencer al enemigo. Pero así se mantuvo, sin contener en una sola pulgada el avance, ni desalojar a los que ocupaban a Guanabacoa.

Cuando el 16 de julio el Conde de Albemarle abandonó, por su voluntad y conveniencia, la Villa, en marcha estratégica hacia las cercanías de la capital, Caro, *Pepe* Antonio y todas las autoridades que habían huído, regresaron y asumieron los abandonados mandos. Como que La Habana cada día iba siendo más cas-

tigada y anillada, *Pepe* Antonio intentó acudir en su auxilio. Sin preocuparle que los que mejores servicios prestaban en la campaña eran los partidarios y campesinos que obedecían a *Pepe* Antonio, el insolente y grosero coronel Caro, por envidia provocó indisciplina y deserciones entre ellos. Y queriendo demostrar aún más energía y coraje de mando, depuso, públicamente, al leal auxiliar que, por su hombría de bien, severidad de carácter, cargo que ocupaba en la administración municipal, e influencia, moralmente ejercía de caudillo criollo, puente que torpemente Caro no supo aprovechar en beneficio de España.

Como que no entra en mi plan describir el sitio y rendición de La Habana, sino señalar someramente la participación del guanabacoense *Pepe* Antonio en esa campaña, y posición que ocupó la Villa, es del caso dejar a ingleses, españoles y criollos cañoneándose; La Habana convertida en infierno de metralla, sangre, muertos, heridos, incendios; el Morro, con Velasco y el Marqués de González, dando heroicamente las únicas pruebas de gallardía y dignidad, y seguir las huellas de *Pepe* Antonio, desde su nacimiento, hasta ver si es justa o falsa la leyenda que le ha sido bordada.

Ningún historiador, quizá por discrepancia de los registros, o por la insignificancia de su origen, ha podido fijar la fecha de su nacimiento; pero es lo más probable que haya sido en Guanabacoa, por el año 1707. Hay, sin embargo, un posterior expediente de limpieza de sangre y esclarecido origen, según fuero de España, en el que aparece que tuvo ascendientes que ocuparon cargos de rango. Lo que no empece para afirmar que *Pepe* Antonio no se distinguió como hombre de ciencia, ni artes, ni de letras, ni excelente gobernante, ni por ventajosas actividades agrícolas o comerciales. Era

tan sólo un buen hombre vulgar. Su cartel o brillo surgió con la hora y presencia de los ingleses, que le sorprendió desempeñando el cargo de Regidor Alcalde Mayor. Al irrumpir los conquistadores en la zona de su mando, cree que su deber de autoridad y súbdito estaba en dedicar a España sus esfuerzos y hasta la vida. Pone en juego su popularidad, y forma unas patrullas con las que emprende campaña de guerrillas, emboscadas y sorpresas. Amaba a España y aspiraba a sostener intangible su dominio; tenía hábito y herencia de ignorante súbdito, y seguramente apreciaba como generosidad que le permitieran vivir y ocupar un alto cargo en la gobernación isleña. Ya en vértigo y facha de guerrillero, recorre la comarca al frente de su hueste; pero en su campaña, de escasos dos meses, no se registra una sola acción de relieve militar. Muestra agresividad y encono con los extraviados o indefensos enemigos. Los adictos de *Pepe* Antonio recuerdan las furiosas rondas que perseguían a los descarriados compañeros de Narciso López. En ningún hecho suyo brilló el heroísmo. Las bajas que ocasionó, en lo más mínimo alteraron el cariz de la guerra. El más modesto oficial mambí hizo a España más dignos estragos y con mayor osadía y menos elementos, que el señor Alcalde Mayor Gómez. En nuestras gestas por la independencia es fácil espigar un regimiento de héroes legítimos a cuyo lado *Pepe* Antonio parecería un recluta. Aunque es de reconocer que, en aquellas horas de pusilanimidad, fué el más tesonero y austero, por lo cual mereció que el gobernador Prado le escribiera oficios enaltecedores; pero sin citar grandes acciones de armas, sino recordándole que debía perseguir, inquietar y desconcertar a los enemigos, incomodando sus avanzadas. Mas, como siempre pagaban a los co-

lonos fieles, fué despojado de su mando. El vejamen le hirió tan en lo hondo su dignidad, que cayó enfermo y pasó a curarse al demolido ingenio de don Diego de Aldana, en el barrio de Peñalver, donde murió el 26 de julio de 1762. En este último y desolador episodio final de su vida no hay acuerdo entre los historiadores e investigadores, aunque se dice que falleció de apoplegía. Hay quien afirma, como Arnao, que en un calabozo del Morro, y otro que de tabardillo. Lo sorprendente es que habiendo muerto en julio 26 de 1762, el asiento de la partida, en la iglesia parroquial de la Villa, aparece anotado en mayo 9 del año siguiente.

Muerto tan modesto funcionario, accidentalmente guerrillero, como alta medida política, para demostrar la Majestad Católica cariño a sus fieles vasallos de Cuba, hubo de reconocer a todos los descendientes de *Pepe* Antonio, por juro de heredad, el cargo de Regidor Alcalde Mayor Provincial de la Santa Hermandad de Guanabacoa. Más luego su nieto, José Antonio, hijo de Narciso Gómez Soto y doña María de los Dolores Díaz y Guanche, ocupó dicho cargo. Y en 1852 el partido de San Jerónimo de Peñalver empezó a llamarse *Pepe* Antonio.

Lo desconcertante es que por unanimidad — me parece que soy la única nota discordante en la apreciación —, no obstante ser la vida de *Pepe* Antonio la anodina, local y sencilla que acabo de dar en líneas sinópticas, en la que no aparece un solo destello del halo brillante, o atrayente, o ejemplar, propio de los héroes que se mecen en brazos de la leyenda, infinidad de autores cubanos y extranjeros y el pueblo, citan ufanos su bizarría y gloria inmarcesible, su genio militar, sus incomparables hazañas guerreras frente al inglés invasor. Precisamente para realizar una facilí-

sima labor crítica, de disección y análisis, sin pizca de animosidad, que razonablemente no ha de caber en escritores modernos que ningún resquemor pueden sentir por los hechos de un Alcalde Mayor del siglo antepasado, es suficiente consultar a Guiteras, a Pezuela, a Elpidio de la Guardia, a Bachiller y Morales, a Alvaro de la Iglesia, a Vidal y Cirera, pues con las informaciones y materiales de esas fuentes, que son las más completas, sin querer citar las muy abundantes y sanas inglesas, no parece posible poder construir un tipo de legítimo héroe legendario que se parezca al *Pepe* Antonio tradicional. Pero... al pretender España reparar una injusticia, algunos cronistas aprovecharon la ocasión para poner a José Antonio Gómez un ramito de laurel, que ha ido irreflexiva y fabulosamente creciendo hasta convertirse en falso halo esplendoroso. Por lo menos el caso puede ejemplarmente servir en el proceso histórico para estudiar cómo un sencillo montonero y mediocre vecino puede ser metamorfoseado en figura de rutilante leyenda.

LA SUPREMA PROSPERIDAD. LA TUTELAR.

La dominación inglesa, a pesar de estar enclavado el estado mayor conquistador en la vecina Habana, y ser amplias y generosas sus concesiones a favor del progreso y la libertad, ninguna influencia ejerció en Guanabacoa; tampoco en nada sufrieron los vecinos, ni las autoridades, ni el comercio, ni las industrias, pues la vida y el intercambio cursaron como de costumbre. Pero tan pronto asumió España, de nuevo, las riendas de su mando, iniciando en los primeros momentos simulación y puja de mejores y más generosos métodos, políticos y comerciales, intentando con

ello superar el indiscutible bienestar que los cortos meses británicos inyectaron, la Villa tomó más robustos alientos, quizás alentada por la actuación de sus guerrilleros en la contienda.

La época de soberana prosperidad y madurez de Guanabacoa, fué la misma que la del resto de la Isla, y que marca en la historia nacional mayor grandeza, material y moral, en afirmaciones comerciales, industriales, sociales, en construcciones y en cultura y hasta en nacimiento asombroso y modelación de las figuras más sobresalientes en ciencias, artes y valorización criolla. Y fué la rutilante que abarca desde los albores del siglo XIX hasta el estallido de la guerra emancipadora en 1868. La luz previa de derrotero la plantó la fugaz dominación británica. Bien fácil es fijarnos en el desenvolvimiento colonial, desde 1511 hasta 1762, precisado en historias locales de nuestros pueblos, para llegar a la comprensión de lo dicho. Es diáfanamente claro que nuestro progreso real parte, tiene como alborada, el tercio último del XVIII; pero, con la indiscutible vitalidad a que me refiero, el impulso portentoso sólo data del siglo siguiente. Y lo sensible es, que si bien con el mejoramiento material y dinamismos contemporáneos hemos ganado centuplicadamente en amplitud y descubrimientos fabulosos, para la comodidad y bienestar, en cambio, palpable es — y para la comprobación nos será útil hasta el deficiente *Diccionario Biográfico Cubano* de Calcagno —, que entonces nacieron los criollos más excelsos y ejemplares que ha producido Cuba en todos los tiempos, y de los cuales la absoluta mayoría actual es leve sombra, floja heredera.

Pues del mismo modo Guanabacoa alcanzó en tal período pleno desarrollo. Durante ese lapso arribaron

y se afincaron las más ilustres familias. Y es justicia señalar que contribuyó mejor que nadie — sin excepción de los que le han sucedido — a la prosperidad cantonal, en construcciones de evidente beneficio público, muchas de las cuales aún perduran por su solidez y arte, el preclaro teniente gobernador Ramón Flores de Apodaca, al que se deben puentes, edificios, reforma del alumbrado, escuelas, mercado, parques, cuerpo de bomberos, empedrado de calles, apertura de caminos, y el *Hospital de Caridad,* de tal solidez y calidad, que ha podido resistir los embates del tiempo y es lo más acreditado de que dispone la Villa.

Es meritorio reponer la verdad, asegurando que es injusto el tradicional sanbenito que se le atribuye a la Villa, de triste y aburrida, que sólo es cierto en la época presente, puesto que antaño vivía entregada al contento, las diversiones, fiestas frecuentes, saraos, bailes públicos jocundos, y trascendieron tanto los de cuna, que todo un señor Capitán General venía a gozarlos. En ninguna parte de la Isla se han celebrado fiestas con el esplendor de los bandos *San Francisco* y *Santo Domingo,* "que más tarde se llamaron *Azul* y *Punzó*". El aristócrata y acaudalado Conde de San Fernando de Peñalver, amante y aficionado a esta Villa y al derroche ostentador, fué el inaugurador, allá por octubre del año 1826. La población quedó dividida en esos dos bandos sociales. El llamado *Imperio de San Francisco* estuvo representado por su hija Micaela, como Emperatriz, con una corte y un trono primoroso construído en su propio palacio. Predominó ritual protocolar y distinguido, ya que para dar extensión y brillo a la fiesta, que duró quince días consecutivos, habían sido invitadas familias de linaje de esta demarcación, siendo traídas las de La Habana por el embarcadero en

volantes y quitrines lujosamente adornados y con postillones que ostentaban las armas de la ilustre Casa de Peñalver. Para animación general se celebraron bailes en diversas residencias y también algunos públicos, lidias de gallos, cabalgatas, cantadores de aires del país y juegos de azar donde rodaban onzas y doblones con desenfado y gentileza, lanzados al tapete por el mismo Conde y sus derrochadores invitados.

La fiesta anual, que ha logrado persistir, aunque con lamentable declinación, ha sido la de *La Tutelar*. Para ella el pueblo guanabacoense ofrecía, sin reservas, todos sus entusiasmos. Cada cual ponía a contribución sus lujos y alegrías en adorno de sus hogares y en holgorios, siendo principal la participación de la nobleza, en cuyo seno solía elegirse la dama que debía custodiar la Virgen como Camarera, cargo que resultaba (y aun se mantiene en el mismo rango) de grande honor y significación religiosa. El día 15 de agosto, con su octava, la Villa tomaba aspecto de astro encendido en fervor y contento, con no menos de treinta mil personas que se arremolinaban en vértigo y seguían a la maravillosa procesión popular, donde el cuerpo eclesiástico local y de la capital, ricamente ataviado con sus mejores galas, iba al compás de bandas de música, paseando en andas a la milagrosa Virgen de la Asunción y a santos que le hacían corte, sin que faltaran las autoridades, ejército, bomberos, orden público y representaciones de corporaciones. A estos actos, a pesar de su carácter esencialmente religiosos, siempre han venido sumándose esparcimientos de bailes públicos y de sociedades, con jaleos varios y juegos de azar. La fiesta tiene tan asegurada fama nacional, que es raro el habitante de las cercanías que no haya ido a pedir a la Virgen un milagro, o bailar en un lugar de cuna, o ver la proce-

sión pintoresca y tradicional, o comer suculentas papas rellenas, o atrapar alguna golosa pulga legendaria, o llevarse un ramito de guano de las imaginativas murallas, o tocar con sus manos la gloriosa tribuna del Liceo, desde donde habló Martí, o ir en peregrinación a la Jata, donde fueron inmolados tantos patriotas por el cruel Fonsdeviela, o beber las milagrosas aguas...

ENSEÑANZA RELIGIOSA

La Orden Escolapia, cuya especial misión es la enseñanza, integrada por religiosos en su mayoría catalanes, rígidamente educados en su país para esa misión cultural, a la par que de catequesis cristiana, durante más de tres cuartos de siglo ha mantenido el más importante establecimiento escolar de la Villa. Su influencia, allí y en las ciudades donde sostiene sucursales de la misma índole, obedecía a que cuando la primera y segunda enseñanzas estaban intencionalmente abandonadas por los dominadores, porque entendían que la mayor cultura podía ser nociva al tiránico régimen, al recibir luz universal las mentes criollas, en política y libertades, las insospechables *Escuelas Pías* ofrecieron avanzado programa, desde luego que con sujeción a su época, a la herencia hispánica y a sus clásicos y dogmáticos principios evangélicos.

Por el año 1857 la referida Orden ocupó el viejo *Convento de San Antonio de Padua,* que durante largo período habían habitado padres franciscanos. Los primeros exámenes se efectuaron en 1858, presidiendo el acto el Gobernador General, Marqués de La Habana, José Gutiérrez de la Concha. A poco, y bajo la dirección del rector Bernardo Collazo, se inauguró la pri-

mera *Escuela Normal para Maestros.* Los graduados contraían la obligación de servir por lo menos tres años en una escuela del ayuntamiento que los pensionaba. La enseñanza era completa. Sólo llegaron a graduarse 112 estudiantes, clausurándose en 1868.

En ellas — dice Ramiro Guerra — no imperó nunca el espíritu progresista de Varela, el ardiente y austero patrictismo de la Luz, ni las amplias miras y la entereza cívica de Saco.

En 1870 los escolapios ampliaron sus cursos de enseñanza; abrieron un seminario y una *Academia Calazancia.* El historial educacional escolapio tuvo tan acreditada resonancia, que sus aulas se mantuvieron llenas, y por eso proporción muy estimable de hombres notables de Cuba debe sus primeros pasos de educación y cultura a este centro, y de su memoria nunca pueden arrancar los días de risueña niñez o juventud en las aulas y cuando preceptores y ayos los conducían en excursiones de recreo por las colinas guanabacoenses. El espacioso convento, destinado en su mayor porción a fines exclusivamente escolares, y la iglesia adosada al mismo edificio, ocupan amplio perímetro en lugar céntrico de la Villa, con gracioso y alto atrio que en otros tiempos sombreaban pintorescos flamboyanes. Y es de apuntar que algunos rincones del interior conservan artística manifestación en viejas tallas en madera, pues conocida es la afición de los antiguos a los trabajos de marquetería. Sobre todo es de exquisito sabor colonial el patio con jardín a la pasada usanza, orlado de palmas reales, y los evocadores claustros con losas de San Miguel, y objeto de estudio de artistas el original campanario en forma de espadaña.

EL LICEO

Al ambular por la Villa es imperativo deber sagrado de buen cubano visitar la tradicional casona de la calle de Concepción número 58. El frente y la balconería aparecen retocados. Su exterior dice muy poco, porque es sobrio y monótono. Sin embargo, allí vibraron las notas más culminantes y trascendentales de cultura y arte y se agruparon las figuras de más relieve de Cuba. De allí partía la tónica social, musical, oratoria, poética. Pasar por su tribuna o por su escenario, ser admitido como miembro de aquel cenáculo, oírse aplaudir, era quedar consagrado por siempre; y si bien parece que aquello lo ha volatilizado el tiempo implacable en sus brazos de opio, la justiciera Historia lo ha inscrito, burilado, de modo imborrable.

Entremos quedamente, con paso de homenaje, al *Liceo de Guanabacoa.* Elegante vestíbulo. Pisos de mármol. Escalera señorial. Y sentado en una butaca del vasto salón de actos recordemos que en el ayuntamiento de la Villa, el 24 de febrero de 1861, y bajo la presidencia del teniente gobernador Juan Jústiz, se reunieron, obedeciendo a especial invitación, Ramón Flores de Apodaca, José Ignacio Rodríguez, Valentín Castanedo, Miguel Francisco Viondi, Nicolás Azcárate y otros caballeros no menos ilustres, y que acordaron fundar una sociedad para el fomento de las letras, ciencias y bellas artes, bajo el patronato del Gobernador General, estableciendo, al mismo tiempo, una biblioteca con salón de lectura, clases de materias varias, agrupando aficionados para avivar una sección de declamación, y crear un museo de Historia Natural y otros entretenimientos lícitos. Redactaron los estatutos el coronel Román Sánchez, Nicolás Azcárate, Ra-

món Francisco Valdés y José María de Cárdenas. Nacía *El Liceo* con vitalidad social, económica y cultural. Para apreciar mejor el valor de la institución, sean suficientes los perilustres nombres de los socios que siguen: Anselmo Suárez y Romero, José Manuel Mestre, José M. Céspedes, Rafael M. Mendive, Enrique Piñeyro, Ramón Zambrana, José Fornaris, Antonio López Prieto, José de la Luz y Caballero, Alfredo Torroella, Gertrudis Gómez de Avellaneda, María de Santa Cruz, Felipe Poey, Manuel González del Valle, Antonio Zambrana, Luis V. Betancourt, José Cintra, Francisco Zayas, Emilio Auber, Sofía Estévez, Pedro Martín Rivero, Pablo Desvernine, Luisa Pérez de Zambrana, Fernando Aristi, Luis Gottschalck, Eugenio Sánchez de Fuentes, el Conde de Pozos Dulces. Los vocales, secretarios y presidentes de secciones lo fueron eminencias en ciencias y artes y letras. Años después serán, Martí secretario de la Sección de Literatura y director Manuel Sanguily. También la presidió José Antonio Cortina, teniendo como vice a Enrique José Varona. Nunca jamás en Cuba una institución de ideario artístico y literario, ha logrado reunir una constelación de astros tan brillantes como la que integró la Sección Facultativa del *Liceo,* en la que figuraban José de la Luz Caballero, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Felipe Poey, Manuel González del Valle y Antonio Zambrana. Para calificar las obras literarias, pictóricas, de escultura y música y poéticas, presentadas en los Juegos Florales del año 1862, fueron nombrados los más descollantes hombres de saber en cada una de las ramas en competencia.

El primer presidente lo fué el coronel Román Sánchez y Hurtado de Mendoza y primer director el Dr. Nicolás Azcárate. A partir de la inauguración (16 de

junio), en una casa de la calle de División, al igual que en este sitio que ahora me cobija y provoca a rememorar, la actividad de *El Liceo* se desarrolló en reuniones que se llamaron familiares, que eran a modo de anticipos de las materias que debían figurar en las veladas y reuniones oficiales. Cada una de éstas atrajo lo más selecto de la Villa y de la capital, porque resultaban ejemplares acontecimientos, en los que ocupaban la escena o la tribuna representativos del arte y el saber. Toda palpitación de mérito allí repercutió; todo astro en pleno, allí brilló; todo valor en ciernes allí fué alentado y aplaudido. Y la muerte de cada uno de sus miembros se honró de modo tan relevante que las coronas del homenaje aun viven lozanas en letras de molde, como la de la Luz y Caballero, la de Torroella. Los tribunos más elocuentes, como Cortina, Montoro, Sanguily, Giberga, Azcárate y Martí, ofrecieron al *Liceo* sus mejores oraciones.

El noble paladín Julio Rosas, que vivió dedicado a la patria y las letras cubanas, en una crónica publicada en la revista semanal *La Moda,* de Cádiz, de noviembre 3 de 1861, dice:

> En una de esas reuniones ofrecióse a los concurrentes grata sorpresa debida a la aparición de una naciente poetisa que empieza a levantarse tímida como una sensitiva que teme hasta el sustiro de los vientos y abre su alma a la poesía como se abre la flor al peso de las gotas de rocío. Hasta su nombre es poético: se llama María de Santa Cruz. La tribuna no estaba vestida aquella noche en la forma ordinaria, sino engalanada con una guirnalda de flores formando graciosas ondas. Un aplauso unánime y espontáneo saludó a la preciosa cantora, que posaba por primera vez su lindo pie en la coqueta tribuna donde leyó con melodiosa

voz una sentida composición al *Licco de Guanabacoa* llena de pensamientos filosóficos que le valió el obsequio de un bouquet de oro, el cual adornado de flores naturales, le presentó con sentidas frases el director del instituto.

Desgracia de las letras cubanas es que *El Liceo* no haya podido conservar, para formar un grandioso libro de oro, los programas de todas sus reuniones y a la vez la letra de todo lo dicho en ellas. Con vida tan medular y nutridora, hasta más allá de los años de la Epopeya Grande, conservó su autoridad y prestigio. Puede afirmarse que su conjunto y normas timbraban de orgullo legítimo a los nativos, puesto que su cónclave era demostración de nuestra capacidad en todas las disciplinas, y porque a la vez iba surcando, influyendo, en el espíritu nacional para valorización necesaria. *El Liceo* fué, pues, uno de los cuerpos sociales más preclaros que alentó Cuba en la pasada centuria, irradiando luz y dignidad. El surco que sus próceres miembros trazó en la conciencia cubana, es suficiente para honrar cualquier país. Un solo ejemplo, sacado de su historial, es definitivo para revelar la certeza de que allí se incubaron tormentas que contribuyeron a desmoronar el poderío político español antillano.

Miremos hacia el rincón situado a la izquierda de la sala de recepciones. Al pie del escenario aparece una modesta tribuna pintada de obscuro. Numerosas arañas de cristal irradian luz de día. El salón está rebosante de público. Damas con trajes de complicado y deslumbrante lujo y escotes y colas y joyas y altos peinados. Los caballeros de irreprochable etiqueta. Muchos están de pie en torno de la concurrencia. Poetas, pintores, músicos, oradores, escritores, caballeros de títulos nobiliarios, con pechos orlados de condecoraciones. En sitio de honor, rodeado de distinguido

séquito, sin faltar los marciales ayudantes, y hacia donde se dirige la curiosidad de la mayoría de los concurrentes, se destaca el Capitán General de Cuba, Ramón Blanco.

Aparece un joven de externa melancolía, trigueño, de escaso bigote negro, de veintiséis años de edad. Ha viajado por Europa y América. Es poeta, escritor y orador. Ha sido perseguido y encarcelado con grilletes por los españoles de la colonia por sus ideas emancipadoras. Es letrado del bufete de Viondi y Azcárate. Fogoso amante de su patria. Brilla en sus ojos centelleo irresistible. Cuando alza la mano y señala con el índice, sugestiona. España todavía no sospecha la potencia revolucionaria que atesora aquel mozo que en este momento es secretario de una sección de *El Liceo*. Por fin ha subido a la tribuna. Aplausos de ritual. No pocos de aquellos concurrentes conocen menudamente las ideas del que ha sido indicado para llenar encargo de arte. Desde esa misma tribuna antes había pronunciado una oración con motivo de la muerte de Alfredo Torroella y un discurso sobre el idealismo en el arte. Ahora, esta noche de abril 27 de 1879, va a hacer el elogio del violinista cubano Rafael Díaz Albertini, rubio, bello y genial, que de Europa había venido cubierto de palmas de triunfo. Ha hablado. Arte envuelto en fogoso manto político. Estuvo tan exaltado, se desvió de modo tan grandilocuente y hábil por un resquicio patrio, hizo trepidar de modo tal la tribuna, que produjo efecto de indignación al Gobernador Blanco, impulsándolo a decir a Azcárate:

Quiero no recordar lo que yo he oído y que no concebí nunca se dijera delante de mí, representante del gobierno español: voy a pensar que Martí es un loco... pero un loco peligroso.

Y bien amargamente tuvo que recordarlo diecinueve años después, en circunstancias de estar ocupando el mismo cargo y verse vencido y desalojado por plan precisamente de aquel "loco", tan "peligroso", que supo lanzar sobre España el turbión que le arrancó su codiciado florón.

Pudo *El Liceo* mantener su prestigio social, cultural y económico hasta los comienzos de la guerra del 95. Su guardarropía de teatro era selecta; magnífica su biblioteca; bien amueblados sus salones. Mas, como la rebelión se extendió hasta este extremo occidental de la Isla, afectando todos los organismos y obligando o a sumarse a la revolución o marchar al exilio; y el coraje de los integristas reaccionarios se manifestó más implacable que en época anterior, las bajas de la sociedad, límpido símbolo de cubanismo, fueron sensibles. Y como nota final el feroz comandante militar Fonsdeviela, enemigo iracundo de todo lo que fuese palpitación criolla, clausuró el centro por tildarlo de colmenar de peligrosos separatistas. Sus valiosas pertenencias fueron sustraídas.

Data de entonces su desoladora decadencia, con fugaces períodos de resurgimiento. Le ha abatido el mismo deletéreo desamor, indiferencia y egoísmo que a la mayoría de las de ideario análogo, que no devuelven en especies materiales el importe de la cuota. Resultando, en el circuito de sociedades nacionales, uno de los tantos marchitos exponentes de pobreza que, cargado con un fardo de glorias bien ganadas, agoniza...

A la par que *El Liceo,* la Villa desde fecha muy lejana ha conservado, en tránsito, a numerosos personajes (casi huéspedes) de saber: catedráticos, poetas, escritores, profesionales del foro y de la medicina, artistas y periodistas. Algunos allí nacieron, y otros, como el militar, pintor y periodista español Patricio de Landaluce, fijaron su residencia y organizaron familia. De pronto, sin mucho escoger, vienen a mi recuerdo los nativos: el historiador y catedrático Dr. Evelio Rodríguez Lendián, presidente que fué de esta Academia, mentor que avaloró las letras patrias con numerosas obras y doctamente ha guiado a la juventud desde su cátedra; Francisco Carrera Jústiz, también catedrático, jurista y publicista eminente; José de Armas y Cárdenas (*Justo de Lara*), preclaro periodista y literato de médula exquisita que engrandeció la bibliografía cubana con obras fundamentales y también fué miembro de esta Casa; Bernardo G. Barros, escritor y crítico de artes; Jesús J. López, periodista y novelista; Ernesto Lecuona, popular pianista y musicógrafo; José Echániz, glorioso pianista que enaltece a Cuba en el extranjero con su arte; el delicado violinista Alberto Mateu. En la música, la plétora es asombrosa. Rara es la casa que no tenga piano y donde por lo menos un par de estudiantes no tecleen o soplen o arañen cuerdas. Para la enseñanza hay no pocos conservatorios y profesores. De ello ha nacido una falange de aficionados. Por eso la Villa es surtidora generosa de músicos de bandas y orquestas para La Habana y el resto de la Isla.

Pero la fecundidad mayor y tesonera ha sido la

periodística. A esa rama de las letras se han dedicado vecinos y forasteros que han supuesto que en población tan densa pueden convivir empresas de esa índole, sin parar mientes en que la vecina capital con sus revistas, diarios de primer orden, en informaciones, literatura y precios, ponen fuera de competencia a las flojas, pequeñas y costosas locales. De todos modos, si bien en no pocos editores ha predominado la chispa mercantilista, alentada por la personal popularidad y lenidad de suscriptores, o de sencillos que se pirran por verse elogiados en letras de molde, tal parece que la mayoría ha obedecido a espíritu esencialmente romántico, desinteresado, amor a las letras. Algunas publicaciones, aunque en reducida proporción, han tenido aspiraciones y tendencias de pasajero cartel político. La vida de la prensa local ha sido generalmente lánguida y de estrecheces financieras. Rara vez llenan sus compromisos presupuestales. La viabilidad es breve. Salen a la palestra con entusiasmo y fe, pero la falta de ambiente los aniquila. Son bólidos que fugaces atraviesan el espacio. Y en ese campo agónico se han debatido, en el lapso de un siglo, no menos de ciento y tantas publicaciones, con los más curiosos idearios y formatos. Parece que en 1822 vió la luz *La Posta,* dirigida por el preceptor de primeras letras Antonio de la Cruz. Posteriormente nacieron campeones dedicados a múltiples tendencias: asuntos generales, integrismo español, ciencias, comercio e industrias, crítica y literatura, humorismo, sátira, política, intereses varios, de propietarios, en defensa de la raza de color, de información, a favor de la iglesia católica y también de la protestante, sin faltar algunos anarquistas. Como cruzados de la pluma y fundadores de revistas y periódicos se han destacado: Manuel Nápoles Fajardo, poeta, hermano de *El*

Cucalambé, y autor de *El Album de Guanabacoa;* Ricardo I. Urrutia, de infatigable tenacidad, hasta morir octogenario; el después general libertador Adolfo del Castillo; Jaime Mayol, poeta y dramaturgo; el tesonero Federico M. Mesa; María Urzais, con su poética *La Golondrina;* el recio paladín Antonio Roca y del Monte; Nicolás Coronado y su ilustre señora madre Domitila G. de Coronado; hasta el célebre meteorologista Mariano Faquineto, con el semanario *El Sol*; el decano de los directores, fundadores, redactores y gacetillero Jesús Calzadilla, que durante lustros derramó incienso sobre la Villa; el cronista histórico, acucioso investigador, Elpidio de la Guardia; el culto y agudo Pastor González; el panfletista catapúltico Ricardo Checa; José Fernández de Castro, poeta y escritor de peligrosa sátira; el tolerante cristiano Juan de Dios Carreño; el inquieto y culto Eugenio N. de Cavieses; el veterano patriota Alberto Aymerich; el artista Gerardo Morais; el formidable e inconforme literato, pintor y comediógrafo Manuel Gómez Navarro; Luis Castro y Portales, de indomable actividad; el atildado Andrés Lima; José Antonio Puga, últimamente convertido en editor; Oscar de la Cruz Muñoz, y José Sánchez Arcilla que allí inició, con su esposa, también escritora, María Teresa de la Cruz Muñoz, su popular y próspera vida literaria. Y como reflejo microscópico de la precedente constelación, herencia de sus aficiones, a la vez que cierre de su ciclo, bien merece una frase de aliento el esfuerzo juvenil de los niños Rafael Valdés Cordoví (director y fundador) y Regino Barreto (dibujante), que sostienen el originalísimo periódico, de pequeño formato de pliego español, titulado *El Afamado.* Ha variado de semanario a mensual, y consta de diez a veinte páginas, escrito enteramente a "mano" de ellos

mismos, con tirada de un "solo" ejemplar, distribuído en forma rotativa entre treinta niños suscriptores, a razón de tres centavos.

Debo declarar que la simpatía y afinidad con los románticos adalides de la prensa local, me ha desviado del propósito fundamental de este trabajo, de carácter exclusivamente colonial, puesto que la mayoría de los citados periodistas-promotores son de la hora actual.

LA MUNICIPALIDAD

Según afirma, de modo rotundo, el perito en asuntos municipales Ricardo V. Rousset en su *Historial de Cuba,* el ayuntamiento de Guanabacoa cuenta muy larga existencia, pues se remonta el propósito de creación al año 1556, con la prestigiosa restricción de quedar sometido a la presidencia del Gobernador General. Nuestros municipios de los primeros siglos, debido a que sus integrantes autoridades eran influyentes peninsulares a quienes no se podía atribuir los defectos, vicios y tendencias rebeldes que a los posteriores criollos (producto de ellos mismos), gozaron de casi idénticas prerrogativas, fueros y privilegios, que los de allende el mar, con libertades y derechos precisados por el uso y las leyes; descentralizadas sus órbitas de los núcleos ejecutivos centrales. Guanabacoa, sin embargo, debido a su próximo contacto con La Habana, y de disponer en los años iniciales de escasa densidad de población, se mantuvo floja y bamboleante a expensas de sus cultivos agrícolas y pequeñísimas industrias manuales. Ya en 1617 aparece el primer alcalde, Luis de Aguiar. Mas su vida ascensional y definitiva empieza cuando, en 1743, se separa de la esfera administrativa habanera y toma carácter propio, hasta para

mercedar sus tierras, resolviéndose de este modo parte de los frecuentes litigios que la tutela vecina originaban.

Y que la riqueza y acertada administración acreditaban a la dominación española, es prueba que los Reyes, en reconocimiento, la colmaron de mercedes y distinciones como las de titularse Villa, tener escudo de armas, ostentar pendón, usar uniformes especiales sus regidores y alcaldes.

En lejanos días llevaron la representación, como alcaldes, regidores, síndicos y funcionarios administrativos, personajes de indiscutido valer, fortuna y competencia. Los cargos los desempeñaban más por honor que por lucro. Una autoridad en aquellos tiempos estaba revestida de prerrogativas tales y tren de lujo que hoy al conocerlas nos dan sensación pintoresca y teatral. Veamos como figura ejemplar al famoso y orgulloso Regidor Alcalde Mayor, coronel don Antonio Santalla de Elías, "persona ilustre que disfrutó en la Villa de grandes e ilimitadas prerrogativas e inmunidades, entre ellas la de ser el único que podía ostentar, todos los años, en las fiestas de La Tutelar, el pendón real", el cual, para conmemorar la jura de la reina Isabel II en la metrópolis, dispuso que un artífice le grabara mil doscientas medallas de plata fina, que ostentaran las armas reales, las de la Villa y las suyas, así como se señalase la fecha de la jura (1834), para distribuirlas al pueblo; y por cuyo hecho recibió el nombre de *Plazoleta de Santalla* el parquecito, solar situado en la calle Real y San Antonio, donde actualmente se alza el busto en mármol de Miguel F. Viondi.

Entonces, como después, el cabildo guanabacoense ganó crédito de bien regido. Su presupuesto siempre fué alto y equilibrado, a veces sirviendo para que sus

tenientes gobernadores y alcaldes llenaran discretamente sus funciones, desde luego que no escaseando las típicas invasiones y conculcaciones de los poderes centrales, que mixtificaban y recortaban no pocas de las prerrogativas fundamentales de los municipios. De los años viejos datan la mayoría de las obras de utilidad pública. Todavía los puentes más sólidos son los de antaño. No hace mucho que algunas calles estaban empedradas con recios y gruesos adoquines de granito.

Lo que llama poderosamente la atención en Guanabacoa es que a pesar de que la mayoría de sus autoridades eran españolas, latía en ellas orgullo localista, cual si las animara espíritu criollo preocupado del porvenir, y hasta podría decirse que eran liberales. Este espíritu avanzado se exteriorizó al ser electo Valentín Castanedo primer alcalde constitucional, en 1879; aunque empezando la verdadera era de cubanismo al ocupar el cargo Miguel F. Viondi, interrumpida cuando, por orden gubernativa, fué suspendido el alcalde Enrique Guiral, ilustre médico que, con Flores de Apodaca y Diego Franchi, ha ganado los mejores laureles como funcionario recto, probo, activo y desinteresado. Tras algunas sustituciones civiles, entró en franquía de jefe militar de la zona, el pérfido coronel Fonsdeviela, y a su alrededor los que debían secundarlo en crímenes y atentados a la justicia, el cual, para verguenza de los concejales y alcalde que regían los destinos locales, fué nombrado *Hijo Adoptivo*.

El único precioso tesoro documental, con pergaminos y papeles que se remontan a la edad de fundación, es el archivo municipal. Sólo allí, en parte, podemos abrevar en la palpitación pasada oficial; actividades del cabildo, litigios y pleitos, ensanches y detentaciones, deslindes y mercedes, obras públicas. En torno a estas

últimas la documentación es copiosa, y de mucho mérito y luz, puesto que nos enseña que se realizaban por medio de derramas individuales, resultando que tanto éstas como la mayoría de las fundaciones (cuarteles, hospitales, etcétera) son de dominio popular, o debido al vigor de la acción privada individual. Aunque su posesión es vital para la mejor marcha del consistorio, ya que encierra datos fidedignos sobre origen y situación de la propiedad urbana y rural, ha predominado siempre manifiesto desdén en su conservación, por lo que regularmente ha estado arrinconado, sometido a la humedad, a la acción devoradora de los anobios; y como remate fué víctima de un incendio que lo mermó, siendo entonces trasladados sus restos a un pobre saloncito en el edificio social del *Liceo,* donde, a pesar de la miseria del material de oficina de que dispone, ofrece valiosa aportación el magnífico archivero, culto y minucioso conocedor de la crónica local, Juan Mayor.

La historia contemporánea del municipio de la Villa es de muy variadas y espinosas alternativas: no han faltado los llamados "alcaldes modelo", que se han preocupado por el bienestar público; pero nefastamente las pasiones políticas y la audaz absorción central, que han desfigurado en deplorable caricatura el decantado federalismo de la nación, lo llevaron al desastre económico, conjuntamente con la casi totalidad de los municipios hermanos.

AMBIENTE REVOLUCIONARIO

He dicho que la villa de las lomas siempre ha sido un laboratorio de nítido cubanismo, más de apreciar en los lustros anteriores a la última guerra de emancipación, debido a que entonces existía población inte-

gralmente guanabacoense, por el nacimiento o el cariño que inspira el terruño que nos da acogida de paz y amor, que vivía despreocupada del resplandor exterior, ya que gozaba de vitalidad propia. Es axiomático que el que bajo su cielo nace, o por largos años bebe agua de sus milagrosos manantiales, a la postre, aunque se halle en plácida condición en lejano país, cuando siente cercano el minuto de partida hacia la nada, regresa a ser sepultado en el Potosí.

El emplazamiento entre colinas, en una especie de paradisíaco santuario, la reputación de sus dones, y la afluencia de familias de nervio criollo, asentó su personalidad. Atrajo forasteros que gustaban cómodo vivir a la vera de la capital crepitante de esplendor y festividades. Ello parece haber influído para que desde los primeros fulgores de ansias de emancipación, allá por los años en que palpitaban secretamente las inquietudes de los *Soles y Rayos de Bolívar* (1822), Guanabacoa fuera escogida como nido de conspiradores. Para coadyuvar en dicho movimiento vino a insospechable escondite en la calle de las Animas, el coronel de los ejércitos de *Cubanacán,* en la provincia de La Habana, José Francisco Lemus (agosto de 1823). Debido a denuncia formulada ante el pícaro Gobernador Vives, se procedió a la detención de los conjurados más peligrosos. Como Guanabacoa era significado polo revolucionario, a ella acudió presurosa la terrible partida de Domingo Armona, capitaneada personalmente por su corajudo y temible jefe. La presencia de los forajidos miembros de aquel cuerpo de represión produjo en la apacible Villa, como lo producía dondequiera que llegaba, inusitada alteración pública, por los desmanes que cometía impunemente. Lemus fué detenido, tras muchos alardes y precauciones, y conducido a La Ha-

bana, sujeto a un largo y minucioso proceso. Con Lemus cooperaban algunos conspiradores en la Villa, que esperaban el momento culminante de la erupción revolucionaria, que fracasó, no obstante su meticulosa y secreta organización.

Más luego hemos de ver que el espíritu revolucionario emancipador estaba tan arraigado, que en la inmediata conspiración de la *Gran Legión del Aguila Negra* (1830) tomó participación el cubano, Alcalde Corregidor, Ignacio García Osuna, robusto antecesor de la distinguida familia Osuna-Lamas, que tan copiosa y heroica aportación dió en todos los tiempos a la causa libertadora, señaladamente en 1895.

Cuando estalló la guerra del 68, Guanabacoa era un sector rebelde de tal magnitud, que entre los doscientos cincuenta desafectos a la dominación hispana, que el 21 de marzo de 1869 salieron deportados a España en el vapor *San Francisco de Borja,* iban muchos vecinos de este lugar: profesionales, sacerdotes, hacendados, militares retirados, estudiantes y empleados. Y después del Pacto del Zanjón fué nutrida la afluencia de veteranos libertadores, que pregonaron y dispersaron sus ideas políticas. Porque existía activo comercio en elaboración de tabaco, algunos tabaqueros se mantuvieron en contacto con el colmenar de Cayo Hueso; y es sabido que el obrero más liberal y radical y que más contribuyó a la propaganda y exaltación revolucionaria lo fué el tabaquero. También ejerció mucha influencia la secreta labor masónica. Por esta fecha (1879), cuando empezaron a organizarse los partidos políticos en Cuba, agrupándose en ellos españoles y criollos de todas las tendencias, la mayor parte de la población tomó filas junto a los liberales, siendo flojo el núcleo reaccionario-integrista. Es entonces que el

vecino de la Villa, general libertador Carlos Roloff, organiza un movimiento insurreccional, de acuerdo con afiliados de la provincia de Matanzas, que fracasó tras un sensacional episodio de sangre en la Plaza de Armas de Matanzas.

Las simpatías nacidas en los días de los *Soles* habíanse mantenido latentes, y llegado el mejor momento político, se enseñorearon ostensiblemente en las elecciones, dando siempre el triunfo al sector liberal y a los avanzados, frente al íntegro español. Consecuente con ese ideario es que al estallar la guerra del 95, la manigua recibió nutrido refuerzo de juventud guanabacoense, vecinos del lugar y hasta de ex alumnos de las Escuelas Pías, contándose entre éstos las varoniles figuras de Adolfo del Castillo y Néstor Aranguren. A la vez, agentes y confidentes celosos y expertos — como Diego Franchi — a diario exponían la vida por mantener relaciones con los mambises. Los sentimientos se manifestaban tan a flor de rostro, eran tantas las familias que tenían miembros suyos en la campaña, de modo tan evidente las autoridades sentían la vibración favorable a la causa libertadora, que como freno impusieron al bribón Fonsdeviela para que por la muerte las apagara. Ante la persecución despiadada, el éxodo de los cubanos fué triste y largo. Y del sacrificio de los patriotas, nocturnamente asesinados por orden militar, es exponente el solitario obelisco en los yermos campos de La Jata.

Resonante episodio local es la entrada de los libertadores mandados por el brigadier Rafael de Cárdenas y el coronel Néstor Aranguren, en diciembre 1 de 1896. Los asaltantes pusieron en febril movimiento a toda la nutrida guarnición, quemando casas en la calle de Palo Blanco y llevándose botín de guerra. También

fué de espectacular efecto, hasta en España, el audaz ataque que Aranguren realizó a un tren en la estación de Cambute, con el propósito de detener al coronel Fonsdeviela, que acostumbraba viajar por esa ruta, del que resultaron prisioneros varios oficiales del ejército realista.

Hay en la Villa un cuartel centenario. El ayuntamiento ofreció al rey Felipe V costear uno destinado a la compañía de caballería de su propio partido. Como contribución a la obra, el Alcalde de la Santa Hermandad, Manuel de los Santos Rodríguez, vendió una casa de tejas. El Marqués de la Torre, que ejercía de Capitán General, dió la licencia, aprobando el plano hecho por el capitán José de Reyes. Se terminó y entregó formalmente al auditor de guerra Julián Campos, en enero 22 de 1803. Las primeras tropas que lo estrenaron fueron milicias de caballería ligera. Es de mampostería con altos muros exteriores por el antiguo callejón de las Vacas (Jesús Nazareno) y Animas. Es un sector estratégico de vecindario principal, junto al *Liceo*. Ni en su exterior ni en el interior se advierten señales de vejez, ni de su carácter de guardián militar, pues más bien parece pacífico caserón. Las tropas españolas lo evacuaron el 31 de diciembre de 1898. Posteriormente ha sido cuartel de bomberos y a seguidas de la Guardia Rural. Desde el 24 de febrero de 1920, a petición del patriota libertador Francisco Fernández de Lara, lleva el nombre de *Aranguren*.

En su historial aparece un hecho de bochornoso recuerdo para su guarnición y las autoridades locales, durante la epopeya del 68. Pero, antes de referirlo, es conveniente relacionarlo estrechamente con otro análogo, también vergonzoso para el reaccionario españolismo colonial. Por el mes de abril de 1869 murió un

gorrión en La Habana, suceso tan insignificante como la muerte de un mosquito en la ciénaga de Zapata. Pero fué considerado de mal agüero, en aquel momento bélico, porque el gorrión, en Cuba, era símbolo de rancio españolismo, así como la débil y nerviosa bijirita lo era del criollismo. Los voluntarios acordaron un lucido entierro de carácter patriótico, alzando al difunto un alto y lujoso féretro en el Cuartel de la Fuerza y colocando el cadáver del pajarito en un rico sarcófago, en derredor del cual rezaban los devotos. Sacerdotes dijeron la misa de cuerpo presente y le entonaron cánticos sagrados. Fué paseado por las calles de la capital, formando en la marcha el Capitán General. Para dar realce al acto y excitar con ello el fanatismo hispánico y odio contra los insurrectos en armas, ordenaron que el extinto fuese paseado ostentosamente por las ciudades más importantes de Cuba. "En Cárdenas fué fastuosa la ceremonia, derramándose por las calles arroz, que es el alimento preferido de los gorriones." El cortejo visitó a Matanzas. Y en Guanabacoa, en una tienda de campaña montada en la Loma de la Cruz, con asistencia de las autoridades y voluntarios, se dijeron responsos. Con este escarnecedor espectáculo quedaron tan complacidos los españoles de la Villa, que lo copiaron al ocurrir un caso análogo. Un felino, impulsado por su instinto cazador, mató un gorrión. Entendiendo los intransigentes que el gato tenía alma de mambí, y, por lo tanto, su crimen era de lesa patria, detuvieron al criminal, incomunicándolo y cantándole a la reja coplas idénticas a las que el soldado español dirigía a los mambises. Esto ocurría precisamente en el Cuartel de Caballería. Se formó al gato consejo de guerra sumarísimo, con sujeción a los trámites de ordenanza. El escribano llegó a leerle la sentencia y los

sacerdotes dicen que recomendaron al reo conformidad. En estos momentos apareció un conocido catalán, de rancio españolismo, y presentó reclamación urgente, alegando que el animal era de su propiedad. Hay versiones de que el gato fué fusilado en los paredones del fondo del cuartel y el gorrión sepultado en un nicho *ad hoc* en el mismo sitio.

DESILUSIÓN

Han transcurrido más de cuatrocientos años desde que en la Villa fueron vistos los indios que vivían a orillas del arroyo Tarraco. Surgió una animada y rica población. En ella pusieron colonizadores y posteriores residentes y nativos, alma y esfuerzos. Parece lógico que aquellas sociedades, aquellas generaciones, aquellos constructores, dejaran señales reales, objetivas, de obras o trabajos, de su pasado... Y deplorablemente no ha sido así. La Guanabacoa ancestral, la Villa vieja y herrumbrosa, levantada sobre madera y guano y estacas y embarrado, con bohíos; la colonial cuatricentenaria, nada conserva de aquellos iniciales períodos. Ni las piedras, ni las lomas, ni las maniguas, ni los arroyos, nos ofrecen la más leve testificación documental de apodíctica historia. En la ciudad resultante, la que en ese ámbito, y ahora en parte vemos apergaminada, arrugada, tampoco abundan los signos exteriores de modernismo, alardes de rotunda actualidad. Es que sobre caducas paredes, techos, muros, pilares, ventanas, puertas, se ejecutan curiosos trabajos que producen indefinida impresión, y entonces la clasificación vacila en cuanto a tiempo y valor estético de lo reparado. De todos modos — y de esto saben los infinitos albañiles, prácticos de obras, remendones, que

la villa mantiene —, los abundantes desbarates de mérito, señaladamente de las primorosas rejas de hierro que constituían filigranas del gremio de artistas herreros, hállanse casi invisiblemente empotrados, como remiendos, lunares, en no pocas reedificaciones. Ello es precisamente un sugestivo fenómeno manifiesto a todo el que con ojo y alma de artista ambula por las calles y rincones suburbanos. Se inquiere por el remoto pasado, y la respuesta es aterradoramente desconcertante. Y aunque no vemos definidos vestigios caducos, arcaicos, en cambio estamos convencidos, por el examen minucioso de residencias, edificios públicos, calles, parques y variados motivos, que todo se alza sobre ruinas, patinado por respetable ancianidad, y que se está desmoronando. Un halo, peculiar, crepúsculo senil, predomina; espíritu matusalénico parece cubrirlo todo. Hasta es reciente, casi nuevo, todo lo que hay en la histórica Loma de los Indios. Ni siquiera una estela aparece del célebre *Santuario de San Sebastián,* que en esa misma Loma — cargada de lúgubres añoranzas, porque allí gimieron y murieron en soledad de reconcentración, los últimos retoños de la colonia indígena occidental —, fundó, por el año 1801, el devoto ermitaño español Sebastián Fosati. Santuario que se bendijo el 20 de enero de 1802, que atraía muchos fieles que iban en peregrinación a adorar la imagen del Mártir. Lo único interesante de este moderno y pobre caserío es el circundante panorama. Abandonado y marchito todo lo que se alza a la vera del arroyo Tarraco, así como los antiguos *Baños de Santa Rita,* con mísera y turbia corriente. Como cosa rara he visto fundidos en hierro un castillo y un león condal en la puerta de una casa de la calle de las Animas. En vano busco las cadenas que como privilegio,

y reconocimiento de servicios eminentes, el Rey de España otorgó a súbditos vecinos del lugar, entre ellos al célebre custodiador de las imágenes y joyas de la iglesia Mayor, Esteban Pérez de Rivero; cadenas que en lugar de ser símbolo de esclavitud, lo eran de clemencia y piedad, ya que el delincuente o perseguido que a su abrigo se pusiera le cabía el derecho de asilo; y que no estarían de más, como toque de amor y benevolencia, en tiempos de crueles persecuciones. El *Teatro Ilusiones,* que tantas noches de arte ofreció desde los primeros años del siglo pasado, ahora es un moderno cinematógrafo. Las mansiones de aristócratas e hidalgos y acaudalados, antes colmadas de linajudas damas y caballeros, con golpe de brillante servidumbre, volantes en espera a la puerta, resplandecientes de lujo, ahora, o han sido transformadas en casas de inquilinato o divididas en pequeñas viviendas, o rechinan al peso de maquinaria industrial. Apenas quedan restos de los famosos grandes patios sembrados de frutales, donde imperaban el anón, la chirimoya y la guanábana. Las calles, o tienen polvo o fangc o están adoquinadas a la moderna. No hay lámparas en fanales, sino bombillos eléctricos. Ni un coche, ni un quitrín, ni en las esquinas se ven aquellas rollizas y buenas negras que junto a un fogón preparaban suculentas frituras, empanadas, bollitos, ni hay serenos con lanza y farol que gongosos y lentos canten las horas y la marcha del tiempo. No hay ventanas voladas ni salientes aleros. La antañona casa de cabildo y gobierno luce desolada con chamuscamientos de fuego. Y hasta lo que era más que raro, disonante en los coloniales tiempos — con excepción de La Habana o alguna otra ciudad —, Guanabacoa tiene en parques tres bustos en mármol: Adolfo del Castillo, Aranguren y Viondi. En

los hogares brindan agua con pestilente cloro que viene del lejano río Almendares. La ambrosía de la *Fuente del Obispo* y de *Uribe* se distribuye a precio en botellones vulgares. Los termales baños públicos carecen de agua. Un chalet de estilo detonante norteamericano parece un manchón en este lienzo guanabacoense. Un joven artista, amante de la bella tradición y de exquisiteses arquitectónicas, ha levantado un hogar de puro tipo colonial. Han desaparecido los clásicos nombres de las calles que decían el historial de la urbe. Sólo poetizan las campanas que voltean en la espadaña del *Convento de San Antonio* y las de *Santo Domingo* y los cánticos sagrados y las imágenes que bendicen a los transeuntes desde sus sitios en los muros de las calles de las Animas y de Jesús Nazareno. Desapareció el reloj de la parroquia. La abandonada *Plaza de Armas* suele destinarse a recreo infantil, aunque a su alrededor hay remozadas residencias que fueron señoriales.

Pero he de insistir en apuntar que, a pesar de todos los pesares, agobios, infortunios, pobreza, desdenes, la Villa es tradicional símbolo, reliquia colonial. Al que entra en su recinto le parece que llega a solar nativo, que pisa tierna casa propia. Mucha luz de sol. Silencio quedo, de siesta. Ni tranvías trepidantes, ni chimeneas que manchen el cielo con el tizne de negro humo, ni estridencias de silbatos de vapor. Paz, hálito conventual. Recogimiento melancólico. Por el día las calles se llenan de los más típicos y variados pregones de vendedores ambulantes. Hay escasas muestras de exquisitez arquitectónica. Las casas son regularmente de una planta. Tejados con rojas y chatas tejas españolas. Quien se afane por ver objetos de arte y joyas que en días pretéritos adornaban las residencias de lujo, o que llevaban en orejas y gargantas y muñecas damas de

alcurnia, o bastones de carey y oro y relojes de caballeros de bomba y levita, deben bucear exclusivamente en las casas de empeño que han sido cementerio despiadado de las familias caídas.

Hacia la absorbente Habana se ha vaciado el pasado poderío guanabacoense. La influencia, la atracción característica que ejerce todo cuerpo de mayor volumen sobre los menores, ha sido decisiva e irreparable para las artes, las letras, la economía, el comercio, las construcciones, e inversiones de la Villa. Así ha venido a reducirse a vecinal y muy temporal hospedaje. Determinadas demandas y adelantos han dado al traste con todo lo típico, propio y saludable. Ni siquiera se ha podido seguir explotando, para bien público, la insuperable potencia de salud de sus manantiales. Cuando vivió en alejamiento relativo, con definido temple propio, vendiendo sus abundantes y variados productos, y el municipio podía defender sus intereses, la vida local navegó por firme y asegurado rumbo económico. Mas, ante la preponderancia vecina, en todo género de conveniencias, alegría, cultura, sellando así su ciclo de brillo, el señorío y la egoísta riqueza volaron a esas mejores y plácidas esferas.

Claro es que para hacer un juicio definitivo acerca de la prosperidad y actual estancamiento locales, no habrían de pesar la mayoría de los tópicos por mí tan acelerada y superficialmente apuntados, puesto que reconozco que son de añorada y sensitiva emoción romántica; pero, apartándome un tanto de ese plano íntimo que desvía el reposo de mi juicio, puedo concluir, con seria apreciación histórica, que Guanabacoa, al igual que la inmensa mayoría de los pueblos de análogo remoto origen colonial de esta Isla, hállase en franca regresión y decadencia. Ahora, repito, es un saludable

lugar de tránsito, satélite de la fronteriza metrópolis; pero donde queremos seguir pernoctando todos los que hemos aspirado su aroma y noble aliento acogedor...

REGRESO A LA VILLA. FINAL.

No se me oculta que en tan larga tirada de impresiones, nada nuevo os he dicho. No he descubierto filón que pudiera ofrecer luz o ansias de una más severa indagación; no he cribado hechos del pasado para extraerles jugo preceptuoso. He dedicado el tiempo a trillar en una andanza de carácter mayormente imaginativo, con leves atisbos históricos, a partir de la primogénita Baracoa, por intrincados y vírgenes andurriales, evitando lo más posible adentrarme en los problemas próximos a nosotros, que nos están rozando y afectando, y que pudieran despertar fulguraciones y juicios. Mi trabajo es una galopante visión de objetos y lugares del pasado, para llenar un imperativo y agradable deber académico. Pero me atrevo a pensar que para el acervo general de la historia nacional cubana, tan floja de informaciones y todavía tan vaga y dispersa, bien pueden ofrecerse estos zurcidos descriptivos, como otros tantos y centenares de igual contextura y tendencias.

Confieso que debido a que la acción creadora es para mí motivo de alegría, y por mi hábito de viajar por nuestro país, anotando y captando pormenores, estoy más que seguro que vosotros os habéis fatigado más que yo, que llevo, además, un renovador de incansable entusiasmo sobre mis años; pero el merecido y bien ganado alivio final llega con la declaración de que voy a terminar.

Es hora de acogerme a la misma Villa que ha ocu-

pado la atención última de mi disertación. Ahora no aspiro a partir en artístico, seguro y crugiente quitrín, tirado por tronco de argentadas guarniciones, guiado por pintoresco postillón de ébano, saltando por malos senderos, vadeando el crecido río Luyanó por el tramo que hoy cruza el puente Alcoy, y orillando monte perfumado y venciendo empinadas cuestas. No; esta noche iré en máquina moderna de complicado mecanismo, con velocidad de luz y la vida pendiente del más leve guiño del timón y la voluntad de un conductor. Y, al llegar, en lugar de bullicio y vibración social, advertiré mucho silencio, paz, aletear de vejez y leyendas, y, cuando más, llegará a mis oídos, difumado blandamente en el espacio, lento toque de esquila o campana que marca una hora o un ceremonial religioso... (*)

FINIS OPUS.

(*) Nota colofonaria:

A pesar de que Guanabacoa tiene la maciza y romántica ancianidad que he dejado esbozada en este trabajo, y que ha cobijado y mimado tiernamente a numerosas personalidades, y *El Liceo* fué astro de soberana irradiación cultural y artística, la literatura relativa a ella es bastante reducida. Abundan, no obstante, las citas en diarios, revistas y libros; pero sin el necesario carácter ordenado que revelen su detallado desenvolvimiento. No olvido que en los Archivos de Indias — donde mayormente se halla la historia del imperio colonial de América y las Antillas españolas — hay preciosos documentos en torno a su existir oficial. También es de recordar que en los libros de los clásicos primeros tres historiadores de Cuba — Arrate, Valdés y Urrutia —, aparecen datos de primera mano sobre orígenes, fundación y diversos sucesos, especialmente en el *Teatro Histórico*, de Ignacio José Urrutia, y en *Llave del Nuevo Mundo, antemural de las Indias Occidentales*, por José Martín Félix de Arrate. Y que le ha dedicado curiosas páginas Ricardo V. Rousset en su *Historial de Cuba*. Así como el ilustre historiador español Jacobo de la Pezuela en su *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba*. Pero más bien la crónica de Guanabacoa hállase en retazos desgranados en la prensa local, la habanera y en los archivos parroquiales y municipales.

Aparte de la mención amplia y meritoria que en torno al período guerrero invasor (1762-63) en que tomó participación muy directa la Villa con vecinos y su caudillo *Pepe* Antonio, al que se refirieron directamente Elías Entralgo, Juan F. García, Bachiller y Morales, Guiteras, Arnao, escritores ingleses, yanquis y españoles; la contribución más apreciable, metódica y de

interés particular, ha sido la de los escritores que me animaron a escribir esta nota única.

En primer término está el abogado Cayetano Núñez de Villavicencio, personaje de esclarecida estirpe, antiguo vecino que disfrutó de lucidas prerrogativas. Escribió a petición de la Real Sociedad Patriótica *Noticias Históricas de la Villa de la Asunción de Guanabacoa* (1842 y 44), minuciosa memoria, que constituye la fuente prístina y mejor sobre hechos guanabacoenses, aunque ajustados a su modo de sentir y pensar y a la pulsación de la época, da preferencia a los asuntos religiosos, a los cuales atribuye todo el progreso y bienestar urbano.

Félix Vidal y Cirera, que en pequeña y escrupulosa obra de 117 páginas, titulada *Historia de la Villa de Guanabacoa*: "desde la colonización de Cuba por los españoles hasta nuestros días", 1887, hace aportaciones muy apreciables.

El distinguido galeno, Dr. Francisco M. Héctor, miembro de la Academia de Ciencias de Cuba, de exquisita y dilecta cultura, antiguo y respetado vecino de la Villa, a la que viene dedicando sus más cálidos esfuerzos, interviniendo en todas sus actividades culturales y de mejoramiento social, ha podido acopiar datos, desde los más vagos días de la municipalidad, hasta 1913, y escribir una *Historia* que desgraciadamente permanece inédita y muy poco conocida.

Alvaro de la Iglesia en numerosas leyendas, ofrecidas en libros *(Tradiciones cubanas; Cuadros viejos y Cosas de antaño)*, y en su novela histórica *Pepe Antonio*, ha dado mucha luz sobre el pasado de este lugar.

Meritísimo investigador en estas desciplinas, lo es Elpidio de la Guardia, consagrado a desenterrar y desempolvar todo lo que tiende a iluminar mejor el pasado y presente de Guanabacoa. La mayoría de los periódicos locales han contado con su colaboración, siempre en el surco de su preocupación, invariablemente histórica y localista. Esta aportación bastaría para formar volúmenes nutridos. Publicó *Apuntes Históricos*, que comprenden desde 1511 hasta 1927, y tiene en prensa *Efemérides Locales*, que encierran "diez mil sucesos interesantes ocurridos en la Villa".

Y como "hijo adoptivo" que soy, dediqué muchas páginas a la Villa en mis libros *Huellas del Pasado*, *Andanzas y Atisbos*, *Aranguren* y *Hacia Gibara*.

LA SÍNTESIS DE LA TRADICIÓN NACIONAL

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

POR EL

SR. RENÉ LUFRÍU Y ALONSO,

ACADÉMICO DE NÚMERO

Honorable Sr. Académico:

RECIBIR la Academia de la Historia de Cuba, como individuo de número, a un historiador distinguido por la crítica y el público, es función solemne y muy grata; y al honor de adelantarme, para daros, en su nombre, cordial bienvenida, se incorporan mis sentimientos personales, complacidos de la justicia de este acto. La angustia de mi ineptitud, ostensible, para empinarme hasta la altura del magnífico discurso que acabamos de aplaudir, no vence la satisfacción de ser yo quien lo conteste. Abordo, temerario y alegre, la empresa, seguro de que el saludo que traigo el mandato de hacer dentro de clásica etiqueta, convierte su cortesana reverencia en abrazo familiar.

Esta fórmula, sin formulismos, sería, a consentirlo el carácter de la ceremonia, mi única manifestación. Un abrazo traduciría mejor que la palabra, por elocuente que fuera, las emociones que experimento. Lo comprendéis. Hagamos brevísimo aparte. Contiguas nuestras moradas nos conocimos, vos en el alba de la adolescencia, yo en el epílogo de la niñez. ¡De aquellos

días a estos, un mundo, una serie de mundos! Y hoy, ambos en el tramonto de la vida, el rito de máxima consagración intelectual, bajo el palio austero de la Academia de la Historia de Cuba, reúne a los dos vecinos de hace varios lustros, y empata con su investidura el cariño fraterno nacido al constituirse la república. Están muy distantes el casi mozo y el casi niño; hombres, sucesos, cosas, han pasado al correr de los años; la nieve ha helado sobre nuestras cabezas y nuestros corazones, ya no somos aquéllos, y, sin embargo, somos los mismos! Es idéntico el sentimiento patriótico, idéntico el amor por la cultura, idéntica el alma, inalterable a pesar de los fieros desgarrones de la existencia. Entonces soñábamos ser historiadores como algo fantástico, muy remoto, inaccesible. El destino cumple su acción, el porvenir aguarda en el misterio. Rómpese el secreto; y son académicos de la Historia los dos vecinos que calentaban ansias de historiador entre las ilusiones rosas de muchachos precoces, deslumbrados por la lectura de los grandes maestros del arte y muy estremecidos por la epopeya revolucionaria, cuyos ideales y glorias todavía inflamaban los espíritus!

La realidad es honor supremo, mas yo, que me enorgullezco de ostentarlo por benevolencia, pondré, a la voz, pedal de sordina para confesaros que el sueño era dulcísimo, diré que mejor, acaso porque era sueño, ¡sin duda porque estábamos en la edad en que se puede soñar!

Todo es emotivo, para mí, ahora. Poco más tarde de esos días, que revivo, fuí, unos meses, alumno del curso de gramática castellana que profesaba en el Instituto provincial de segunda enseñanza de La Habana el académico ilustre que sustituís: doctor José Antonio

Rodríguez García. Apreciaréis, honorables colegas, mi estado de ánimo presente: la evocación del viejo maestro venerable, la investidura del antiguo camarada, aquel año en que la patria victoriosa surgía a la promesa de la libertad. Es la niñez que resuena sus cascabeles, la juventud que reflorece sus capullos, después... la vida. ¡Caras y tiernas remembranzas que sobre la tristeza del crepúsculo ponen la alegría de la mañana! Al saludarla, conmovido, se hiela, rápida, la sonrisa, y una lágrima, que el pudor esconde, quema el corazón.

No cruzará sin mi homenaje el nombre de José Antonio Rodríguez García. Santo laico perdido, por la vida, entre libros, ignorante, a conciencia, de intrigas y malicias, ganó el derecho de que su epitafio lo puedan constituir estas palabras: sabio y bueno. Al verlo con el andar fatigoso de perenne cesante, el traje raído y de moda pretérita siempre, no se sospechaba la formidable potencia de trabajo, la erudición sólida, el angélico candor atesorado bajo vulgar aspecto. El idioma le rindió, a la porfía del estudio constante, íntimos secretos, veneros fértiles fueron, a sus afanes, la literatura, la filosofía, la historia, la ciencia. Vivió entre la indigencia del dinero y la riqueza del saber, sin el espolazo de una ambición, sin el arpegio de una queja, sin capitular al acoso tentador del ambiente corrupto. Nadie se atrevió a discutir el alto mérito de este obrero eximio de la cultura cubana, mas sólo la Academia de la Historia de Cuba, al elegirlo individuo de número, le hizo justicia. Anciano, enfermo, paupérrimo, vino a honrar, agradecido, un sillón, y ofrendó a nuestro instituto las últimas luces de un ocaso triste y fecundo. El ensayo *De la Revolución y de las cubanas en la época revolucionaria,* leído, aquí, por él, es una de las más brillantes contribuciones históricas editadas por la

Academia. Sufrió callado y laboró tenaz, de espaldas al lucro. Pasó por la existencia como si temiera molestar; desaparece como un árbol que seca y consume la intemperie. Su obra queda, perdura su memoria. Fué sabio y bueno.

Reemplazar al doctor Rodríguez García no fué empresa fácil para quienes tuvimos el deber de cubrir su vacante. Gerardo Castellanos fué el historiador designado, por voto unánime, para suceder, con justicia, al ilustre colega fallecido. Niega él, en su notabilísimo discurso, que posea títulos para ser académico de número, establecido, así, desacuerdo sensible con nosotros, sus electores imparciales. No dudo de la sinceridad del nuevo colega, hasta me figuro que, ahora. está un poco molesto, cortado inclusive, ante la ceremonia en que es aplaudido protagonista, deseoso de que la investidura académica se otorgara a hurtadillas, mejor por correspondencia. Mas, treinta años de labor perseverante, útil, sana, desenvuelta en diez y ocho volúmenes, biógenos, caldeados de patriotismo y de muy rico caudal histórico, contradicen, sin réplica, vuestra palabra, y justifican, con exceso, nuestra elección.

La modestia, en Cuba al menos, es enemigo de quien la siente, que aquí suele poner, con frecuencia lamentable, escalas para la fama, la propia jactancia. El nuevo académico, desasido de ambiciones y ajeno a vanidades, sólo anhela, al divulgar conocimientos de sucesos y lugares históricos, rendir tributo a las glorias de la patria; y no concibe, dentro del baño de ideales en que vive sumergido, ser acreedor a otro premio que la satisfacción de su conciencia de patriota. No es necesario refutarlo. El acervo y mérito de la obra de Castellanos destruye su juicio. Demostrarlo, a la ligera, será el propósito fácil de estas páginas,

acomodado mi crónico desgano del cultivo de las letras sobre línea de menor esfuerzo, ya que, para ello, me bastará, esparcir, aquí, mis viejas impresiones de lector suyo, antiguo y devoto.

El hombre y el literato constituyen, en él, unidad. Coinciden el estilo y el carácter; derrama el alma en los libros, y la echa, también, afuera en la vida cotidiana. Puede decirse que aquél es un escritor que dicta verboso, a los oyentes, párrafos animados, y éste un individuo que siente y piensa en alta voz sobre motivos históricos. Percibir su fisonomía literaria es conocer, a través de la obra, su espíritu; y si pretendiera, ahora, penetrar la clave de la feliz concordancia apuntada, la encontraría, sin esfuerzo, en el juego armónico de la herencia y el medio en que surgió a la razón.

Nació en noble hogar santificado por el patriotismo y la virtud. El padre (1), comandante del Ejército Libertador, emisario diligente y abnegado de Martí para soldar los trabajos revolucionarios de adentro con los del Apóstol, después de la paz escondió estrellas y lauros de prócer dentro de un humilde buró de oficinista. La madre (2) constituyó noble modelo de la mujer cubana en aquellos tiempos de lucha y sacrificio. La ley de herencia, que él niega en uno de sus libros (3), tiene, en la psicología y la obra de Castellanos, cumplimiento venturoso a favor del ambiente concorde de la emigración.

Esta palabra tiene, entre nosotros, determinado sen-

---

(1) Gerardo Castellanos Lleonart.
(2) Carmela García de Castellanos.
(3) *Adolfo del Castillo en la paz y en la guerra.* Editorial Hermes, La Habana, 1922.

tido histórico propio. La emigración, lo que llamamos así, no es el simple abandono, por otra, de la tierra natal, es el establecimiento de patriotas separatistas, ungidos muchos por la gloria, iluminados todos por el amor a Cuba, en los Estados Unidos de América, principalmente en la Florida, desde la guerra de los diez años, casi mejor desde su epílogo hasta el fin de la de independencia, para mantener y propagar la flama de los ideales revolucionarios. Varias de las obras del colega, y muy reciente su interesante libro *Motivos de Cayo Hueso,* la evocan con ternura y emoción profundas.

Los emigrados forjaron, en tierra extraña, la Cuba libre de sus amores y sueños, y, por un fenómeno curioso y simpático, el exilio fué, entonces, para el cubano, patria, mientras la patria resultaba destierro. Los proscriptos eran ciudadanos, y parias los habitantes nativos de la isla. El emigrado mantuvo y fortificó la cubanidad, y, entre otras simulaciones que brinda, al observador, nuestra historia y psicología, anótase que la copia, superficial y grotesca, del americano comenzó a ejecutarse después de la independencia. Criollos habían, en el éxodo, que mandaban, desde la Florida, a planchar los trajes blancos a la Habana, y lucían los rostros morenos de negras pupilas, ante las caras rasuradas de ojos azules, mostachos altivos, patillas luengas, barbas espesas. No pocos volvieron a Cuba sin saber el inglés, reservado el chicle, el pasear en mangas de camisa y el *oquey,* para decir está bien, al ciudadano abortado de la república. ¡Nunca tan robusto y ardiente el sentimiento cubano como cuando en los Estados Unidos resistieron, sin temblores, el frío de sus nieves, los cuerpos, y, sin claudicaciones, el fulgor de su grandeza, las almas!

Y basta copiar esta página de Castellanos para exponer los moldes de su firme idealismo patriótico y robusta complexión moral:

Siento leve toque a la puerta, y al repetirse la llamada con más energía, malhumorado y retardando el paso acudí. Al abrir me encontré con un hombre envuelto en carne, vestido de negro, sencillísima corbata de lazo, de espeso bigote negro un tanto descuidado; cabeza hermosa con escaso cabello, enorme frente reflejando portentosa inteligencia; ojos que hablaban, atraían, exhalando brillantez, sinceridad, amor, entusiasmo. Cubierta la hermosa cabeza con un flexible sombrerito de castor que se introdujo en el bolsillo. Aquella estampa, aquella cara era una revelación. Verla era sentirse atraído, amarla precipitadamente. Tenía que ser este hombre sencillo algún extraordinario personaje.

¡Buenas tardes, simpático caballerito!, lo dijo tan suave y musicalmente que me llegó al alma. Lo quise al instante; yo tenía que ser su amigo y agregó: "¿Está el amigo Gerardo? Pues si está ve en seguida y dile que aquí está Martí".

¡Santos cielos, era José Martí! Por el cariño y admiración que toda la emigración desde el más viejo al más pequeño tenía al Maestro, sentíme bañado de frenesí. Ya iba a cumplir el recado, cuando me di cuenta de que en la mano izquierda, doblada cuidadosamente y puesta en la espalda llevaba yo *La Caricatura*, que en muchos hogares la ocultaban de los niños por los grabados y noticiones de sangre. ¿Pero, cómo irme sin que Martí me viese el prohibido papel? Empecé a retroceder como un cortesano que no debe dar la espalda a su rey. Tal actitud causó gracia a Martí o sospecha de que algo yo escondía. Lo cierto que al pasar yo del zaguán a la sala, me dijo que le dejase ver lo que tenía en la mano ocupada. A los mandatos, a las solicitudes de Martí, ya es bien sabido que nadie podía resistirse; lo envolvía todo, amabilidad y vigor; su palabra, su gesto, se apoderaban de la voluntad ajena como de cosa propia. Por eso, sin darme cuenta, automáticamente, aunque procurando la mayor lentitud, mostréle el rosado semanario. Lo tomó en sus manos; lo hojeó; miró despacio los grabados y, moviendo la cabeza insistentemente como quien niega algo, me puso la diestra sobre el hombro y aconsejó:

—No leas sobre vicios y maldades. Este es un periódico para

personas mejor curtidas; no pierdas el tiempo ni quemes con este fuego tus ensueños inocentes. Hay mucho y muy bueno escrito acerca de tu Cuba, y sobre el mundo y sus dulzuras. Ya en el curso de la espinosa vida tendrás oportunidades de encontrar dramas, cuchillos y muchísima sangre. Dame esto; yo quiero que me lo regales. ¿No es verdad que me lo cedes gustoso? ¿Sí? Pues entonces me lo llevo. (1)

Y el Apóstol se llevó la hoja escandalosa a cambio del oro de preciosísima enseñanza.

Mezclado a escenas y actores había durante la niñez entrevistos retazos vivos de la historia de Cuba. No es de extrañar que despertara noble curiosidad por conocer a fondo el pasado cubano. El amor patrio lo llevó a su estudio para producir el historiador notable y laborioso que, ahora, consagra, al recibirlo entre sus miembros, la Academia de la Historia de Cuba.

Apreciaré, a grandes rasgos, su meritísima carrera literaria que inaugura una colección de ensayos biográficos, publicados en 1910. Declaro que consideré el libro simple capullo de patriotismo, sin presentir una vocación definida. Calla durante doce años como si el desaliento hubiera matado, en la cuna, al escritor incipiente. Rompe el largo silencio, de súbito, el volumen *Adolfo del Castillo: en la paz y en la guerra.* Rectifiqué, gustoso, mi prematuro juicio, y comprendí que Castellanos no había cedido, al iniciarse, a un hervor de juventud ni holgado al escalofrío del desencanto, como al principio supuse. El largo eclipse fué determinación reflexiva. No quiso ser sólo el patriota férvido que riega flores a la memoria de los próceres; y al abrir el primer botón mide su clara inteligencia el campo que aspira cultivar. Su terco afán dedica a la

(1) *Destellos Históricos.* Editorial Hermes, La Habana, 1923. Págs. 162-164.

propia preparación el tiempo que pudieron consumir nuevos tanteos de éxito efímero. Es un caso psicológico que retrata al hombre y al escritor. No le satisfizo el esfuerzo inicial, y acumula los elementos necesarios antes de acometer el segundo. Ha sido su primer crítico. Las letras y sobre todo la literatura histórica tienen su gimnasia. Auto didacto, Castellanos trabaja en sí mismo doce años al historiador. Perdido en un rincón de la provincia, domina del único modo posible, con el estudio tenaz, la historia nacional, se nutre de buenas lecturas, aprende técnicas de historiografía y ensancha, ampliamente, horizontes y cultura. Se tonifica; y el concienzudo entrenamiento sorprende en el ayer, no lejano y ya distante, hondas lagunas y temas inexplorados. Le maravilla, sin azoro, la magnitud de los anales patrios, que parecen cortos y son caudalosos; y se promete no rozar más, como hizo con *Relieves,* el primogénito, la pampa ilimitada que libros y documentos extienden ante él. Atraviesa caminos y laberintos. Concierta pesquisas y pruebas. La historia ya no será floresta para mariposeos literarios de ocios elegantes, será mina que devora enormes energías para arrancar, a las vetas, rico metal. La historia lo trabaja tanto como él a ella. La domina y es, a la vez, dominado. El patriotismo fecunda su talento; y es luna de miel perpetua sus nupcias con el pasado cubano. Y *Adolfo del Castillo: en la paz y en la guerra,* reanuda una producción que sólo terminará con la vida.

Puede afirmarse que todavía no se ha encontrado a sí mismo en la notable biografía del adalid espirituano. Le seducen, desde entonces y siempre, los paladines mambises, y deslumbra, con centelleantes fulgores, a su patriotismo conmovido, el romancero esplén-

dido que en los campos de Cuba renueva las proezas fabulosas de los héroes legendarios de la antigüedad; y apenas concluye el bronce del intrépido Castillo forja el relato emotivo de las hazañas de Néstor Aranguren, hermano, por la gloria, de aquél.

Mas, delata uno y otro estudio biográfico que el protagonista, que llena sus páginas, no es todo el libro, que el medio, el panorama constituyen un fondo necesario donde se proyecta la silueta del héroe; y una observación atenta nos lleva de la mano a descubrir, en ello, las palpitaciones germinales de la personalidad literaria del nuevo académico. Un libro de episodios y dos sobre caudillos ilustres, a más del amable ensayo que su ternura rinde, con justicia, a la vida inmaculada de su padre, continúan la copiosa producción de Castellanos, y escorzan, visibles, los rasgos definitivos que caracterizarán a este historiador distinguido.

De su segunda obra a la fecha, bajo la fronda de Guanabacoa, no cesa de producir. A cada año corresponde un volumen, a veces dos. Escoge, a propio gusto, el tema, y salen, sucesivos, de su fragua sin tregua, libros de rico caudal histórico, que, a través de factura distinta, rubrica común carácter. Investigador acucioso, narrador, comentarista, posee formidable potencia de trabajo y retina dispuesta para absorber paisajes y escudriñar hechos. Escritor de temperamento, espontáneo, fecundo, de mentalidad más intuitiva que reflexiva, trabaja, a su modo, la historia. Ha estudiado la técnica, conoce reglas de heurística y hermenéutica. Y pudiendo ser, dentro de normas científicas, historiador meticuloso, se despreocupa, a voluntad, de la preceptiva, obediente a numen personal encuentra, a su talento, en el instinto, guía diestro y seguro del éxito. Percibe que la patria es historia y también

geografía. Ata al historiador, al analista, al crítico, al topógrafo, en un solo haz, y crea manera propia. Sometido a rígidas teorías acaso no hubiera logrado, con el mismo resultado feliz, esta yuxtaposición de materias varias. Y en su octavo libro *Huellas del pasado,* que ya define y precisa su personalidad literaria, expone la génesis y propósitos de sus actividades espirituales:

Mis maestros en la emigración fueron patriotas que lucharon con las armas y después se afanaron en preparar ciudadanos para la contienda definitiva, al calor del culto de los mártires. En aquellos planteles era tónico vital la historia de Cuba. Pensando en la patria esclava y en el día de su redención, aprendimos a amarla con ternura. Paréceme que de la adversidad y alejamiento provenía la unión y fraternidad. Puesto que en la emigración, lejos de la cuna que nos besó y meció, es donde se siente más cruelmente la soledad de vivir sin patria. No nos trataban mal porque la libertad se goza casi por igual en los Estados Unidos; pero la tierra de uno, la tierra de las palmeras, tumba de antecesores buenos y sabios siempre es preferido altar.

La educación firmemente cincelada en mi corazón, avivada por la prédica amorosa del hogar, donde mi padre (con Serafín Sánchez, Martí, Francisco Lamadrid, José Dolores Poyo, Francisco Ibern, Chicho Henríquez, Arnao, Roloff, Rogelio Castillo, Emilio Aymerich, Eduardo Gato, Fernando Figueredo), conspiraba día y noche, activamente, en mítines y clubs; el perenne y cotidiano tema de Cuba esclava, sus veteranos, sus guerras, su bandera, organización del partido y propagandas de Martí, Gonzalo; sólo podían crear cubanos, cubanos de cuerpo y alma, orgullos de serlo.

En lo aprendido entonces tomó vuelo mi aspiración de un día, al emanciparse Cuba, recorrerla por las sendas que siguió mi padre en la guerra de los Diez Años y ponderaban mis autores favoritos. Años y años seguí esperando conocer a Cuba, sus pueblos, sitios históricos, ver sus ríos, montañas, campos. Comprender sobre el terreno las dificultades que tuvieron que vencer las paladines de la emancipación. Saber si realmente era tan hermosa, fértil, saludable, rica y encantadora como la pintaban los poetas.

Yo iría a recoger en el vergel cubano florecillas con que formar un ramillete histórico que colocar en búcaros íntimos.

Libre Cuba pude cumplir el compromiso. Visité muchos parajes. La abrupta región pinareña, campos inmortales de Maceo; la Habana y su comarca; Matanzas y sus ríos, bajando hasta la Ciénaga de Zapata; Las Villas por pueblos, ríos y montañas; Camagüey y sus escenarios de bélicas grandezas: Palo Seco, Guásimas, Naranjo, Moja Casabe. Pasé el Jobabo y toqué en las Tunas. Y desde allí continué por la mayor parte de la indómita provincia oriental.

Me saturé de perfume patrio. Me mecí en las corrientes de los ríos, vi valles edénicos, subí las lomas y gocé mirando el Pico de Turquino y la Gran Piedra. Puse mis plantas en centenares de sitios por donde estuvieron los varones sin miedo de las guerras de emancipación. Y por eso ahora sí puedo proclamar la belleza suprema de mi patria; su riqueza imponderable, en muchos lugares aún por explotar, y enorgullecerme más de ser cubano, repitiendo sin temor el dicho vulgar: "Si no lo fuese, querría serlo". (1)

Castellanos no se dedicará, en lo adelante, de modo exclusivo, a componer biografías. Reproducirá glorias y tristezas de héroes en su nueva manera peculiar. Actores, escenas y teatros serán revividos a la vez. Escultor literario, acaso débil, en la primera obra, pugna por ser retratista, escenógrafo y paisajista, con la pluma, a un solo tiempo, sobre el mismo lienzo. Termina el período de iniciación, y el talento, ya maduro, sigue los cauces definidos que lo transportan al triunfo. Se ha encontrado; y en íntimo consorcio, dentro del espíritu férvido, se desposan, al beso de cálido patriotismo, la historia y la geografía de Cuba sobre el lecho de su prosa, a veces densa, a veces ágil. Personajes, sucesos, caminos, rincones son asociados, sin confundirse, por el escritor, que realiza, así, un empeño mul-

(1) *Huellas del pasado.* Editorial Hermes, La Habana, 1925. Págs. 9-14.

tiforme de creación. La vida y la tierra cubanas son, para él, dos elementos esenciales y unidos de la patria. Ama a Cuba en la gloria de los próceres y el esplendor de la naturaleza. Su culto ardiente no halla acentos de elocuencia ni tonos líricos al concentrarse dentro de páginas votivas y evocadoras. La pompa no tiene cabida en el estilo, que ni pule ni florea, de Castellanos. Del lenguaje no le preocupa la corrección, sino la exactitud, y cree que hay ocasiones en que la captura de la verdad le autoriza herir a la Gramática. Distribuye, al antojo, puntos y comas. Abusa del hipérbaton y descoyunta el idioma a fuerza de exprimirlo. Empapa de pocos colores la paleta sin buscar matices delicados de acuarela ni pretender la energía soberbia del claro oscuro. Se esfuerza por ser nítido, es sobrio y, a menudo, seco. A veces los trazos son duros, otras, por ligeros, triviales, y ofrecen, por lo general, sus descripciones vigoroso realismo. El panorama o un acontecimiento lo resumen unas líneas, y hay momentos que la avaricia de palabras da a los párrafos tono de telegrama. Otras se diluye, mas no cuando pinta, sino cuando desmenuza, para rectificarlo, un dato. Y diríase que prefiere dar, a los lectores, mejor sensaciones que ideas; y aunque le agradan las complicaciones de la crítica histórica, es posible sostener que no es propósito de tesis, y menos de filosofía, el surtidor de los empeños fructíferos de este historiador. El móvil, que lo anima, es reproducir lugares y hechos como los percibe, poner unos y otros a la vista de todos, cierto de que iluminarán, por la belleza y verdad, las almas de los demás como llenan la de él.

Penetro en el afán fértil del historiador un sentido moral y un sentido físico de la patria. El primero

exáltase hasta un paganismo, creador de una mitología autóctona, constelada de próceres y hazañas; el segundo se nutre, a mi ver, de algún influjo panteísta. Sus descripciones, por escuetas que sean, acusan el ritmo del espíritu con la naturaleza. El teatro de una proeza le parece sagrado como su recuerdo inmortal, para él, consustanciales el hecho y el escenario; y ya que no puede detener el curso del tiempo, sobre un acontecimiento ansía perpetuar el paisaje. La tierra le guarda el vaho de la sangre, el acre olor de la pólvora el aire, y, estremecido, suplica, a los árboles, el secreto de las épicas escenas, de los dramas magníficos, de las tragedias sublimes que, al correr de los siglos, los tuvieron por testigos. Lo físico tiene, a su sentir, alma como lo moral, y recorta el panteísmo, si mi sospecha es fundada, o la pasión por la naturaleza, si se prefiere, a los límites de la isla. El patriotismo lo lleva a forjar ídolos de los héroes, capillas de los rincones históricos, y mientras escribe tiene por demonios a los enemigos de la independencia de Cuba y, en relámpagos de odio, momentáneo rencor niega el perdón a congénita nobleza. Ansía exponer. Sufre porque su pluma no realice el milagro de una imposible cinematografía literaria que reprodujera, de modo sincrónico, viva y exacta, hombres, eventos y panoramas. Trabaja sin descanso. Y pone de acuerdo los esfuerzos felices del historiador con la modestia gentil del hombre proclamándose cronista.

Necesario sería interrogarle para conocer el sentido que da a este término que usa frecuente. Cronista de la historia es el anotador de diarios sucesos, a lo sumo quien compone páginas ligeras de breves relatos. No estimo que la obra extensa del nuevo colega se li-

mite a dichas labores que, sin discutirle méritos y utilidad, llamaré menudas, o a lo menos secundarias. Cierto que acumula géneros varios, y posiblemente, por ello, al no pretender jerarquía de ensayista, declina el título, muy merecido, de historiador. Sus trabajos tienen matices de crónica, si por tal se entiende la narración de un hecho, o el manojo de impresiones subjetivas que produce, mas todos muestran a un historiador que busca y desentraña el documento, persigue y cautiva el dato, y maneja, con destreza, las pruebas. El estilo de Castellanos no ofrece la soltura, gracia y agilidad que parece ser, en las letras, cualidades necesarias del cronista. Pudiera denominarse, con más exactitud, expositor de sitios y acontecimientos históricos. Cruza, a modo de peregrino curioso y enternecido, que ejecuta un voto, urbes y campos, cosecha, en la jornada, noticias de historia y geografía. La emoción personal del viajero, sensible, sin duda, no es la nota saliente de su obra, ahogadas las visiones íntimas por el repertorio nutrido que acopia; y radica el interés, el éxito, en la descripción cabal de los lugares y asuntos expuestos. Más que pintor es fotógrafo, más que científico de la geografía, explorador de territorios, más que historiógrafo regido por la técnica, historiador espontáneo, que se destaca bajo el esmalte superficial, no siempre logrado, del cronista.

Yo no sé por qué la lectura de sus libros me trae el recuerdo del tipo argentino que Domingo Sarmiento nos pinta con maestría: el baquiano, o baqueano. La baquía me parece arte de la pericia y afición de Castellanos. Conoce la topografía de la isla palmo a palmo, traza el área de un combate sin error, y sigue, seguro, los vericuetos que atravesó, rumbo a la fama y la muerte, algún caudillo de la patria. Sospecho que sabe

de memoria las madrigueras donde, por la libertad, armó emboscadas, la astucia. Le son familiares la lujuria jocunda de las selvas y las guaridas ocultas que fueron, dentro del monte, fortalezas inexpugnables y oasis deliciosos del mambí. Camina de Oriente a Occidente el territorio, y marca, entre malezas hirsutas, un rincón perdido: teatro de proezas o sacrificios. Descubre, bajo alfombras de polvo o marañas de yerba, la mancha desvaída de sangre, la huella tétrica de ignorados suplicios, adivina pistas para cazar la clave de los sucesos y rapta, al fulgor o a la sombra de alguna leyenda, la prueba que la confirma o rectifica. Amalgama el estudio geográfico y el histórico, los mezcla a dosis iguales, sin que pueda afirmarse si describe un sitio para exponer un acontecimiento o narra éste para exhibir aquél. Posee la memoria de la vista; así tiene, a la par, aptitudes de baquiano y de corresponsal de periódico; y es siempre historiador.

Suele el consorcio de ramas distintas de la cultura no producir éxito definitivo. Emilio Zola quiso privar a Julio Verne de títulos de literato y de científico por unir éste, en curiosas novelas, los prodigios de su fantasía de sabio y sus creaciones flébiles de artista. No obstante la dureza del juicio, nadie discute al autor de *Veinte mil leguas de viaje submarino,* legítimas glorias de cuentista ameno y de ilustrado divulgador de conocimientos valiosísimos, que instruyen y deleitan a grandes y pequeños. El honorable colega ha compuesto una serie de volúmenes de abundante información sobre historia y geografía cubanas. Un crítico exigente, como el pontífice del naturalismo, podrá negarle calidad de geógrafo, y, si es muy osado, hasta de historiador, a reserva de aprender en los diez y ocho libros de Castellanos mu-

chas cosas de esta y aquella ciencia, las cuales, sin ellos, para conocerlas, necesitaría varios años de estudio.

Castellanos sigue, en las letras, inspiraciones personales. No es hombre de acción, lo que es muy distinto a hombre de actividad, por lo que ha tomado, frente a la vida, asiento de espectador. La historia es, para él, un espectáculo pretérito que anota con deleite y el presente una historia futura que mira con tristeza. Labora incesante, y sus afanes sintetizan un género propio, y si parece altisonante el calificativo no cederá mi opinión de que representa, entre los actuales cultivadores de la literatura histórica cubana, una manera original y, hasta hoy, exclusiva. No sostengo que ella sea definitivo acierto, tampoco pienso que constituya escuela. Castellanos, que no es discípulo de nadie, seguramente no será maestro. Y afirmo, sin riesgo a error, que es un temperamento fuerte que, al soplo cálido del patriotismo, cumple, ecuánime, amable destino literario.

La portada de uno de sus libros ofrece una caricatura de Castellanos: aparece, sobre escuálido jamelgo, repletas las alforjas, detenido para tomar notas frente a un bohío, cuya áspera melena adorna la bandera cubana. Para ser más gráfica, el urbano pajilla, que le resguarda del sol vernáculo, pone, dentro del rústico ambiente, una nota disonante, algo inesperado, como suele manifestarse el carácter expansivo del autor. Esta caricatura es un retrato psicológico. Castellanos es y será siempre un viajero estudioso y desenfadado que cruza los caminos, la mirada fija en el pabellón nacional, carnet y estilógrafo en mano, mientras siente que:

> Cada piedra de antiguo monumento
> recuerdo es vivo de pasada gloria.
> En cada escombro mira el pensamiento
> una página rota de la historia.

El discurso que acaba de leer es la confirmación de su arte y carácter: tierno testimonio de cariño a la villa predilecta y síntesis de los métodos y fines que le distinguen. Vedlo. Ha sido llamado, por nuestros votos, a la dignidad de académico de número. El reglamento le prescribe normas; y este andariego calmoso coge el equipo de viajero y, para cumplirlas, se marcha al extremo oriental de la república. Retorna, a paso lento, cargado de croquis y bocetos, y viene a investirse por la ruta de los conquistadores. Dibuja una curva y nos trae, con él, a su Guanabacoa, la vecina que, a veces, miramos como apéndice de la capital y a veces burlamos por ser ultramarina y campo. Hay que tener paciencia, honorables colegas. Castellanos no se adapta fácil a reglas de protocolo. Sigue siempre impulsos naturales. Y ha creído que yéndose hasta Baracoa da una nota de rebeldía. En el fondo sólo ha obedecido, sin advertirlo, a la tradición. De Oriente a Occidente, sobre el polvo de los siglos, trazaron los secuaces de Diego Velázquez el surco inicial de nuestra historia; de Oriente a Occidente, también, forjaron, para la inmortalidad, las huestes de Gómez y Maceo, el máximo poema épico del continente. El explorador, al seguirlos, rinde, así, homenaje al pasado.

No seguiré al viajero. Me detengo a esperarlo, mientras evoca la jornada de los conquistadores que invadían la isla para reducir la población indígena, y, a trechos espaciados, colocaban los cimientos de la que fué, durante los primeros siglos de la edad moderna, factoría de la corona española, y es, desde los primeros años de la centuria presente, estado republicano. Y al fin llega para ofrecernos el fruto de su laboriosa marcha, el recuerdo de los días de génesis y desarrollo primario de los ocho municipios más antiguos de Cuba,

especialmente el bosquejo cabal del que su corazón prefiere.

El nuevo académico, para la investidura, fluctuó entre Cayo Hueso, el histórico peñón, cuna y horno de su patriotismo, y Guanabacoa, la villa que arrulla la vida serena, noble y activa de este gran trabajador. Anhelaba para el momento solemne en que llega a la cima de meritísima carrera escoger, por tema, la vida de uno de los dos pueblos predilectos. Vacila. Debe a aquél la formación del espíritu; a éste la fe que lo anima, la paz que le permite laborar. Se desarrollan gemelos ambos asuntos, y, frente al conflicto, entrega el primero que pensó a la prensa para que alcance categoría honrosa de libro, y realza el segundo a la dignidad de discurso de ingreso. Al desenvolverse los *tópicos coloniales,* la villa los absorbe para constituir, sobre todo, la historia local de Guanabacoa.

La historia de nuestros pueblos constituye un estudio interesante, de utilidad notoria y, desde luego, muy plausible. No sólo por la curiosidad, legítima y provechosa, de conocer, de modo exacto, y conservar, en la vida perdurable del libro, los orígenes y desenvolvimientos de la "patria chica"; no sólo por la emoción, ora alegre, ora triste, tierna y honda siempre, que produce la lectura de páginas colmadas de tradiciones, recuerdos, hechos y nombres que, ya en relatos orales de los antecesores, ya de *visu,* se conocen y, como propios, se sienten; no sólo porque estos anales son, para el "vecino", vieja arca hogareña, de abuelos a nietos trasmitida; no sólo por dichas circunstancias, por la enseñanza que ofrece la historia, hasta fragmentaria, si no por que las obras de este género intensifican el espíritu de "civis", de la ciudad, al poner de relieve la personalidad de un "pueblo".

En Cuba necesitamos poseer un espíritu robusto de municipalidad, base de las sociedades democráticas. Esta institución es fuente de riqueza pública, da cauces a la espontaneidad urbana, y es baluarte de las franquicias ciudadanas, límite del gobierno superior. La historia, de antiguo, lo demuestra con numerosos ejemplos. Ocioso, y pedante, sería, ahora, citarlos. Entre nosotros hay alcadías y cabildos—es posible que con exceso—más la "comuna" no existe todavía, no ha cristalizado en la costumbre, menos en la mente del ciudadano. El municipio no es, como sucede en Cuba, simple lindero administrativo, es una asociación, producto de la historia y la naturaleza, con alma, fuerzas y caracteres propios; y nada vale que se decore a una parte del territorio del título de ayuntamiento, si no lo habita una población poseedora de su concepto. Las leyes establecen, sin éxito, en nuestro país, la autonomía municipal; en la práctica la anulan el funesto imperio centralizador y la desidia cívica que lo tolera. Así, el municipio es, aquí, un artilugio, una pesadumbre burocrática, que el individuo repele, en vez de ser una unidad, viva, de las familias vecinas que administran sus propios asuntos. Nuestros términos y provincias son ficciones. Se me preguntará si los considero superfluos. La provincia es discutible. No es de modo total una resultante geográfica, ni menos histórica en Cuba. Hasta mediados del siglo XIX no existió, entonces el interés de un ministro y una casta, detestables, la organizó. Mas, acaso sería problemática su desaparición, en cierta forma el tiempo ya las ha impuesto. El municipio no puede ponerse en tela de juicio, es imprescindible. Lo que está de más es el centralismo que comienza por absorber la vida local y concluye por suprimir las libertades públicas.

La historia local no es, generalmente, cálido relato de acontecimientos eslabonados, y menos su examen crítico; es más bien una serie de cuadros que exponen los aspectos diversos de una urbe, el desfile ordenado de su devenir. Obsérvase que la reunión de los anales de cada uno de los "pueblos" de un país, no forman la historia nacional del pueblo, del mismo modo que los huesos amontonados del esqueleto no dan la idea exacta de la organización física del ser. La Historia no es un conjunto de hechos, es la síntesis superior de un proceso colectivo, mientras que la crónica local es un repertorio de noticias, de datos sucesivos acerca de un municipio.

El género tiene, en Cuba, antigua y respetable tradición. En nuestra literatura histórica, a pesar de ser la mayoría de nuestros términos municipales posteriores al siglo XVIII, abundan los libros que narran su génesis y desenvolvimiento. Y si ahora fuera ocasión, sería interesante exponer las causas que han propiciado estos estudios. Pero sin ahondar, no parece muy aventurado decir que se debe, en parte menos, a un sentimiento localista—propio del cubano, poco andariego, adherido a la "cuna",—desarrollado por múltiples circunstancias que hicieron nacer primero esta forma, estrecha, de patriotismo. Hoy todavía perdura, si bien más amplio y levantado. Hay el localismo ruín que encierra todo su afecto en el poblado, sobrepuesto a la nación, y hay el amor a la villa natal, parte preferida de la patria que, en el alma, con ella se funde. Aquél es atraso. Éste, sentimiento noble. El clima moral, en que el cubano se desenvolvió, fué favorable al localismo, y también, al espíritu regionalista, siempre funesto. ¿Es necesario destruir el cariño a la patria chica? Jamás. Lo conveniente es orientarlo, y man-

tenerlo en límites discretos. Es una simiente que tiene naturaleza propia en el corazón humano, cultivada con tino florece en obsequio de la patria grande. Amar el rincón, poblado de recuerdos, donde uno se formó es imperioso para el ser sensible. Ahí más que en ningún otro lugar se sienten la verdad y ternura de los versos del poeta:

> ¡La patria es el recuerdo! Pedazos de la vida
> envueltos en jirones de amor o de dolor;
> la palma rumorosa, la música sabida,
> el huerto ya sin hojas, sin flores, sin verdor.
> La patria son los viejos senderos retorcidos
> que el pie desde la infancia sin tregua recorrió
> y en donde son los árboles antiguos conocidos
> que al paso nos conversan de un tiempo que pasó!

Hacer de la villa preferida un afecto que subordine, a ella, la nación es error muy grave. La patria es, en el tiempo y el espacio, suprema unidad que solicita máximo cariño; no pueden los pedazos de su territorio mirarse disgregados, ni oponerse los sectores de su población: todo es un solo hogar y debe ser una sola familia solidaria.

No es oportuno, para mí imposible además, seguir al autor en el notable bosquejo de la vida de la villa vecina. Suave remanso de la capital y amable retazo del pasado, para el indiferente a la poesía de la leyenda y del paisaje, la cuna de Pepe Antonio puede ser un bostezo, para los que sienten el ayer y la naturaleza es una estampa preciosa y un arca de recuerdos emotivos. Como todo rincón de Cuba, según ya dije, es, para él, una capilla, la capilla de las devociones supremas de quien ha hecho, de ella, sede de su hogar y de su taller.

Al margen del asunto tratado por el nuevo colega han corrido las precedentes observaciones sobre el gé-

nero del que es alto exponente su discurso. Osaré poner el tizne de leve reparo a un punto concreto del mismo. Reduce él a diminutas proporciones la leyenda de Pepe Antonio. Desde luego que no le falta fundamento, pero me parece que excede los límites de la crítica histórica, en alguna forma al menos, movido por cierta hostilidad hacia el guerrillero guanabacoense. Hurgo su pensamiento; y no en el trabajo que acaba de leer, sino en el libro *Andanzas y atisbos* descubro, dentro de las siguientes líneas, la clave de su antipatía:

> Su patriotismo era inconsciente. ¿Por qué amaba a España? ¿Por qué motivo defendía su soberanía en Cuba? ¿Era tierno y beneficioso el trato de los usurpadores? Pepe Antonio antes de poner su machete en la balanza de la causa española pudo haber pensado que defendiendo al gobierno remachaba su grillete. (1)

Creo que Castellanos comete el error de exigir al pasado, las ideas del presente. En un libro, o cosa parecida, que escribí ha años sobre la conquista y dominación inglesa en La Habana, estimo que respondí, sin proponérmelo, al honorable colega, al sintetizar el sentimiento del colono cubano de aquella época:

> En dos siglos y medio el español iniciaba la trasmutación en el criollo, éste, ignorante de su devenir inevitable, creía perpetuar al generador raquítico, mientras elaboraba una variante que, en porte, acento, habla, modales, caracteres físicos y psicológicos, dibujaba distintivas, que hoy notorias, a simple vista hacen inconfundibles a un cubano y a un español. El criollo lo desconocía. En contacto tan sólo con dos grupos humanos, el ibero y el negro que no miraba como congénere, se sentía, en realidad lo era, porción indisoluble de la unidad hispana; era él, identificado en lo absoluto, a la voz imperiosa del atavismo, a la sugestión dorada de la leyenda, a la fuerza modelante del aislamiento y de la

(1) *Andanzas y Atisbos*. Por Gerardo Castellanos. Editorial Hermes, La Habana, 1925. Pág. 49.

concepción religiosa de la monarquía, súbdito fiel y sumiso del rey reverenciado, *dominus rerum*, el señor de todas las cosas, que encarnaba y absorbía la patria, era, en fin, en territorio insular distante el núcleo hispano por antonomasia. (1)

Así pude afirmar que

El patriotismo — un patriotismo rudo que tenía del espíritu feudal en cuanto le inspiraba el amor al terruño y del místico en cuanto lo nutría la adhesión a un superior nunca visto, el monarca — lanzó contra el invasor a la multitud. (2)

Desde este plano, consideré la leyenda del partidario, en la siguiente forma:

Pepe Antonio es el héroe legendario, popular, de la defensa. Su personalidad de obscuro vecino, de improvisado guerrillero, cobró ante la imaginación proporciones de paladín; y queda, en la historia, como la encarnación del paisanaje armado frente al invasor por el rey y su tierra. Es, así, la representación viva, simpática, plena de colorido, del heroísmo ingenuo, espontáneo, autóctono, del pueblo, a la que da mayor fulgencia la ingratitud con que fueron compensados sus proezas y sacrificios. Significa la lealtad, valor y postergación del colono; y anuncia, en tosco boceto primario, a los caudillos que llenarán de gloria las futuras páginas de la epopeya libertadora; y, a la vez, que abre el cuadro, luego nutrido, de héroes, de guerreros magníficos que la víspera eran mansos ciudadanos, descubre a sus coterráneos ignorada pujanza de ánimo y oculta capacidad ingénita para librar, por la patria, peleas de resistencias tercas y arranques impetuosos. Al ser herido en el alma por Caro, la leyenda, mantenida por la tradición y prestigiada por la injusticia, se hace más representativa, profética, interesante; y lo convierte en símbolo que personifica, de modo abstracto, en la hora inicial de la sociedad cubana, los bríos y agravios de sus compatriotas. (3)

---

(1) *El Impulso Inicial.* Por René Lufriú. La Habana, 1930. Pág. 30.
(2) *Ibídem*, pág. 114.
(3) *Ibídem*, pág. 60.

Como no intento medir mis oxidadas armas, de suyo débiles, con las magníficas del autor, rehuyo el debate, y fijo la atención sobre el sentido básico del interesante discurso que ha leído.

Parece afligirse él de la transformación material de Guanabacoa ante los ultrajes del tiempo y quizás hasta de las conquistas del progreso. Pierre Loti nos cuenta, impávido y delicioso, que felicitó a un persa por carecer, todavía, de ferrocarriles, la patria de Hafiz. Pudiera estimarse, a primera vista, que el nuevo académico presenta un estado de ánimo análogo al del creador ilustre de Aziyade. Sin duda que prefiere, para las habituales excursiones que lo enajenan, el automóvil a la volanta, aun cuando no dudo que le encantaría un desfile pintoresco de quitrines, exornados de criollas de sueltas trenzas, y lucientes caleseros, por nuestro moderno Prado. No estamos, sin embargo, frente a una mente anacrónica ni menos refractaria a la civilización, que pretenda inmovilizar la vida, por lo que, penetrado el fondo de su queja, comprendemos que la produce el desvanecimiento, que advierte, de la tradición en el alma nacional.

La tradición no es el misoneísmo, tampoco la rutina, al contrario, fuente de tesoros morales para las naciones, es el venerable pergamino que, a través de los siglos sucesivos, de generación en generación, expresa la estirpe y el carácter de un pueblo. Y no son incompatibles el progreso y la tradición, ésta es el progreso que se incuba, aquél la tradición que se desarrolla. Pruebas abundantes de que no son antagónicos, las ofrece la historia de Inglaterra. Lord Macaulay, complacido y orgulloso, señala a sus lectores este aspecto peculiar de la evolución magnífica de su patria, cuando nos cuenta:

En el mismo sitio exactamente donde en julio de 1689 había manifestado Schomberg su reconocimiento a la liberalidad de la nación, fué puesta una silla en julio de 1814 para un guerrero todavía más ilustre que vino a dar gracias por una prueba todavía más espléndida de la pública gratitud. Pocas cosas ilustran de manera tan notable el carácter peculiar del gobierno y del pueblo inglés, como la circunstancia de que la Cámara de los Comunes, asamblea popular, haya seguido, aún en un momento de alegre entusiasmo, las antiguas formas con la escrupulosa exactitud de un colegio de heraldos; que al sentarse y levantarse, cubrirse y descubrirse, se haya regido por la misma etiqueta exactamente en el siglo diez y nueve que en el siglo diez y siete, y que la misma maza que había sido colocada a la derecha de Schomberg haya sido colocada en la misma posición a la derecha de Wellington. (1)

Si he interpretado bien el hondo sentido del discurso que acabamos de oír, aunque me sitúe en plano distinto, no marcharemos discordes el autor y yo cuando al lamentarse él ante las ruinas de un edificio, solicite que desaparezca de Cuba el espíritu colonial que, sobre la fosa de cuatro centurias, abierta en 3 de julio de 1898, día en que al valor no acompañó la fortuna, pero ésta sirvió a la justicia, mantiene vivos los agentes internos, como diría Taine, que vedan, a la República, el progreso moral y material, determinado por su historia y geografía.

Tópicos coloniales abundantes pudo hallar el honorable colega sin retroceder los siglos para seguir a Diego de Velázquez, el primer gobernante de la isla, y a Pánfilo de Narváez, el primer degollador de habitantes pacíficos de campos y poblados cubanos. Y al señalarnos que el progreso, o la moda, no siempre su equivalente, desmorona, implacable, el caserón, la plaza, el monumento que guarda secretos pretéritos, compren-

(1) *Historia del reinado de Guillermo III*. Madrid, 1913, t. III, pág. 145.

demos que la piqueta, que salta piedras, suele pulverizar elementos esenciales del alma nacional, sin destruir los gérmenes maléficos que perpetuan el coloniaje.

El nuevo académico anhela se conserve, bajo su pátina venerable, el palacio de típica arquitectura, reflejo de una época, la pintoresca callejuela cuyos recovecos permitían al patriota ir, entre sombras, a la logia clandestina, todo aquello, en fin, que guarda en la forma material un espíritu histórico. La transformación que nos señala es menos grave que la que hiere fibras recónditas del cubano. Mi inolvidable amigo y mentor, Manuel Márquez Sterling, en páginas de honda filosofía y singular belleza, expuso el desdoblamiento interno de la sociedad cubana:

¡Qué cambio tan absoluto del amplio escenario y del medio ambiente! Algunos actores sobreviven y no parecen los mismos hombres. La trágica ruptura con la Corona española a todos los ha transformado. Ninguno conserva su puesto ni persiste en sus antiguas ocupaciones. De lo íntimo de cada cubano ha brotado un individuo distinto, con otras energías y diferentes anhelos. La independencia política ha barajado los resortes sociales. Si no hubiéramos presenciado los unos la evolución de los otros, el pensador se negaría a reconocer al político, el periodista al tribuno, el poeta al diplomático, el obscuro rebelde al militar audaz, el campesino humilde al héroe que fascina y sugestiona. Hasta la ciudad se despoja de sus matices peculiares. La recordamos aristocrática residencia del capitán general, que gobernaba con redobles de tambor. El tinte sombrío lo daba la tropa dispersa que entraba y salía de los cafés, atravesaba las calles e inundaba las plazas. Allá corría un grupo alborotado. Más lejos, a la vista del oficial que llevaba un ramo de violetas para su criolla, los reclutas se cuadraban y rectos, clavados en el suelo, como figuras teñidas de azul, producían la sensación de un museo tirado sobre el arroyo. "¿Quién es aquel caballero de grave aspecto y ademán reposado que pasea vestido de armiño con sombrero panamá?" El secretario del Gobierno general o el intendente de Hacienda, el

presidente de la Real Audiencia, el director de la Junta de la Deuda, el jefe del partido integrista, algún coronel de voluntarios, acaudalado comerciante, o todos ellos reunidos bajo el cielo del trópico, nomenclatura de símbolos inquisitoriales que la gente pronuncia con toda la boca, entraña enferma del dominio europeo que caduca, degeneración irritante y pasiva de la raza hidalga y aventurera que, con la audacia de su fiera espada, trazó el estupendo imperio de Carlos V. El cubano intelectual no gustaba de ostentarse. La lucha por la existencia le exigía el constante sacrificio de los placeres. Hacía versos, escribía periódicos de intención separatista o defendía principios autonómicos, preparaba conferencias de arte y filosofía y se afanaba en ahogar el dolor de su esclavitud con su hermosa expansión literaria y científica. Simulaba el tipo del hombre libre en la tierra cautiva, del propio modo que ahora se obstinan los ímprobos en remedar al colono póstumo sobre la patria amenazada. En el semblante reflejaba bienestar inverosímil, y en torno suyo era el mundo estampa de amable pobreza. Requería el saber de Leroy Beaulieu para que no fallase su régimen financiero en el orden angustioso de la economía doméstica. No tenía mando sobre nadie, ni influencia en las altas esferas del gobierno. Su traje no seguía las variaciones de la moda, y su sastre no era otra que la voluble inclemencia del tiempo. No soñaba con el coche de pareja, ni le inquietaban las compañías de ópera, ni viajaba en pullman de cabo a cabo por la isla. Su oficio principal no traspasó la arena del periodismo; pero su privanza de periodista en nada asemejábase a la toga que hoy usa el menos diligente de nuestros gacetilleros. Era periodista por la tolerancia del procónsul. El más ruidoso éxito lo obtenía hiriendo al fiscal que lo acusaba. Y en ese laboratorio conmovedor se fundían varones ilustres. Siendo menester vivir de los goces del espíritu, con el alma satisfecha y el estímulo de una esperanza insondable, no cuajada de formas precisas y definitivas, el cubano conocía, tal vez mejor que ahora, el destino moral de su existencia y poníase, con más facilidad, en sincero acuerdo con su conciencia. (1)

---

(1) *Obras de Manuel de la Cruz.* Volumen II. Madrid. Págs. 12-14.

El maestro trazó, así, la evolución violenta del cubano al llegar a la república; y no se aprecia de la lectura que haya sido venturosa, para la colectividad, el súbito cambio del individuo. Diríase que el largo dolor y la larga lucha secaron la fuente de las energías morales. Llamado a regir su destino, el cubano sufrió ansias de suceder, en lucro y poderío, al dominador, a quien libró batalla durante casi cien años; abandona principios que fueron resortes de su pujanza para la conquista de la libertad y reduce, en retractación ideológica inesperada, los sacrificios de tres generaciones a una simple permuta de banderas y hombres. La colonia desaparece; las tinieblas la tragan, y sobre la tumba su espectro persiste; y el ciudadano, al serlo, da por liquidada la revolución separatista en el minuto preciso en que, por concluir la guerra, debía cristalizar en los hábitos, las costumbres, los métodos del pueblo independiente y no redimido. Enrique José Varona, acerca de un problema de la enseñanza pública, me escribió un día estas palabras trascendentales:

> España se ha reído de mí, y de mis intentos revolucionarios. Su espíritu sigue flotando sobre nuestras aguas. (1)

Abarca planos más extensos el influjo del coloniaje que el aludido por el ilustre prócer. Mientras se ejerza sobre Cuba, la república será sólo una decoración y las instituciones un artificio. Para que ella sea una realidad, acorde a su historia y a la civilización, necesita que un espíritu nacional aliente a sus hijos. Un conjunto de hombres sobre un territorio, por arraigados que estén al suelo, no basta para constituir un pueblo, si no los suelda la conciencia de común destino. Pueblo

(1) Carta de Enrique José Varona, de fecha 20 de mayo de 1926, al autor.

y población no son conceptos idénticos. Acaso no sea muy aventurado decir que de 1899 a la fecha ha aumentado la población de Cuba y disminuído el pueblo cubano si no en el número de los componentes, en la talla moral colectiva.

El cubano desconoce su historia, es más, padece amnesia histórica, el pasado, aún el de la víspera, lo olvida en seguida; espectador apático del drama de su propio destino no agradece servicios, no siente agravios, no recuerda. La indiferencia es el tono de su alma; y esta grave atonía no nace, sólo, de una pereza crónica de la mente, radica en una hipertrofia del egoísmo individual, que anula la solidaridad colectiva.

Hace siete años, al prever la catástrofe nacional que se horizontaba, en esta misma tribuna, clamaron mis torturas patrióticas:

> El pasado se desvanece en la penumbra, el porvenir se cubre de negruras, los cubanos que sienten en cubano, acorralados, combatidos, dispersos, agotan energías y consumen entusiasmos en el vacío, que el desdén crea, y en el esfuerzo de romper el cerco, que los intereses traman. Es un destierro espiritual; sin salir de Cuba se está proscripto. "Morir por la patria es vivir", canta nuestro himno, y parodiando el verso inmortal, digo: vivir, así, en la patria, es morir. A menudo oigo exclamar: "la tierra está en manos extranjeras"; lamento la tremenda realidad pero considero peor que corrientes extrañas pertuben, adulteren y disuelvan la conciencia nacional; y cuando oigo decir: "la tierra se va", grito estremecido: ¡el alma cubana también! (1)

Amar el pasado no es perpetuarlo en la vida, es nutrir, con su memoria perenne, el corazón. La historia no pide que se imiten prácticas caducas de épocas anteriores, sino que se tome de cada una de ellas la

(1) *Contestación a Manuel Márquez Sterling.* Edición de la Academia de la Historia. La Habana, 1929. Pág. 133.

esencia perpetua que forma el espíritu nacional. La tradición no es el cuento, fantástico o sugestivo, cierto o no, ni el simple uso típico, estos pequeños hechos son folk-lóricos, amable espuma de la historia llegan, a veces, a constituir tradición, pero ésta es algo más alto, profundo, de más fuerte simbolismo, ella es la resonancia póstuma de los acontecimientos sobre el porvenir, la melodía inextinguible de los hechos en el espíritu, uno y sucesivo, de las generaciones, la jurisprudencia ética que regula el destino supremo de un pueblo.

Honorable señor académico:

Vos venís hace años consagrado a noble ministerio de cultura y patriotismo. Llegáis a casa propia. El ambiente os será propicio. Vuestra mentalidad, temperamento y labor no tendrán que modificarse por el nuevo albergue. Bienvenido, honorable señor académico. Os saludo con cariño, admiración y melancolía. Habéis podido dedicaros al estudio de nuestros anales. Yo también soñé hacerlo de modo constante. No pudo ser. Un día el presente, seguido de lúgubre cortejo de infortunios patrios, vino a recordarme que si era literato también era ciudadano. Dejé libros, documentos y pluma; y salí al deber. Lo cumplí; y al retorno de la jornada cívica no he abierto de nuevo las gavetas donde amarillean cuartillas. Con la mirada fija en el ayer, a la luz de vuestro discurso, contemplo el pasado más lejano: el balbuceo trémulo de Román de la Luz, las luminarias aurorales de los *Rayos y Soles de Bolívar y La Gran Legión del Aguila Negra,* los empeños abortados hasta 1868, las tres guerras de independencia, movimientos cívicos de diversa índole que hermana el propósito común de redimir la colonia.

El ciudadano medita, ahora, sobre estos nobles afanes pretéritos; y de la cosecha de sus pensamientos, entrega al escritor, que no resurge, para fin de las presentes páginas humildes, esta mustia espiga: la síntesis de la tradición nacional es el esfuerzo tenaz de una minoría por la conquista de la libertad para todos los cubanos, negada todavía por el coloniaje a la civilización. ¡Matemos el coloniaje en el alma cubana, sólo entonces la República será!

ACABARONSE
DE IMPRIMIR ESTOS
DISCURSOS
EN LA IMPRENTA
"EL SIGLO XX",
TENIENTE REY, 27,
EL DÍA 22 DE ABRIL
DE
MCMXXXVI

ANALES

48-49.—*Anales de la Academia de la Historia.* Director: Domingo Figarola-Caneda, Académico de número. Años 1919-1925. 7 tomos.

50-58.—*Anales de la Academia de la Historia de Cuba.* Director: Dr. José A. Rodríguez García. Años 1926-1933. 9 tomos.

59.———— Tomo XVI. Año 1934.

ELOGIOS

60.—*Elogio del Dr. Ramón Meza y Suárez Inclán,* académico de número, por el Dr. Evelio Rodríguez endián, Académico de número. (1915).

61.———— *del coronel Pedro Mendoza Guerra,* cadémico de número, por el capitán Joaquín Llarías y Martínez, Académico de número. (1923).

62.———— *del Lic. José de Armas y Cárdenas,* cadémico de número, por el Dr. Antonio L. Valverde y Maruri, Académico de número. (1923).

63.———— *del Dr. Rafael Fernández de Castro y astro,* Académico de número, por el Dr. Tomás de stiz y del Valle, Académico de número. (1924).

64.———— *del Dr. Raimundo Cabrera y Bosch,* cadémico de número, por el Dr. Salvador Salazar Roig, Académico de número. (1925).

65.———— *del coronel Manuel Sanguily y Garritte,* cadémico de número, por el Dr. Rodolfo Rodríguez Armas, Académico de número. (1926).

66.———— *del general José Miró y Argenter,* Académico de número, por el coronel Fernando Figueredo y Socarrás, Académico de número, leído por el académico Dr. Emeterio S. Santovenia. (1926).

67.———— *del Dr. Sergio Cuevas Zequeira,* Académico de número, por el Dr. José Antonio Rodríguez García, Académico de número. (1928).

68.———— *del Sr. Domingo Figarola-Caneda,* Académico de número, por el Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, Académico de número. (1928).

69.———— *del Dr. Alfredo Zayas y Alfonso,* Académico de número, por el Dr. Tomás de Jústiz y del Valle, Académico de número. (1935).

70.———— *del Dr. José A. Rodríguez García,* Académico de número, por el Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, Académico de número. (1935).

71.———— *del Dr. Domingo Méndez Capote,* Académico electo, por el capitán Joaquín Llaverías, Académico de número. (1935).

72.———— *del coronel Fernando Figueredo Socarrás,* Académico de número, por el Dr. Néstor Carbonell y Rivero, Académico de número. (1935).

73.———— *del Dr. Enrique José Varona y Pera,* Académico de número, por el Dr. Juan Miguel Dihigo y Mestre, Académico de número. (1935).

OTRAS OBRAS

74-77.—*Centón Epistolario de Domingo del Monte,* on un prefacio, anotaciones y una tabla alfabética. 923-1926 y 1930). Tomos I, II, III y IV. (En blicación).

78.—*Historia de Mantua (Pinar del Río),* por el r. Emeterio S. Santovenia. (1923).

79.—*Bibliografía de Enrique Piñeyro.* Con una troducción, notas y un complemento, por Domingo arola-Caneda, Académico de número. (1924).

80.—*Manuel de Quesada y Loynaz,* por el Dr. Carl Manuel de Céspedes y Quesada. (1925).

81.—*Historia documentada de San Cristóbal de La abana en el siglo XVI,* por Irene A. Wright. 2 tos. (1927).

82.—*Léxico Cubano. Contribución al estudio de las ces que lo forman,* por el Dr. Juan M. Dihigo, Acamico de número. Tomo I (1928). (En publicación).

83.—*La epigrafía en Cuba,* por el Dr. Juan M. Dihigo, Académico de número. (1928).

84-89.—*Actos de las Asambleas de Representantes del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia.* Recopilación e introducción por Joaquín Llaverías y Emeterio S. Santovenia, Académicos de número. (1895-1896). (1896-1897). (1898), (1898-1899), tomos I, II, III, IV, V y VI. (1928, 1930, 1931, 1932 y 1933).

90.—*Historia de la Isla y Catedral de Cuba,* escrita or el ilustrísimo señor don Pedro Agustín Morell Santa Cruz, Obispo de ella, con un prefacio de rancisco de Paula Coronado, Académico de número. (1929).

91.—*Historia documentada de la conspiración de Soles y Rayos de Bolívar,* por el Dr. Roque E. Gairó, Académico correspondiente. (Obra premiada en Concurso de 1927). 2 tomos. (1929).

92.—*La misión diplomática de Enrique Piñeyro.* rabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente Dr. Antonio Iraizoz y de Villar. (1930).

93.—*Periodismo y Periódicos espirituanos.* Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente Senador Manuel Martínez-Moles. (1930).

94.—*La cristianización taina en Pinar del Río.* Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente Dr. Pedro García Valdés. (1930).

95.—*Hombres del 51.* Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente Sr. Jorge Núñez Cano. (1930).

96.—*Historia documentada de la conspiración de la Gran Legión del Aguila Negra,* por el Sr. Adrián del Valle. (Obra premiada en el Concurso de 1929). (1930).

97.—*Historia documentada de San Cristóbal de La Habana en la primera mitad del siglo XVII,* por Irene A. Wright. (1930).

98.—*Joaquín Infante.* Homenaje a este ilustre bayamés, autor del primer proyecto de Constitución para la Isla de Cuba. (1930).

99.—*El bandolerismo en Cuba. (Contribución al estudio de esta plaga social).* Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente coronel Francisco López Leiva. (1930).

100.—*Obras del Dr. Ignacio José de Urrutia y Montoya.* 2 tomos. (1931).

101—*Legado "Rodolfo Rodríguez de Armas".* (Escritura, reglamento y convocatoria a premio). (1931).

102-103.—*Papeles existentes en el Archivo General de Indias relativos a Cuba y muy particularmente a La Habana.* (Donativo Néstor Carbonell). Ordenados y con una introducción por Joaquín Llaverías, Académico de número. Tomos I y II (1931). (En publicación).

104.—*Un instante décisivo de la maravillosa carrera de Máximo Gómez.* Trabajo de ingreso presentado por el Académico correspondiente coronel Dr. Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada. (1932).

105.—*Papeles de Martí. (Archivo de Gonzalo de Quesada). I. Epistolario de José Martí y Máximo Gómez.* Recopilación, introducción, notas y apéndices por Gonzalo de Quesada y Miranda. (1933).

106.—*Papeles de Martí. (Archivo de Gonzalo de Quesada). II. Epistolario de José Martí y Gonzalo de Quesada.* Recopilación, introducción, notas y apéndice por Gonzalo de Quesada y Miranda. (1934).

107.—*Céspedes visto por los ojos de su hija,* por Gloria de los Dolores de Céspedes y de Quesada. (1934).

108.—*Reglamento de la Academia de la Historia de Cuba.* (1935).

109.—*Papeles de Martí. (Archivo de Gonzalo de Quesada.) III. Miscelánea.* Recopilación, introducción, notas y apéndice por Gonzalo de Quesada y Miranda. (1935).

COMISION DE PUBLICACIONES

Capitán Joaquín Llaverías y Martínez y Dr. Francisco de P. Coronado

A. H.

DATE DUE

Form 335—40M—6-40

972.91 C348D 438934
Castellanos Garcia
Discursos

DATE	ISSUED TO

972.91 C348D 438934

DUKE UNIVERSITY LIBRARIES
Discursos leidos en la recepcio
972.91 C348D
D90459896?